LA PENÚLTIMA OPORTUNIDAD

LA FELICIDAD ES UN VIAJE

CAROLINE VERMALLE

LA PENÚLTIMA OPORTUNIDAD
CAROLINE

VERMALLE
Traducción de Manuel Serrat Crespo

Título original: *L'Avant-dernière chance*
Traducción: Manuel Serrat Crespo
1.ª edición: junio 2012
© Calmann-Lévy, 2009
© Ediciones B, S. A., 2012
para el sello Vergara
Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com
Depósito Legal: B.19319-2012
ISBN EPUB: 978-84-9019-159-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Christiane y André,
a la memoria de Ninette y Marcel,
mis abuelos.

Martes 21 de octubre

Londres

La leve vibración de su móvil sacó a Adèle de un profundo tedio. Estaba estrictamente prohibido dejar el teléfono encendido en semejantes circunstancias, bastante se lo habían repetido. Sin embargo, Adèle había tenido buen cuidado de ponerlo en modo vibrador, y además era el día de su vigesimotercer aniversario, y esperaba ansiosamente ver cuáles de sus amigos iban a recordarlo. Hasta ahora, su número había sido decepcionante. De vez en cuando, se aseguraba de que nadie la mirase antes de verificar en la pantalla que apenas sobresalía del bolsillo de sus vaqueros. Para leer el nuevo texto, tenía que aguardar el momento propicio, y no era ahora dado que, en la estancia contigua, el inspector hablaba de crimen.

Estaba incómodamente sentada en una caja, en el largo pasillo oscuro que daba al dormitorio. Solo se filtraban algunos ruidos procedentes de la calle, una *scooter*, un camión, un perro, una sirena lejana. Lanzó una ojeada al interior de la habitación iluminada por un haz de luz que hacía danzar el polvo. La cama de madera oscura hermosamente esculpida, a la francesa, las pequeñas colinas de satén rosa del grueso edredón, y el muerto, vestido con un pijama a la moda de los años cuarenta, su jeta gris y su trágico aspecto de hombre asesinado. Pues era un asesinato, el inspector estaba seguro de ello, lo había repetido cuatro veces. La insulina de sus inyecciones cotidianas había sido sustituida por el líquido para los ojos, allí estaban los frascos para probarlo. La víctima, de ochenta y tres años, dejaba a su familia una fortuna colosal y también esa gran mansión londinense que les albergaba a todos. Cada vez que el policía empleaba la palabra «crimen», su nieta se derrumbaba, y su prometido la levantaba intentando consolarla. Pero era en balde. La joven, arrodillada junto a la cama, con la cabeza en el edredón y las manos en las del muerto, farfullaba palabras entrecortadas por sollozos, ridículamente ruidosos a veces. Se deshacía en lamentos, recuerdos de infancia, en quejas sobre todo; la lista era larga, especialmente porque hacía ya cuatro veces que la repetía. Una dignísima vieja dama se mantenía muy erguida junto a la cama, subiendo y bajando la cabeza al ritmo de las quejas que la joven desgranaba como un rosario; era la tía abuela, la cuñada del muerto. Otros estaban detrás de la puerta, silenciosos. El inspector lo repetía: el asesino formaba parte de la familia. No era el

momento de verificar sus mensajes.

Adèle no estaba en su primer escenario de crimen. La cosa le aburría mucho, de modo que fantaseaba a la espera de que pasase. Justo antes de que el teléfono vibrara, estaba diciéndose que la joven que lloraba en la habitación se le parecía un poco. La misma edad, el mismo pelo largo, castaño, tupido, el mismo talle estrecho. Pero la muchacha de la habitación, sin ser forzosamente más bonita, iba mejor vestida, mejor acicalada, sus manos eran suaves y tenía la costumbre de ser el punto de mira. Adèle, en comparación, a pesar de los armoniosos rasgos de su rostro, parecía más hombruna. Además no era rica y nunca le prestaban mucha atención. Ni siquiera el día de su cumpleaños. En cambio, le parecía que el muerto no tenía la clase de Irving Ferns. Irving Ferns. Al pensar en él, sintió el corazón en un puño.

Adèle hervía de impaciencia, ¿quién le habría enviado el mensaje? ¿El joven abogado que había conocido un mes antes en una fiesta? ¿Pero cómo habría podido adivinar que era su cumpleaños? Miró a su alrededor. Había gente en el atestado pasillo. Unas treinta personas tal vez, que no se movían, por miedo a hacer que el parqué crujiera; algunos se rascaban la nariz, otros se mordisqueaban una uña. Se comunicaban por gestos, pues ni siquiera los susurros eran apropiados. Pero nadie parecía mirar a Adèle. Comprobó una vez más que los dictadores del silencio no estuvieran en el pasillo —no, estaban ocupados en el muerto—, sacó su móvil y abrió el mensaje que acababan de mandarle.

Tuvo que acercar los ojos para estar segura de que lo leía correctamente. No pudo evitar lanzar un gritito apagado y soltó el aparato, que acabó golpeando el parqué de la vieja mansión con un ruido ensordecedor. Todo el mundo dio un respingo y se volvió hacia Adèle. Inmediatamente se escuchó una voz colérica procedente de la habitación.

«¡CORTEN! ¡CORTEN! ¿Pero qué ocurre ahí dentro, cagüendiós?» Y el primer ayudante de dirección irrumpió en el pasillo.

Adèle farfulló: «Lo siento mucho, de verdad, John, yo...» Todo el equipo de filmación se volvió hacia Adèle, incluso los actores, luego pasaron a otra cosa. Sucedía a menudo y era, para todo el mundo, la ocasión de relajarse un par de minutos.

John gritó a la concurrencia: «Vamos, concentrémonos, es la última escena. ¡Tenemos champán esperándonos, tíos! Vamos, un último esfuerzo. *One last push, chaps*.» El realizador lo aprovechó para murmurar algunas indicaciones a los actores, el muerto para rascarse un ojo y bromear con la vieja tía, el director de fotografía para regular los rayos de sol, y prosiguieron con la quinta toma.

Era el último día de rodaje. Estaban filmando la adaptación de *La casa torcida* de Agatha Christie para la televisión británica. El primer capítulo, el descubrimiento del crimen, se había filmado ya el primer día, un mes antes, pero habían tenido que hacer un *re-shoot*. Era la última escena que debían filmar y —eso esperaba todo el mundo— la última toma. Después lo celebrarían.

«Silencio, silencio, por favor. Cámara. Acción.» Adèle no se había movido de su silla. Seguía crispada con su teléfono móvil en la mano. Por primera vez, acogió el silencio como una bendición. Además del tumulto causado por la caída de su teléfono, seguía muy afectada. No se atrevía a releer el mensaje. Encontró por fin el valor de abrir sus dedos e inclinar la cabeza.

Fz cumple As adL - t abu q tQ

(Feliz cumpleaños Adèle - tu abuelo que te quiere)

Consiguió no llorar, pero no pudo contener la sonrisa que iluminó su rostro y caldeó su pecho. Pues aquel pequeño mensaje tonto y algo torpe, con su ortografía que pretendía ser joven, era extraordinario. Poético incluso, y tan tierno... y, claro está, del todo imposible.

Hay en la vida cosas que uno prefiere guardar para sí. Y otras que deseas compartir con todo el mundo, con cualquiera. El mensaje pertenecía a esta última categoría. Así eran las cosas, era preciso que esa historia saliera, y Adèle se sentía conmovida e impaciente.

Decidieron hacer una sexta toma. Pero Adèle no seguía ya el rodaje, pensaba de nuevo en su historia. Oh, no era tan larga, pero era preciso contarlo todo para comprender lo que aquel pequeño mensaje tenía de extraordinario. Sí, contarlo todo desde el comienzo, un mes antes, el 18 de septiembre. Un mes no era mucho y, sin embargo, algunos corazones se habían abierto, algunas maletas se habían cerrado, habían corrido algunas lágrimas donde no las esperaban ya. Y mientras por sexta vez se representaba un drama en la otra habitación, Adèle aprovechó aquellos últimos momentos de silencio para recordar. En la penumbra de aquel pasillo, podía proyectarse la película de aquel último mes, que había cambiado su vida, solo un poco, pero mucho la de otros.

Jueves 18 de septiembre

Chanteloup (Deux-Sèvres)

Tras una decena de timbrazos, descolgaron por fin.

—¿Dígame? —dijo una voz algo temblorosa.

—Hola, yayo, soy Adèle.

—¿Dígame? —repitió el anciano.

—¿Yayo?

—¿Sí?

—¡Soy Adèle!

—Ah, sí, bonita, ¿todo va bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, yo... ya sabes... —dijo con un cansancio mil veces repetido—. ¿Y por qué me llamas?

—Bueno... mamá te lo explicó, se ha marchado de viaje, ¿lo sabes, no?

—Sí, al Perú, me lo dijo.

—Bueno, he querido que supieras que puedes llamarme si tienes algún problema, puedo venir a verte.

—Sí, bueno.

—Mientras esté de viaje, quiero decir, puedes llamarme —insistió Adèle, poco impresionada por aquella falta de entusiasmo.

—Sí, bueno, está bien —respondió cortésmente su abuelo.

—¿Tienes mi número, yayo?

—Sí, tu madre me lo dio. Pero bueno, Adèle, ¿sigues en Londres, hija mía?

—Sí, pero no te preocupes, no es tan lejos, tomo el tren y no tardo mucho —mintió Adèle.

—Ah sí, vas a la estación de Poitiers y luego hay un autobús.

—Eso es —respondió Adèle que no tenía ni la menor idea pues hacía casi diez años que no había ido a verle.

—¿Y cuánto tiempo se necesita en total?

—Oh, no lo sé, medio día, tal vez un poco más —aventuró Adèle. Sospechaba sin embargo que sería necesario mucho más, su abuelo vivía en una aldea cerca de Chanteloup. Un minúsculo pueblecito perdido en la floresta, en Deux-Sèvres.

—Ah sí. En fin, no es necesario. Bueno, bien, vamos. Un beso y hasta la vista.

—Espera, yayo, ¿tienes aún el teléfono móvil que te dio mamá?

—Oh, ya sabes... los teléfonos móviles... —soltó su abuelo, para quien la tecnología punta llegaba a las más altas esferas de lo absurdo; pero, afortunadamente para Adèle, toleraba las conversaciones telefónicas solo si eran muy cortas y se limitaban a lo esencial. Y la parrafada sobre el progreso no formaba parte de lo

esencial, al menos por hoy.

—¿Pero lo tienes aún?, dime —insistió Adèle.

—Sí, oh...

—Bueno, muy bien, llévalo encima y me llamas cuando sea necesario.

—Sí, oh, no es necesario. Vamos, hasta la vista mi pequeña Adèle.

Y colgó.

No, claro, no era necesario. El corazón maltratado por un infarto en 1995, una pila en el tórax, una rodilla que fallaría de un momento a otro, los pulmones abrasados por cuarenta años de Gitanes... y sin embargo seguía dando guerra, comía por cuatro, cultivaba su huerto, silboteaba al fregar los platos, y tenía agallas bastantes para soltar un montón de tacos cuando sus médicos, regularmente, le daban solo unos meses de vida; y desde hacía casi quince años. En fin, eso era lo que Françoise, la madre de Adèle, contaba, dado que Adèle solo mantenía con él unos muy esporádicos contactos. Sin remordimiento alguno, pues él no dejaba de repetir, con su delicadeza y su contención legendarias, que no quería «que le tocaran las narices».

Adèle metió el teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta de camuflaje. 19.23. Esperaba desde hacía por lo menos un cuarto de hora, de pie, en medio de la calle. El anochecer era tibio aún aquel día de septiembre, y el barrio de Brick Lane, al este de Londres, resonaba con las alcoholizadas risas procedentes de los atestados alrededores del Swan Pub. A Adèle ese barrio nunca le había gustado, aunque sus amigos le hubieran asegurado que era el último lugar de moda. En los escasos días de sol, apreciaba sus colores y disfrutaba a veces los tesoros de sus abigarradas tiendas. Pero en los días desapacibles, todo agredía aquí sus sentidos: los olores del curry, las basuras, los bramidos de los camareros ante los restaurantes indios, las fachadas sombrías y sucias. Sin embargo, tendría que pasar ahí largos, larguísimos días y algunas noches durante más de un mes. Pues ahí se encontraba, en una calle cuya plaza estaba traducida al sánscrito, el único lugar del rodaje: una gran mansión de tres pisos, con la piedra del mismo gris que el cielo inglés. Apenas se habría advertido en medio de los viejos almacenes, en esa pequeña calle oscura que a menudo acogía a los drogatas y a algunas muchachas borrachas. Adèle se encontraba ante la entrada de la mansión. En el interior, se atareaban ya. Suspiró, miró de nuevo su reloj: 19.27. La jornada de trabajo comenzaba. Y comenzaba mal.

Sacó la hoja de servicio de otro bolsillo de su guerrera de camuflaje y volvió a leerla por tercera vez: al actor principal le

esperaban en maquillaje a las 19.30. Ante su nombre figuraba el suyo: Adèle Montsouris. Era extraño ver aquellos dos nombres uno al lado del otro, pues ellos estaban a ambos extremos de la cadena alimenticia que era la industria de la televisión: él, la estrella de las películas históricas de la BBC, con algunos millones de paga; y ella, en lo más bajo, de veintidós años, becaria de realización, benévola claro está, «para hacer prácticas». Llevar el té y el café, llamar taxis, servir de canguro a los actores de todas las edades, llegar la primera al plató y marcharse la última: esa era la práctica que Adèle acumulaba desde hacía tres películas y en balde. La indicación de su nombre junto al del actor principal significaba que si llegaba con retraso, el primero, el segundo, el segundo-segundo y el tercer ayudante de realización tendrían la oportunidad de atribuirle la responsabilidad; y en los rodajes se gritaba mucho. Era pues preciso que ella le gritara también al taxista, encontrara un plan B, avisara a la maquilladora, etcétera. El tercer día de rodaje apenas se había iniciado y Adèle sentía ya que todos los músculos de su cuerpo se contraían previendo esa nueva e inminente catástrofe. Puesto que los dos días anteriores habían sido ya especialmente difíciles, Adèle olvidó muy pronto al lejano abuelo con quien acababa de hablar.

Él, en cambio, no la olvidó. Su llamada acababa de ponerlo todo, pero *todo*, patas arriba.

Georges Nicoleau permaneció largo rato junto al teléfono, en el pasillo, perplejo.

—Jolín —dijo en voz alta—. Ah... jolín y jolín y jolín y jolín y jolín. Jolín jolín jolín.

No es que no hubiera apreciado que Adèle le hubiese hecho esa breve llamada: sí, de algún modo eso le había supuesto un bálsamo en el corazón, que esta tarde estaba más bien holgazán. Su nieta no había ido a verle desde el divorcio de sus padres, de modo que iba a hacer, veamos, casi diez años de eso. Le había mandado las tradicionales tarjetas de felicitación de Año Nuevo. Luego algunas postales en sus inicios londinenses. Además, ahí estaban, clavadas con chinchetas en el marchito empapelado, junto al calendario 2008 de los bomberos, sobre la mesilla del teléfono. Le había complacido recibirlas, y también le había complacido a Arlette. Arlette... Esta le había gustado mucho, la de la foto del Big Ben en blanco y negro. La había encontrado artística. En fin. Londres había debido de perder rápidamente los atractivos de la novedad, pues las tarjetas postales no habían seguido llegando, y las llamadas por teléfono eran raras. Por mucho que la de esta tarde le complaciera de un modo absoluto, sin embargo le planteaba un maldito y gran

problema. Todos sus planes y los de Charles iban a zozobrar. Tenía que hablarlo con su cómplice esa misma noche. Venía al pelo, no era miércoles ni sábado, por lo tanto era muy probable que pasara a tomar la tisana cuando dieran el parte meteorológico.

Georges regresó al salón con medidos pasos, siguiendo un recorrido familiar. Su alta silueta, algo encorvada, es cierto, apenas pasaba bajo las vigas de la pequeña casa. Esas vigas le habían tocado las narices desde que tenía dieciséis años. A fin de cuentas era una gran ventaja ser viejo, ahora ya no se golpeaba la cabeza. La vejez le había caído encima casi por sorpresa, pues en el fondo se sentía joven, y físicamente, para un tipo de ochenta y tres años, no se encontraba demasiado decrépito, las pocas veces en que consideraba la cuestión. De entrada, seguía teniendo un montón de pelo que sobresalía de la gorra. No era la melena de antaño, pero bueno, se defendía bastante bien. Y además llevaba vaqueros y unas Reebok; por la comodidad, claro, no para ir a la moda, pues la despreciaba enérgicamente. Y sobre todo, en cuestión de memoria, no solo era invencible ante todos los demás viejos del club de la tercera edad, sino que podía compararse con cualquier jovenzuelo. El corazón sí, estaba algo frágil desde la operación. Pero era como la rodilla, la vejiga y la espalda, bastaba con seguir las instrucciones de uso, tener las recetas adecuadas y, luego, la cosa funcionaba.

Georges se dejó caer en su viejo sillón, un sillón de jardín, de plástico, con fundas por todas partes. No, no es que le faltara pasta para comprarse un tresillo de verdad: el dinero no era un problema para el señor Nicoleau, tenía mucho más del que iba a necesitar nunca. No era la carnicería que había tenido durante cuarenta años la que había constituido su fortuna, aunque hubiera participado en ella, pues la pequeña carnicería había funcionado bastante bien. Georges Nicoleau había invertido siempre en piedra y tierra, vendido y comprado en momentos tan buenos como otros y, sobre todo, vivía frugalmente y ahorraba mucho. De pasta, tenía un montón. Pero nunca había encontrado un sillón tan confortable.

Comenzó pues a reflexionar en el problema y, para mejor organizar sus pensamientos, tomó el mando a distancia que estaba encima del *TéléStar* y encendió la tele. Se había perdido las noticias serias de las ocho, estaban ya en las más ligeras de las 20.30. A fin de cuentas las prefería a los grandes titulares, que hablaban de un mundo que él no reconocía ya. Volvió a pensar en Adèle. Miró su maleta puesta cerca de la puerta del salón. Su marcha estaba prevista exactamente para dentro de una semana. Su escaso equipaje estaba dispuesto desde la antevíspera. Había comprado esa maleta —lo recordaba ahora— en Biarritz, en 1985. Caramba, precisamente el año en que nació Adèle. Había vacilado en comprar

una para la ocasión, una moderna, con ruedas, más práctica, es cierto. Pero no pensaba caminar mucho con ella y habría sido malgastar un poco. Esta era muy nueva. Y además, tal vez, como no se llevaba recuerdo alguno, sería en sí misma una pizca de recuerdo.

La música del parte meteorológico le sacó de su ensueño. Al mismo tiempo, se escucharon en el garaje los pasos familiares de Charles. La casa de Georges tenía una hermosa puerta de entrada rodeada de flores y de pequeños guijarros, e incluso un gnomo de jardín. Pero desde hacía treinta años que Charles era su vecino, entraba *siempre* por el atestado garaje, ondulando las caderas entre las cajas, los rastrillos, los cubos y todo aquel revoltillo que sostenía las paredes y una parte del techo. Era así.

Charles entró, con los ojos clavados en la tele y el mismo gesto repetido desde hacía treinta años, alargó la mano a Georges. Georges se la estrechó sin apartar los ojos de la pantalla. Una presentadora agitaba los brazos ante un mapa de Francia constelado de grandes soles.

—¡Bueno! ¡Mañana tampoco vamos a tener agua! —exclamó Charles, que había abandonado cualquier actividad agrícola desde hacía muchos años (salvo por algunas gallinas en el corral y el póney de su bisnieta en el viejo establo), pero que había conservado la sana costumbre de temer la sequía.

—En fin, tenemos buen tiempo en todo el recorrido. Y no demasiado calor aún, por cierto.

—Ah, sí. Salvo en Pau, allí parece soplar el aire. Pero bueno, la cosa puede cambiar, hay tiempo, y no estamos todavía allí.

Charles se dirigió hacia el viejo aparador para tomar sus tazas.

—¡Ah, mierda! —dijo llevándose la mano a la cadera. Esa cadera le molestaba mucho y, sin embargo, se dijo Georges, era joven, apenas setenta y seis años. Era bajo, rechoncho, con la cabeza redonda y calva, las mejillas enrojecidas del campesino y unas grandes manos que las habían pasado canutas. Llevaba gafas a la moda de los años sesenta y tenía el aire honesto de un hombre con el que puede contarse. Y no es que fuera solo el aire: con Charles Lepensier podía contarse.

Georges dudaba en hablarle de Adèle. Finalmente se lanzó:

—No estamos allí todavía, tú lo has dicho, Charles. Ni siquiera sé si llegaremos algún día. Eso es. Hay un problema. Ya sabes, mi nieta, Adèle, la de Londres. Ha llamado esta tarde.

Claro que Charles sabía quién era: Georges solo tenía una nieta y ningún nieto, no corría el riesgo de equivocarse. En cambio, él, con su tribu tan numerosa que se hacía un lío con los nombres, y esa manía de hacer los hijos desde jovenzuelos, tenía dieciocho

nietos y cuatro bisnietos, y la cosa no había terminado si el buen Dios lo decidía.

—Caramba. ¿Van mal las cosas en Londres? —preguntó Charles, ansioso.

—No, no, todo va bien. El problema no es este. Ella se *preocupa* —articuló Georges.

—¿Cómo que se preocupa... por ti? ¿Precisamente hoy? ¿Pero qué mosca le ha picado?

—Sí, al principio me ha sorprendido un poco. Pero me imagino que es *su madre* la que se preocupa. Y entonces ha debido de encargar a la hija que, como suele decirse, vele por mí.

—Ah jolín. ¡Está claro que tus mujeres eligen perfectamente el momento!

—Y tú que lo digas.

—¿No vendrá hasta aquí, de todos modos?

—Oh no, no sería su estilo. Y aunque tuviera ganas de hacerlo, lo he calculado bien, necesita al menos trece horas para llegar desde su casa. No, no, lo que me preocupa es que va a llamar. No cabe duda. Yo diría que no cada mañana, pero no me sorprendería que su madre le haya pedido que me llame una vez a la semana, ya ves. Ya imaginarás que si no descuelgo una vez, o dos, le agarrará uno de sus reconcomios y Françoise bajará a toda prisa de sus montañas peruanas. Como no voy a estar aquí durante casi dos meses, puedes imaginarte el follón que eso va a suponer.

—Tendríamos que haberlo sospechado —refunfuñó Charles intentando contener su cólera—. Era demasiado bonito que tu hija se largara al otro extremo del mundo, durante dos meses, sin llamarte ni nada. Si quieres que te diga la verdad, yo apenas lo creí. Bueno, es cierto que no había pensado en la jugarreta de la nieta.

Habían hablado muchas veces de su hija única, Françoise. Ella que, después de su divorcio y la muerte de su madre seis años antes, no soltaba ni a sol ni a sombra a su padre, a quien creía gravemente enfermo, con razón o sin ella, a quien se empeñaba en tratarle como a un niño, había sentido el súbito deseo de volar hacia los Andes para participar en una expedición de resistencia en apartadas montañas. Algo que en sí no extrañaba a nadie pues ella acumulaba maratones, *trekkings* y demás gilipolleces para ricos. Pero siempre, fuera cual fuera la diferencia horaria, se colgaba ella del teléfono, todas las noches o casi, para llamar a su padre. Esta vez, había hablado de un silencio total durante dos meses. Era algo inesperado. Georges y Charles habían aprovechado la ocasión. Era el momento o nunca de realizar su viejo proyecto. Y a una semana de su gran partida, he aquí como estaban las cosas.

Georges sintió que el desaliento llegaba rápidamente, muy

rápidamente, como una marea que sube. Si incluso Charles perdía la fe en su proyecto, iban lucidos. El clac de la tetera hizo que Charles se levantara y sirviese en silencio la tisana. Sin apartar la mirada de la taza, acabó diciendo:

—Sé que hemos hablado ya de eso, pero en fin, Georges... ¿estás seguro de que no quieres decírselo a tu hija y a tu nieta?

—No, de ningún modo, ¡no empecemos otra vez, carajo! Si Françoise lo supiera... en fin, ya la conoces, Charles. Va a encerrarme de inmediato en una de esas casas para viejos, con pinchazos cada cuarto de hora y una escolta cada vez que vaya a mear, todo se habrá jodido. Haría que me metieran en formol si pudiera. A estas horas, debe de estar ya trepando por los Andes y me *aseguró*, ¿me oyes?, me *a-se-gu-ró*, me dio incluso la lata con ello, que no podría llamarme *en absoluto* durante dos meses... por lo tanto, está decidido y mejor así. Pero Adèle, que es muy lista... no vayamos a equivocarnos, encontrará la manera, tirando de Internet, por aquí y por allá y paf, en un abrir y cerrar de ojos tendré encima una escuadrilla de enfermeras. No, no quiero que Françoise lo sepa, ni por mí, ni por ti, ni por Adèle, eso es. Pásame la tisana.

Se llevó la taza a los labios y volvió a dejarla, antes de continuar, en el mismo tono:

—Claro que a ti... para ti, quiero decir, la cosa es simple: a tu mujer eso no la molesta. Incluso te incita a que te largues durante dos meses. ¿Sabes?, francamente, la Thérèse en eso me ha dejado de piedra. ¡Ah!, a los jóvenes se les permite todo, ¿no, Charles?

Charles sonrió, pero parecía muy abatido. Los dos hombres bebieron en silencio su tisana; el tic tac del reloj se hizo casi ensordecedor. Georges tomó por fin la palabra:

—Bueno, enséñamelo...

Tímidamente, como un niño al que acaban de reñir, Charles tomó su cartera de cuero, sacó de ella unos impresos y unas guías de viaje y los extendió sobre el hule.

—¿Qué hay por aquí? —preguntó Georges—. ¡Ah, ah! Sauveterre-de-Cominges-Lannemezan-Foix, etapa 11, ¡esa sí que es buena!

Eran claro está los mejores momentos y lo que daba cierto sabor de aventura a su tisana. Inclinados sobre las guías turísticas, con los dedos resbalando por el atlas muy doblado, en medio de las reservas de hotel y los folletos en color, repetían su periplo y rejuvenecían treinta años. Al cabo de siete días, iban a iniciar el Tour de Francia.

Viernes 19 de septiembre

Chanteloup (Deux-Sèvres)

—¿El Tour de Francia? —exclamó el joven cartero pasmado.

—Pues sí —respondió Georges con orgullo.

—¡Mecachis!... Pero, hum, ¿qué iba yo a decirle?... Con su rodilla que le falla, ¿la cosa no será, cómo decírselo, algo pesada?

—¡Ni hablar, apenas si vamos a andar!

—Bueno, ya lo imagino, y eso es lo que me preocupa. ¡Tragarse tres mil quinientos kilómetros en bici!

—Ah noooo... Los haremos en coche... —dijo Georges, decepcionado al tener que corregir tan rápidamente el delicioso malentendido.

—Aaaaah... ¡Me había dado usted miedo! —dijo el cartero riéndose—. Bueno, sí. Ah, qué miedo me ha dado. Yo creía...

—En fin, de todos modos la cosa será larga. Veintiuna etapas, cuarenta y nueve pueblos. Casi dos meses en total.

—Sí, en fin, pero no es como en bici.

El interés del joven cartero casi se había disipado. E iba a hablar de otra cosa cuando Georges prosiguió:

—Sí, dicho esto, se lo aseguro, de todos modos es una endemoniada organización. Hace meses ya, por ejemplo, que estamos trabajándolo con Charles. Se mete en Internet y todo.

—¿Ah sí? —respondió cortésmente el cartero—. Bueno, ya me dirá si no qué hacemos con el correo.

No valía la pena insistir. No era la primera vez que sucedía. Habría podido precisar que irían a rincones perdidos, peligrosos incluso o directamente extranjeros (¡a Italia!). Se había sorprendido incluso lamentando no intentar hacerlo en bici, solo para ver la jeta de la gente... Le destrozaba la moral cada vez que pensaba que su gran proyecto no valía un comino. Sin embargo, eran tres mil quinientos kilómetros en coche, córcholis.

Georges suspiró y sacó su viejo cuaderno naranja.

—Sí, por lo del correo, bueno, se lo entrega usted a Thérèse... Desde el 25, es decir el próximo jueves, hasta... espere un momento... hasta el 24 de noviembre. Es un lunes. Si por casualidad estamos más tiempo, Thérèse se lo dirá, ¿eh? En fin, usted verá.

—Bueno, anotado. ¿Y los paquetes también? Caramba, además hay uno que ha llegado hace un rato, ahí, para usted. Aquí está. —Le tendió un paquetito del tamaño de una caja de zapatos, con un envoltorio doméstico, estaba claro, de papel de embalar. Georges lo esperaba desde hacía tiempo ya; no había sido sencillo procurárselo.

Regresó a su casa y puso el paquete, sin abrirlo, en su maleta.

Precisamente había dejado lugar para él. Cuando iba a cerrar su pequeña maleta, algo patética, le golpeó de lleno el alma lo absurdo de su proyecto. Su absurdo, su improbabilidad y su inutilidad. Volvió a su sillón, se puso los almohadones en la espalda, tomó el mando a distancia de encima del *TéléStar* y encendió la tele. Como cada mediodía desde hacía tantos años. Era tan sencillo, a fin de cuentas, hacer como de costumbre. Y he aquí que se disponía a lanzarse a ese Tour de Francia. ¡Qué locura!

¿Por qué había aceptado seguir a Charles? ¿Por qué él, que tan poco había salido del huerto, ni siquiera cuando su esqueleto era robusto, por qué de pronto, a los ochenta y tres años, tenía veleidades de aventura? Su última oportunidad, debían de decirse todos. Vamos, abuelo, tómese otro traguito de vanagloria, ¿eh? Para la moral, para hacer creer que todavía somos invencibles, que seguimos adelante. «Un sueño de chiquillos realizado a esta edad, ¿no está bien eso?», dirían. Oh, seamos honestos, de todos modos la cosa le hacía tilín, tenía su pequeño orgullo. Pero eso era, más bien, para Charles, que todavía era joven y estaba en plena salud, o casi, con una gran y hermosa familia por añadidura. Pero, para Georges, las cosas eran muy distintas. Tenían razón, era en efecto la última oportunidad. Era la última oportunidad de salir de escena con un buen sombrerazo. Ni siquiera necesitaba ser bueno, el sombrerazo. Solo digno. Y bastaba con mantener el tipo, en pie.

Su remendado cuerpo aguantaba aún, a trancas y barrancas, es cierto, pero aguantaba. Sin embargo, en el interior, hacía mucho tiempo ya que el hombre no estaba de pie. Aguardaba, casi vencido de antemano, que los pronósticos se cumplieran, que las estadísticas se demostraran, que le golpearan las probabilidades. Pero nada sucedía, entonces había decidido salir al encuentro de las probabilidades. Ochenta y tres años, un cuerpo maltratado por todos los costados, tres mil quinientos kilómetros y dos meses de expedición. El cálculo se hacía tan pronto que incluso le había sorprendido que Charles insistiera en que se marchara con él. Debía hacer esa gran vuelta antes de que los escuadrones de asistentes sanitarios llegaran, con su artillería de bienintencionadas humillaciones, y se lo arrebataran todo, hasta el último gesto.

Pero bueno. Se había dicho todo esto antes, cuando tenía valor. En aquellos momentos de enloquecido ardor, de bravura y de desembridada determinación. Pero, desde hacía unos minutos, todo se iba al carajo. El valor, la determinación, la bravura, todos desertaban. Solo quedaban sus voces. Qué mierda de voces.

No, no estaba perdiendo la chaveta. Las voces eran del tipo doméstico, de lo más normal. Pero esta tarde, le habían agarrado. Eran las voces del sillón de su jardín, de las fundas y del parte

meteorológico, las voces de la tisana y de sus tomateras, las voces de todos sus objetos familiares y las de la casa. Le cantaban la dulzura de lo cotidiano, entonaban el estribillo familiar —¿quién no lo ha oído alguna vez?— de lo absurdo del cambio. Las voces le decían que sería más fácil dejar que llegara el destino, dejar que te acunara, dulce, muy dulcemente. Dejar que fluyeran los días, hasta que ya no los hubiese. Las voces le susurraban incluso una excusa fácil: esa imprevista llamada telefónica.

Cuanto más pensaba Georges en el proyecto, más le parecía profunda, dolorosamente ridículo. No se trataba de temeridad sino de idiotez, no de prudencia sino de delirio. Miró con tristeza su maleta. No era miércoles ni sábado, Charles iba a pasar pues, y se lo explicaría. Además, su rodilla estaba mucho más dolorida, ahora que volvía a pensar en ello. Y eso, los dolores, Charles podía comprenderlos, con su cadera.

Con un alivio teñido de pesadumbre se zambulló en el telenoticias de la una y, evitando mirar hacia la estufa donde su maleta arraigaba, comenzó a dormitar. Había capitulado.

Charles, por su parte, al otro lado del huerto, no había capitulado. Aunque tuviera que arrastrar a su amigo por las orejas, iba a hacer ese Tour de Francia.

—¿El Tour de Francia? ¿En renoscénico? —Los ojos del pequeño Lucas, abiertos como platos, miraban a su bisabuelo con admiración.

—Yaya, ¿qué es un renoscénico?

—Un Renault Scénic, Lucas. Es un coche —respondió Thérèse tranquilamente.

—Sí, pero un coche que tiene un montón de dispositivos dentro —quiso precisar Charles.

—¿Y qué dispositivos tiene dentro, yayo? —Charles lamentaba ya haber tomado ese camino como mínimo resbaladizo: una discusión sobre los dispositivos con un experto de siete años estaba perdida de antemano.

—Un montón de *opciones*, ya sabes. —Bueno, no lo hacía tan mal.

—¿Y cuántas horas va a tardar?

—Ah no, Lucas, el Tour de Francia se hace en varias semanas.

—Ah, bueno. Entonces vais a pararos mucho.

—Sí, vamos a pararnos mucho. Eso es —respondió Charles, decepcionado.

Estaban en la cocina, Charles y Thérèse, su nieta Annie y su marido Frank, y sus dos hijos, Lucas y Justine, de siete meses. Olía a

puerro y a Don Limpio en esa pequeña cocina cuyo papel pintado había estado de moda, algún día, hace mucho tiempo. En el centro de la mesa de formica había un pequeño jarrón con dalias del jardín. Había fotos de los nietos clavadas con chinchetas en las paredes, y estaban las guirnaldas de Navidad del año anterior colgando aún del viejo reloj de pared. Uno se sentía bien en esa cocina, sobre todo Thérèse, pues era su reino. Thérèse era pequeña y rechoncha como las abuelas de la tele. No tenía cuello, blusas bien planchadas y unos pequeños pies, un pasador marrón en su pelo gris de corte cuadrado y una voluntad de hierro. Charles y Thérèse estaban casados desde hacía cincuenta y nueve años, eran felices y lo sabían. Las épocas habían sido más o menos clementes, pero en casa de los Lepensier habían aprendido a positivar mucho antes de que el concepto se pusiera de moda. Encontrar soluciones para los problemas de los hombres era el campo donde Thérèse se mostraba experta, y todas las mujeres de la familia habían heredado ese talento.

Charles necesitaba una vez más, y mucho, las luces de su mujer. Imposible abandonar ahora su proyecto, Thérèse y él habían depositado ahí demasiado corazón y demasiada esperanza. Y no podía hacerlo solo, en parte porque Georges financiaba la totalidad de la expedición, incluido el Scénic nuevo, y además porque... no podía hacerlo solo.

—¿Sabes, Thérèse?, esa historia del Tour no es segura aún. Y pensar que hace lustros que estamos en ello... Ahora hay un problema con Georges. Su nieta.

Thérèse, que estaba poniendo la mesa para el almuerzo, suspendió su gesto e interrogó a Charles, ansiosa.

—¿Cómo que su nieta? ¿La que está en Londres y no llama nunca?

—Eso es. Salvo que ahora, llama. Debe de ser que Françoise se lo ha pedido. En fin, en todo caso no sé lo que están tramando la madre y la hija. Adèle ha llamado, resultado: Georges está aterrorizado.

Thérèse miraba fijamente el mantel y Charles prosiguió:

—Sin embargo, prefiero decirte que Georges no es del tipo que se acojona ante nadie. Pero su hija, ah su hija..., dice que va a internarlo si descubre sus manejos.

Annie, con el bebé en las rodillas, le preguntó a su abuelo:

—¿Y tú crees que Françoise va a internarlo?

—¡Sopla!, la Françoise no es una mujer fácil.

—Epa... lo sé muy bien, ¡es herencia de su padre! —interrumpió Frank, que recordaba aún un enfrentamiento con Georges, un día de mal tiempo.

—¡Pero bueno! —reaccionó Thérèse con viveza—. *Dejad ya* de haceros mala sangre con esta historia de Françoise, dijo que no llamaría durante dos meses, aprovechadlo pues, id a hacer vuestro Tour, tranquilamente, y ya está.

—Pero a mí, ¿qué quieres?, me da mala espina esa historia de, de... silencio total. ¿A ti no te dijo nada?

—No, no, bueno, quiero decir... no más que a ti, supongo —respondió Thérèse apartando la mirada.

Annie intentaba distraer a Justine, que quería agarrar los cuchillos de la mesa. Para mantenerla tranquila, le dio su teléfono móvil, que la niña se llevó de inmediato a la boca.

—Y si por casualidad apareciera, me llamaría enseguida, y yo me encargaría de la Françoise. Dejad pues de obsesionaros por la hija, o por la nieta también, ¡y hala! ¡En marcha! —prosiguió Thérèse.

—De cualquier modo —dijo Charles—, hay que encontrar algo para Adèle, porque el Georges va a bloquearse... Bueno, vamos, todo el mundo a la mesa.

De pronto, el móvil que Justine toqueteaba con sus rechonchas manitas comenzó a emitir unos inesperados sones. Annie lo recuperó, a trancas y barrancas, y verificó la pantalla.

—¿Pero qué habrá hecho esta? Oh no, ¿qué significa esto de «desviar las llamadas, llamadas de voz»?, ¡ay ay ay, ha desprogramado todo este trasto, ya no funciona! ¡Frank, Justine ha escacharrado el móvil! Aquí dice «desviar las llamadas» y qué sé yo...

Frank tomó el móvil con mano cansada, secó la baba con su manga, apretó unas teclas y metió el móvil en el bolsillo de sus vaqueros.

Charles miró a Frank, luego su plato, luego de nuevo a Frank, y por fin le preguntó:

—¿Qué hace ese chirimbolo del móvil, «desviar las llamadas»?

—Bueno, si desvío las llamadas a su fijo, ahí, pues bueno, cuando la gente me llame a mi móvil, sonará su fijo.

—¿Sin que lo sepan?

—Sin que lo sepan.

—¿Y puedes hacer eso con los fijos también?

—Ah sí, normalmente sí.

—¡Ay caray!

Se levantó de la mesa haciendo mucho ruido. Thérèse suspiró.

—Charles, mi ternera va a enfriarse, por fuerza.

—Thérèse, ¿qué has hecho con el listín de teléfonos?

Charles estaba muy agitado. Media hora y una conversación con Frank más tarde, corría a casa de Georges.

Justine sonreía mostrando todos sus dientes.

Georges fue arrancado de su somnolencia por los pasos de Charles que resonaban en el garaje, aunque no resonaban del mismo modo que de costumbre. ¿Tanto había dormido? El reloj de pared, junto a la nevera, indicaba la una y media.

Charles irrumpió en la estancia y gritó, muy seguro de sí mismo:

—Georges, no hay que preocuparse. Lo de Adèle tiene solución.

—Qu'estás dic... —comenzó Georges.

—¿Cuál es el número de tu móvil?

Georges tuvo que levantarse penosamente de su sillón de jardín e ir hasta la mesa del teléfono, en el pasillo. «Aquí está», le dijo a Charles golpeando con el dedo la tarjeta clavada con chinchetas junto a las postales de Londres, donde se leía, en la hermosa caligrafía de Françoise: «Tu móvil: 06 20 15 89 15.»

Charles sacó de su bolsillo un papel cubierto de códigos, descolgó el teléfono fijo y, tras haber marcado con gran concentración un montón de números, de almohadillas y asteriscos, volvió a colgar con mucho cuidado y un aire casi solemne.

—Bueno —dijo Charles, que parecía esperar algo.

—Bueno —dijo Georges, preguntándose si la explicación llegaría por sí sola o era preciso que fuera a buscarla—. Hum, ¿qué iba a decirte?, hum...

—¿Dónde está tu móvil?

—Creo que está en el cajón de la cómoda del salón, debajo del tapete de los naipes.

—Escucha entonces —dijo Charles que parecía ahora tener las cosas dominadas—. Vas a buscarlo. Yo regresaré a casa y te llamaré, y veremos cuál de los dos teléfonos suena.

—¿Pero a qué número vas a llamar?

—Al número del fijo.

—Entonces, sonará el fijo.

—¿A que no? —respondió Charles. Normalmente tendría que sonar el móvil.

Georges le miró con fijeza, casi triste.

—¿Ah sí? —respondió suavemente, partiendo del principio que mejor era callar que asustar a todo el mundo. De todos modos, era una lástima que Charles comenzara a perder la chaveta. Tan joven.

Charles se esfumó, halagado por la falta de conocimientos de su compadre en materia de telecomunicaciones, que hinchaba automáticamente los suyos. Regresó apenas cinco minutos más tarde, y encontró a Georges sentado en su sillón.

—¿Bueno? ¿Cuál ha sonado?

—Ah, no ha sonado ninguno.

Charles estaba perplejo.

—¿No te habrás dormido?

—Ah no, amigo mío. Estaba muy despierto y nada ha sonado. ¿Pero a qué número has llamado tú?

—Al 05 49 57 68 34.

—Pues sí —dijo Georges—, es el fijo. ¿Por qué has estado manoseándolo también? Ahora ya no funciona, vamos lucidos.

—No, no lo comprendo —dijo Charles, molesto—. Tendría que haber sonado el móvil, tengo que llamar de nuevo a la telefónica...

—Pero Charles —dijo suavemente Georges—, es normal que no haya sonado el móvil, has llamado al fijo. Y, además, no hay razones para que el móvil suene, está apagado. De modo que...

—¡Ah bueno, eso es! ¡Está apagado! ¿Y dónde está?

Georges le tendió un móvil nuevo y evidentemente nunca utilizado, protegido por una impecable funda de plástico transparente.

—Me lo llevo. Vuelvo enseguida —dijo Charles, que había emprendido ya el vuelo hacia el garaje.

Georges volvió a sentarse en su sillón, pensando que ese era el destino de todos los viejos, que algún día se les cruzaran los cables, e intentó volver a dormirse para olvidar su pesadumbre. Tendría que decirle a Charles que no se marcharían. Y antes de que pudiera saber cómo, Charles había regresado ya. Su cadera debía de estar de muy buen humor hoy.

—Funciona, jolín de jolines... te lo explicaré...

¡Adèle podía llamar perfectamente a su casa, pero no iba a enterarse de nada! Podían dar su vueltecita tranquilamente. Charles inició a Georges en los misterios del desvío de llamadas y, ya puestos a ello, en el maravilloso mundo de la comunicación moderna. Tanto y tan bien que su ternera con zanahorias fue devuelta a la nevera en un Tupperware, y también su ensalada, y también su arroz con leche, y se perdió incluso su Ricoré y su chocolatito de las cuatro... Su entusiasmo de adolescente había acabado con los lamentos de su estómago y, sobre todo, había acallado las voces de Georges. Por cortesía, habían enmudecido. Por respeto. Porque las voces pueden atormentar a un hombre, enloquecerle a fuerza de dudas, cantarle las alabanzas de la holgazanería y la cobardía. Pero no se meten con los vecinos.

Seis días más tarde, un Renault Scénic azul metalizado con techo panorámico y navegación por satélite, pimpante bajo el sol

orgulloso aún de aquel agonizante septiembre, tomaba la curva de la pequeña carretera arbolada de Chanteloup. Por el retrovisor, Georges miró a la familia de Charles que les «hacía adiós», a Thérèse que se secaba una lágrima, y la casa donde había pasado ochenta y tres años que se empequeñecía antes de desaparecer detrás de los árboles. Sentía un peso en el pecho y un nudo en la garganta, pero no lamentaba nada. Charles, que conducía con una mano y seguía agitando la otra por la ventana, parecía tener, por su parte, toda una alegre orquesta en el corazón. Ciento cincuenta y nueve años entre ambos, y se habían lanzado al Tour de Francia.

Jueves 25 de septiembre
Chanteloup (Deux-Sèvres) –

Notre-Dame-de-Monts (Vendée)

Su gran epopeya en Renault Scénic seguía al pie de la letra el itinerario del Tour de Francia 2008, es decir veintiuna etapas (salvo que, en la vuelta de Georges y Charles, no había la etapa 4, pues no contaban la contrarreloj individual de Cholet). Se habían dado dos, incluso tres días para cada una, por lo de visitar la región. En cambio, se mudaban casi cada día de hotel. Su expedición pasaría pues por:

Etapa 1: Brest – Plumélec
Etapa 2: Auray – Saint-Brieuc
Etapa 3: Saint-Malo – Nantes
Etapa 5: Cholet – Châteauroux
Etapa 6: Aigurande – Super-Besse
Etapa 7: Brioude – Aurillac
Etapa 8: Figeac – Toulouse
Etapa 9: Toulouse – Bagnères-de-Bigorre
Etapa 10: Pau – Hautacam
Etapa 11: Lannemezan – Foix
Etapa 12: Lavelanet – Narbona
Etapa 13: Narbona – Nîmes
Etapa 14: Nîmes – Digne-les-Bains
Etapa 15: Embrun – Prato Nevoso
Etapa 16: Cuneo – Jausiers
Etapa 17: Embrun – L'Alpe-d'Huez
Etapa 18: Bourg-d'Oisans – Saint-Étienne
Etapa 19: Ruán – Montluçon
Etapa 20: Cérilly – Saint-Amand-Montrond
Etapa 21: Étampes – París Campos Elíseos

Tres etapas suplementarias precedían a la número 1, conectando Chanteloup con Brest, el punto de partida del Tour, pues, como decía Charles, «supondría una buena galopada». Las había bautizado etapa 0 (Chanteloup – Notre-Dame-de-Monts, parada en casa de Ginette Bruneau, la hermana de Charles), etapa 0 bis (Notre-Dame-de-Monts – Gâvres, parada en casa de Odette Fonteneau, una prima de Charles) y por fin etapa 0 ter (Gâvres – Brest).

Comenzaron tomando la gran curva después de Chanteloup, y las pequeñas carreteras donde los cardillos crecían en el asfalto

agrietado dieron paso a carreteras con el asfalto tan remendado que parecían puro *patchwork*. Pasaron nombres familiares en oxidados carteles: La Timarière, La Châtaigneraie, Le Bout du monde. Luego aparecieron las franjas blancas, se cruzaron con camiones en las autovías y supieron que realmente se habían marchado.

El coche no iba muy cargado: solo llevaba la pequeña maleta de Georges y la de Charles, que era dos veces mayor que la de su compañero, moderna, con ruedas (pues cuando Charles salía, se ponía elegante), y toda una caja de guías turísticas. La de la Bretaña del Sur la habían puesto en la guantera, con las instrucciones para el uso del GPS y las pastillas Vichy de Charles. Thérèse les había preparado también las cosas para el *picnic*; a fin de cuentas, no comerían en un restaurante cada mediodía. Lo había aprovechado para añadir, sin que lo advirtieran, una pequeña caja con tomates del huerto y el jamón ganado a los naipes.

No se mostraban muy charlatanes, Georges y Charles, en aquel coche que olía a nuevo. Salvo por la voz sedosa y monótona del GPS, todo estaba más bien silencioso. Era un clima de reflexión. Y de contemplación. El otoño apenas estaba avanzado. Los árboles solo habían empezado a enrojecer, pero era realmente muy bonito. Georges, que no había salido de su madriguera desde hacía años, lo apreciaba. De Deux-Sèvres a la Vendée, atravesaron pueblos tranquilos, con sus geranios en las ventanas, sus casas burguesas bajo la viña enrojecida y los campanarios que perforaban las nubes. A medida que avanzaban, el paisaje iba transformándose a sutiles pinceladas. En la paleta del verde se mezclaba algo de amarillo por aquí, algo de negro por allá. Las redondeces de la floresta se alargaban en llanuras cosquilleadas por el viento. Se divisaba un molino, una casa con techo de bálago detrás de los pinos. Los carteles de los campings y las marismas saladas: se acercaban al océano.

Notre-Dame-de-Monts era una estación balnearia limpia, discreta y, sobre todo, de pequeña altura. Y ahí se encontraba el secreto de su encanto. Esta parte de la costa de la Vendée había sufrido, en los años setenta, una oleada de construcciones que había desfigurado irremediablemente algunas de sus poblaciones. Saint-Jean-de-Monts, a diez kilómetros de allí, vio como su hermosa playa se rodeaba de gigantescos edificios de cemento, de ruidosas arcadas y de *fast-food*. Notre-Dame-de-Monts, por su parte, había sido milagrosamente respetada, y apenas se distinguían las casas tras su bonito frente de mar y las grandes hierbas de sus dunas. Charles conocía bien el lugar pues había ido a menudo a visitar a su hermana, que vivía todo el año allí, pero Georges, para quien era la primera vez, lo descubrió con vivo placer.

Llegaron a la pequeña estación balnearia a las once y media. Puesto que les esperaban para el almuerzo y no querían imponerse demasiado pronto a su anfitriona, los dos compadres decidieron ir a admirar el mar que cabrilleaba tras las banderas de la explanada. El sol, que apenas se había mostrado durante el verano, caldeaba la arena de la playa y hacía remolonear a los últimos veraneantes. Georges y Charles, con los pies en la arena y los ojos en el océano Atlántico, estaban contentos pero no se atrevían a decírselo.

Los dos vecinos se habían vuelto como tímidos. Es preciso decir que su amistad había tenido el mismo decorado durante treinta años (bueno, pensándolo bien, estaba más cerca de los cuarenta). Compartían la tisana a la hora del parte meteorológico. Se invitaban también, mutuamente, a los cumpleaños y a las fiestas familiares. Primero fue a postre y café, hasta el día en que, hacía de eso más de quince años, Charles había invitado a Georges y su esposa, tal vez por error, tal vez no, también al entremés y al plato de resistencia, cuando todavía estaban en lo de conversaciones serias, con las corbatas anudadas aún, con las cuñadas corteses aún. Su amistad soportaba también un comercio de lechugas, destornilladores, camionetas, bolsas de congelador, cordeles de todo tipo, direcciones de primos y pequeños favores. Era una rutina práctica y agradable. ¡Dios sabe por qué habían querido pasarse de listos y cambiar así sus costumbres!

De pronto, allí, en el frente marino de Notre-Dame-de-Monts, no sabían ya qué decir. Su amistad respiraba el aire de alta mar. Ya verían si iba a recuperarse de esa.

Georges y Charles llegaron a casa de Ginette exactamente a los doce y media del mediodía. Besos, habéis tenido un buen viaje, demasiada gente cerca de Le Perrier como de costumbre, pero por lo demás se ha circulado bien, hace buen tiempo aún, habéis traído el sol, todo el verano ha hecho un tiempo de perros, y la salud, no podemos quejarnos. Las mismas palabras de cada año, el juego de las preguntas-respuestas que se sabían de memoria, en el que todo el mundo hablaba al mismo tiempo, como el estribillo de una canción que te gusta.

Ginette propuso almorzar en la terraza, donde la mesa estaba puesta ya. ¿Era el aire del Atlántico o, tal vez, la suavidad de los pinos que perfumaban el jardín a la hora del café? Georges se sentía mejor que desde hacía muchos años. Había conocido ya a Ginette en algunos almuerzos familiares, donde le había parecido que tenía aspecto de mandona. Pero aquí, en su casa, era muy distinta. Apenas aparentaba sus setenta y tres años, con el pelo rojizo, sus

pantalones cortos y sus sandalias de plástico anaranjado. Nunca antes había advertido su vitalidad de adolescente ¿O acaso era, carajo, que la viudez le sentaba bien? En todo caso, aquí, en su jardín, los modales de Ginette eran un poco más coquetos y esa autoridad natural se volvía a la vez más dulce y con más pimienta, como el viento otoñal en los pinos parasol. Y como aquel aguardiente de ciruelas, tan engañoso.

Charles permanecía ojo avizor. Pues Georges, sensible a vete a saber qué virtudes —las de Ginette o las de su aguardiente, o incluso ambas a la vez— había comenzado a hacer el idiota. Recordaba de pronto las palabras de canciones que no había entonado desde hacía tal vez sesenta años. Ahí estaban también las mil glorias del Tour que, juntos, iban a revivir una tras otra, y las historias en pasado y los verbos en futuro. Los tímidos vecinos habían recuperado su guasa.

De aguardiente en chocolate, de chisme en tisana, la tarde se volvió anochecer y el anochecer noche cerrada. Tras una cena que nada tenía que envidiar al almuerzo, era obligada la partida de remigio.

Ginette sacó el tapete del Crédit Lyonnais y las dos barajas. Georges se había instalado ya en la mesa del salón, inclinado sobre su tisana. Podía parecer incluso que le adormecía el aguardiente. Mientras distribuía los naipes, Ginette preguntó:

—Georges, ¿y tu nieta Adèle, cómo le va por allí, en Londres? Trabaja en el cine, ¿no?

—Ah sí, aunque no sé demasiado qué hace allí, en el cine. En fin, eso es lo que ella quiso... ¿Sabes?, a mí no me lo cuenta.

Georges tuvo de pronto la curda triste, y Ginette se dejó ganar a su vez por la melancolía.

—Ah sí; los jóvenes, ahora, se marchan...

—Oh Ginette, los jóvenes se han marchado siempre... Incluso nosotros nos marchamos.

—Sí, pero no nos marchamos lejos —rectificó Ginette.

—Lejos no, lejos no —intervino Charles—. En fin, sí, era como si lo estuviésemos. Mis padres estaban en Bressuire cuando me marché para instalarme con Thérèse, en el 54, bueno. Antes de Chanteloup, estábamos en Pougne-Hérisson, del lado de Parthenay. En fin, bueno, cómo decirlo, para ir a ver a los abuelos, veinticinco kilómetros no son muchos; de todos modos, en el 54, tenías que apechugar, en bici, con aquellos veinticinco; ¡estaba mucho más lejos que ahora! No íbamos todos los días y no nos llamábamos durante horas e Internet y los e-milios y eso y aquello. Los jóvenes, ahora, cuanto más lejos van más se agarran a tus pantalones. En fin, no lo digo por quejarme. Pero a veces... Georges, te toca jugar a ti.

Georges miró su juego con aire distraído y siguió con la misma canción:

—Ah sí, el teléfono. Aaahh, el teléfono... qué cosas, siempre *col-ga-dos* del teléfono, parece mentira, ¡jolín de jolines! Antes la cosa era ya insoportable pero al menos, bueno, era útil. Pero ahora, con sus teléfonos móviles...

—Y espera —le interrumpió Charles—. Ya verás adónde van a llegar las cosas. Resulta que mi nieto de Parthenay viene a casa, ahí, durante las vacaciones. Pues bien, recibe sus e-milios, atención, sus *e-milios de Internet*, en el teléfono móvil —para poner de relieve lo absurdo de la cosa, dio un puñetazo en la mesa y se arrellanó en su silla—. Yo lo había visto ya en la tele, pero me dije que no, que era para gente que estaba en el ajo, en la telefónica o, como mucho, para los grandes ejecutivos... Pues bueno, ¡no! ¡Mi nieto! ¡Que es charcutero en Parthenay!

Georges movió la cabeza.

—Ah, si incluso los charcuteros necesitan ordenadores por todas partes, adónde iremos a parar... Bueno... ¿Pero qué estás haciendo Ginette?

—Cierro —anunció orgullosamente Ginette.

—¿Ya? —gritó Charles— ¿Y cierras limpio?

—¡Eso es, sin comodín!

—Oh mierda... yo no tenía nada ligado. Toma, míralo. Ni siquiera una figura, nada que ligar, toma. Bueno, ¿sin comodín supone más puntos?, ya no lo recuerdo...

—No, más puntos no, solo vuestra admiración, caballeros... Menos veinte para menda y doscientos puntos para vosotros dos.

—Ah, empezamos bien... Bueno, ¿a quién le toca repartir? —dijo Georges.

—Al imbécil que lo pregunta —se carcajeó Charles, muy acostumbrado a los torneos de naipes.

Mientras Georges distribuía las cartas, Ginette aventuró con precaución:

—¿Sabes? Eso que dices de los teléfonos móviles, Georges... Yo tengo uno...

Georges dejó de repartir en seco y la interrumpió con vigor:

—Ah, yo también, Ginette; también tengo uno, *pero no lo utilizo*.

—Bueno, ahora sí, ahora lo utilizas, Georges —le corrigió Charles—, con las llamadas desviadas...

—Ah sí, pero eso es distinto...

—Georges utiliza su móvil para hacer creer a todo el mundo que está apoltronado en Chanteloup mientras hace el Tour de Francia —reveló Charles a Ginette, en un aparte, con una sonrisita

de través.

—Pero es *para que ellas no se preocupen*.

—¿Ah caramba? ¿Puedes hacer eso con los móviles? —preguntó Ginette, admirada.

—¡Ya lo creo, señora! —respondió Charles con orgullo—. Incluso fui yo quien hice la chapuza, vas a ver.

—Bueno, Charles —prosiguió Georges, que de pronto tenía el humor sensible—. ¿Juegas o das una clase de tecnología? Ah, me gustaría que fuera ya mañana para saber si hoy vamos a jugar...

—En fin, como estaba diciendo —prosiguió Ginette—, yo tengo un móvil, y me parece muy bien.

—¡Pues eso! —exclamó Georges—. ¿No decía yo? ¡Las mujeres siempre colgadas del teléfono!

—Ah no, eso no; lo demuestra que tengo un plan con una hora de comunicación al mes. ¡Al *mes*!

—Buf, es demasiado.

—Pues bueno, a mí me parece que, cómo decirlo, que te da más libertad. Hago muchas cosas desde que tengo mi móvil.

—En fin, vamos —se rio Charles—, ¿llevabas antes una vida de monja?

—No, pero me parece estar más cerca de la gente.

—Más cerca, más cerca... —prosiguió Georges—; en fin, yo estoy en el campo para que no me toquen las narices, de modo que estar cerca de la gente...

—Georges —le corrigió Charles—, hace ochenta y tres años que estás en el campo, no es como si lo hubieras elegido...

—No, pero si hubiera tenido que elegir, pues bueno, habría elegido exactamente donde estoy. ¡Para que no me tocaran las narices!

Nadie tenía juego y la fatiga comenzaba a dejarse sentir. Nadie cerraba ya, pero todos bostezaban. Finalmente, la victoria fue concedida a Ginette y guardaron el tapete y las barajas en el aparador cubierto de baratijas. Era la hora de deshacer la maleta y sacar de ella los bien planchados pijamas.

Ginette tenía una gran casa de la que solo ocupaba una parte, el resto lo alquilaba en verano a dos familias que acudían desde hacía años en sus vacaciones. No carecía de habitaciones para los amigos, Charles y Georges tuvieron, pues, cada cual la suya.

Georges instaló sus cuarteles en una pequeña habitación con una almohada como le gustaba, un cubrecama de felpilla marrón y un gran armario que olía a antipolilla. El colchón parecía de buena calidad. Debe decirse que lo que más miedo le daba en esta loca

epopeya eran las camas. Para el ruido, había previsto ponerse unos tapones en los oídos; para los mosquitos estaba su cidronela; pero para la cama era una lotería. Tras un aseo extremadamente sucinto en el cuarto de baño que compartía con Charles, se sentó en el lecho, se quitó los zapatos y se tendió con cuidado, finalizando con un gran suspiro. La cama era buena. Tomó su libro, una policiaca de Mary Higgins Clark, pero no tenía la cabeza para eso. Todo zumbaba, ronroneaba, se excitaba, canturreaba, parloteaba... En resumen, la cabeza tenía cosas que decir. Era preciso rendirse a la evidencia: Georges tenía lamentables accesos de optimismo.

Se sentía bien, qué carajo. La cama parecía hecha a medida, el silencio se parecía al de su casa, con un ligerísimo shshshshsh si se concentraba bien. ¿El viento entre los pinos o el Atlántico? Tal vez su imaginación. Las figuras geométricas del papel pintado, en un camafeo de beiges, apaciguaban a Georges, casi le hipnotizaban. Las dos comidas habían sido exquisitas, aunque sin pretensiones. Georges no soportaba las pretensiones en materia culinaria. En otras muchas materias tampoco, pensándolo bien. Esas comidas parecían muy sencillas, como si Ginette no hubiera hecho especiales esfuerzos para prepararlas. Pero cincuenta años de matrimonio le habían enseñado que ella se había pasado toda la mañana cocinando, y tal vez también la víspera. ¿Preparaba ella a menudo comidas así, muy sencillas, como a él le gustaban?

Le gustaría volver, de hecho. ¿Le invitaría de nuevo Ginette? ¿Podrían quedarse un día más y sacrificar la parada en Gâvres? No le encantaba precisamente ir a pasar el día con la prima Odette. No la conocía y tampoco lo lamentaba, ella no parecía ser fácil. Además, era una meapilas, un tipo que no era en absoluto el de Georges. ¿Qué diría Charles de ese cambio de planes? A fin de cuentas, no trastornaba tanto su programa y, además, podrían visitar, los tres, la isla de Noirmoutier; Noirmoutier era bonito en cualquier tiempo, al parecer. Todos esos pensamientos arrastraron subrepticiamente a Georges hacia un sueño muy simple. Muy simple.

Viernes 26 de septiembre

Notre-Dame-de-Monts (Vendée)

A la mañana siguiente, despertó con una agradabilísima sensación de pánico. Había dormido tan bien que no sabía ya dónde estaba ni qué hora era. Durante unos segundos, se sintió muy nuevo. Era de día. Las 8.47. Un milagro. Se quedó en la cama sin moverse.

Entretanto, Ginette y Charles, en bata, preparaban el desayuno en la cocina. Ginette estaba muy orgullosa de su cocina moderna, tan bien equipada. Su hijo había hecho que lo cambiaran todo dos años antes y ella había elegido un modelo rojo en Ikea. Solo las minucias que cubrían prácticamente cada uno de los centímetros de superficie plana databan de mucho antes de la era Ikea.

Hablaban en voz muy baja pues hablaban de Georges. Ginette había oído decir que estaba muy fastidiado y preguntaba, en el tono doliente de rigor, por su estado de salud. Charles, en cambio, no se sentía doliente.

—Y un huevo. Georges es de semilla centenaria. Fuerte como un roble, nos enterrará a todos.

—Pero bueno, ¿no me dijiste que los doctores...?

—No, no, no. En primer lugar, no se trata de *los* doctores, es su médico el que, desde hace veinte años, le encuentra siempre un montón de cosas y lo atiborra de medicamentos. Como Georges no toma esos medicamentos, él está convencido de que va a espicharla pasado mañana; pero voy a decirte una cosa, ni mañana ni la semana que viene.

—Pues ojalá sea así.

—Seguro, pero no sé si él lo desea, ya ves. Lo que no le funciona muy bien al Georges es la chaveta. Está, cómo decírtelo... deprimido. De modo que, precisamente por eso, me dije que tomar un poco el aire no iba a sentarle mal.

—¿Ah sí, tú crees, un poco de depresión?

—Y un mucho también. Pero cuidado, si le hablas de depresión se sube enseguida a la parra. Thérèse lo intentó una vez, le habló de su homeópata en Bressuire. Al parecer la homeopatía funciona muy bien para eso. Bueno, pues la mandó a freír espárragos, ¡y de qué modo!

—Sht sht sht —hizo Ginette al oír los pasos de Georges en el pasillo.

—Semilla de centenario, te lo aseguro —murmuró con énfasis Charles.

—¡Buenos días a todos! —gritó Georges, que parecía fresco como un pimpollo— Ah, qué bien he dormido. Ginette, tu cama

vale un potosí.

—¡Bueno, eso me complace! ¿Un cafecito, Georges?

—¡Vamos a ello!

El desayuno fue un baile de arrumacos, entre Ginette que le susurraba a su hermano: «Parece un cascabel, tu Georges, para estar deprimido»; Georges que le susurraba a Charles su idea de cambio de itinerario; Charles que preguntaba a Ginette, en un aparte, si podían quedarse una noche más; y Georges que se apresuraba a pedirle a Charles una respuesta.

Finalmente, cuando hubieron guardado las tostadas y lavado y secado los boles, todos sabían ya que Charles y Georges se quedarían un poco más, y aquello agradaba a todo el mundo. Ambos compadres se marcharían muy pronto, a la mañana siguiente, almorzarían en Gâvres con la prima, y hala, hacia Brest, la primera etapa del Tour 2008, donde habían reservado una habitación en el hotel Du Centre. Entretanto, irían a buscar berberechos en el paso del Gois a Noirmoutier, precisamente en el lugar donde Olano se había despedido, de un modo acrobático, del Tour 99. Con la cabeza llena de anécdotas del Tour y de optimismo, Georges comenzó una jornada que iba a guardar, bien calentita, en su corazón de pilas.

Sábado 27 de septiembre

Brest (Finistère)

Adèle miró su reloj. 20.57, una hora más en Francia, era demasiado tarde para llamar a su abuelo. Se había prometido telefonearle una vez a la semana; habían transcurrido diez días. Siempre había dejado que la hora pasara. Pero recordó que la emisión de variedades en la tele sin duda no había terminado. Tenía pues posibilidades de que respondiera. Su abuelo descolgó al segundo timbrazo.

—Diga, ¿Adèle? —dijo en un tono más risueño que de costumbre.

—Sí, yayo, sí, soy yo —respondió algo sorprendida—. ¿Estás bien, yayo?

—Sí, muy bien, estoy tranquilamente sentado, en el salón, mirando la tele.

Algo no funcionaba. Adèle llamaba pocas veces, es cierto, pero sus conversaciones con su abuelo seguían tanto el mismo guion que hubiera podido escribirlas de antemano. La única vez en que la cosa había transcurrido de modo distinto fue en la muerte de su abuela. Su abuelo no parecía natural, y la tele estaba a tope. Escuchó un curioso: «En la rotonda, segunda salida.» Comprobó que había marcado bien el número del fijo.

—¿Estás seguro de que todo va bien, yayo?

Él tardó unos segundos antes de responder y ella escuchó una especie de susurro, como un pshhiiiittt.

—Sí, todo va bien, todo va bien, no hay nada nuevo. ¿Y tú, estás bien?

—Sí, es...

—Bueno, pues muy bien, un beso entonces.

—Yayo, ¿estás con alguien?

—No, no, no hay nadie, miro la tel...

¡BAAAAAAAMMMMMM! Un ruido ensordecedor, como un disparo, resonó en el teléfono.

—¡Yayo! ¿Qué pasa, yayo? ¡YAYO!

Adèle no tuvo tiempo de comprender, se cortó la comunicación. Volvió a marcar el número con frenesí. Nadie descolgó. Probó con el móvil. Lo mismo. Su corazón latía a todo tren y su cerebro formulaba mil guiones por segundo. ¿Había sido realmente un disparo? ¿Una explosión? Su estufa..., su estufa del tiempo de Matusalén. Había debido de estallar. ¿O un ladrón con una escopeta? Todos tenían escopeta, en aquel villorrio perdido. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Llamar a la policía? ¿Pero cuál era el número francés de la policía? Afortunadamente, su abuelo acabó

descolgando.

—¿Yayo? ¿Estás bien, yayo? ¿Estás herido? ¿Te pasa algo?

—Oh, pobre hija mía —dijo Georges con voz temblorosa.

—¿Pero qué ocurre? —dijo Adèle asustada.

—Prométeme que no le dirás nada a tu madre.

Adèle se sintió sorprendida aunque más bien tranquilizada, si él pensaba ya en andarse con tapujos, la cosa no debía de ser muy grave.

—Pero bueno, dime, yayo...

—Adèle, pequeña —respondió su abuelo algo más seguro—, no ocurre nada grave, pero tienes que prometerme que no le dirás nada a tu madre, si no se pondrá hecha una furia.

Adèle se lo prometió con la boca pequeña. Su abuelo le explicó pues que iban en coche y que Charles intentaba «quitar el sonido de la tía del GPS», que se había equivocado de botón y que, mientras se las veía a toda prisa con todas las manijas y todos los botones del Scénic, no había visto que el coche de delante reducía la marcha para girar a la derecha.

—¿Pero qué es eso de que estáis en un coche cuando te he llamado a casa? Y, de entrada, ¿dónde estáis?

—A treinta kilómetros de Brest. Hemos desviado las llamadas.

—¿De... Brest? ¿En *Bretaña*?

—Sí, en el Finistère.

La casa de su abuelo en Chanteloup. Brest. Por lo menos quinientos kilómetros.

—Pero yayo, ¿qué estáis haciendo en Brest?

—Hemos decidido hacer el Tour de Francia.

—Yayo, no me digas que...

—No, no, en bici no, solo lo hacemos en coche.

Adèle articuló, para asegurarse de que lo había entendido bien:

—Tres mil kilómetros en coche.

Su abuelo sintió una pizca de orgullo; era la primera vez que eso le parecía impresionante a alguien. No pudo evitar añadir: «Tres mil quinientos.» Pero lo lamentó enseguida.

Adèle intentaba imaginar qué habría dicho su madre.

—¿Y los médicos, has visto a tu médico, qué te ha dicho?

—Pse... Ya sabes, los médicos son todos gilipollas.

—Pero, hum, ¿no estarás solo? ¿Alguien está al corriente, al menos?

—Charles viene conmigo, y toda su familia está al corriente, incluso le han alentado ellos —dijo Georges con una risita apenas perceptible.

—Bueno... pero, yayo, ¿por qué hacéis el Tour de Francia...?

—Porque teníamos ganas.

Esa sencilla respuesta la cogió desprevenida. Era enternecedora, tierna incluso. Y sobre todo su abuelo se volvía así humano, sin edad, un poco como ella, como todo el mundo, con esas ganas de ver otros lugares, así, por las buenas.

—Estamos de acuerdo pues, no le dirás nada a tu madre.

Y todo apareció de nuevo, las píldoras, la vista que mengua, los reumatismos y los tópicos sobre la vejez. Acabó diciendo, con aire molesto:

—Yayo, no sé, ya sabes que mamá... De todos modos es peligroso para tu salud lo que estás haciendo.

—Adèle, no me he muerto aún.

—Bueno, tengo que marcharme, yayo. Te... te llamaré más tarde.

Era casi medianoche. Georges y Charles habían llegado por fin al hotel Du Centre, en Brest, con casi tres horas de retraso sobre el horario previsto. Esa historia de accidente les había trastornado mucho. Sin embargo, habían pasado por otras; pero lo que acababa de suceder era tan imprevisto, chusco, irreal, que se les cruzaban los cables. Era como para lamentar haber comenzado el Tour. Tal vez la primera etapa fuera la última. Y sin embargo, la aventura había comenzado tan bien..., sobre todo para Georges.

Georges y Ginette se habían entendido muy bien. Incluso Charles, cuyas antenas no estaban muy aguzadas en lo que se llamaba psicología, lo había observado. Se habían dado tal garbeo por Notre-Dame-de-Monts que la parada de Gâvres había sido sencillamente tachada del itinerario; y, con ella, la prima. Charles se había resistido primero a llamarla con su falsa excusa, pero había acabado obedeciendo, como un adolescente enfurruñado. Los tres amigos hicieron otra exquisita comida en la terraza de Ginette. Cuando estaban tomando el café y se acercaba la hora de la partida, Ginette, que no se perdía una, como todas las mujeres, les anunció que se reuniría con ellos en Nantes. Solo «para decirles hola». Según decía, lo aprovecharía para saludar también a sus amigas que vivían en la región y para echarles una ojeada a los escaparates. Sin comprar nada, claro, por lo de la crisis.

Charles y Georges habían previsto llegar a Nantes el martes 7 de octubre. Georges se veía ya allí, los héroes del Tour aclamados al llegar por la multitud, esencialmente constituida por Ginette. Charles respondió, con el aspecto falsamente severo, que de acuerdo con el reglamento del Tour no estaba permitida la presencia de las mujeres de los atletas. Pero Georges, que estaba inspirado, replicó: «Ah, pues eso viene al pelo, dado que Ginette no es tu mujer ni la

mía, y el reglamento estipula, ¿no es cierto?, que el Tour está abierto a las "irregulares de todas las categorías".» Ginette fingió ruborizarse y Charles dijo riendo: «Ah, bueno, si está en el reglamento...» Brindaron por el reglamento con un chupito de aguardiente de ciruelas (Charles solo se mojó los labios, porque tenía que conducir). Para poder encontrarse en Nantes, Ginette enseñó a Georges y a su hermano cómo grabar su número en el teléfono móvil de Georges. Escribió «Ginette Bruneau» y su número con el teclado y, luego, anotó también sus coordenadas. Prometieron llamarse para decidir la hora y el lugar de la cita. Esos agradables momentos le cambiaban a Georges la idea que se hacía de ese Tour. Pero algo seguía siendo más seguro que nunca: no le meterían en una casa para viejos.

Ahora, sentado a solas en su habitación amarilla y gris del hotel Du Centre, contemplaba la vieja maleta que no había abierto aún, pensaba con profunda tristeza que nada era menos seguro.

Había imaginado que nadie lo sabría, que nadie intentaría contrarrestar sus proyectos, y he aquí que todo quedaba al descubierto. Durante tres días, se había sentido algo más él mismo, el de antes, y he aquí que volvía a ser el viejo yayo con sus dolores, que no debía hacer nada para no fatigarse, para no estropearse más aún. Él era el culpable: ¡había degustado tantas veces la dulzura de la empatía! Eso nunca había acabado con el dolor, es cierto, pero al menos había calmado la desesperación que lo atizaba. Ahora, necesitaba libertad y descubría, sin sorpresa, que se la negaban. Georges pensó en Adèle. ¿Se lo diría a su madre? Sí, evidentemente, por eso había llamado la primera noche, para vigilarle. Y, claro está, le había agarrado con las manos en la masa. Hubiera querido discutir de todo eso con Charles, pero no encontraba el valor para hacerlo. Estaba clavado en su cama, en aquella habitación amarilla y gris.

Dio un respingo cuando sonó el teléfono.

—¿Yayo?

—Sí...

—Bueno, de modo que llevas el móvil.

—Sí, sí —dijo Georges, cansado.

—¿Sabes cómo escribir mensajes?

—...

—Ya sabes, los mensajes que se envían por el teléfono móvil.

—Sí, sí, sé muy bien qué son esos mensajes, pero lo de enviarlos... ¡Ah!, eso... hija mía...

—Bueno, pregúntaselo a Charles o en la recepción del hotel,

ellos te enseñarán.

—¿Pero por qué quieres que escriba mensajes?

—Porque me enviarás uno cada día —dijo Adèle autoritaria y con una pizca de pillería.

Georges comenzaba a recuperar la esperanza. No se lo había dicho todavía a Françoise.

—Cada noche, yayo, me enviarás un mensaje, para decirme, primero, que todo va bien; y segundo, dónde estáis.

—Bueno, cómo estamos y dónde estamos. De acuerdo.

—Todas las noches, ¿OK? Si alguna noche no lo recibo, voy a buscarte y aviso a mamá. ¿OK?

—OK. Me parece bien, no tienes de qué preocuparte, te los enviaré todas las noches. Bueno. ¿Esta noche también?

—Sí, esta noche también, para probar. Puedes enviarlo a cualquier hora, trabajo por la noche.

—Bueno, de acuerdo. ¿Y... eso es todo?

—Sí, pero vas a tener mucho cuidado, yayo, ¿OK?

—Sí, hijita. Bueno, vamos, hasta luego.

Colgó antes de que Adèle pudiera contestarle y corrió a la habitación de Charles.

—¡Charles, amigo mío! ¡El Tour te necesita!

Adèle estaba sola en medio del plató, atestado y sombrío. Se recuperaba a trancas y barrancas de sus emociones. El truco de la desviación de llamadas. Los esfuerzos, bastante mediocres, de su abuelo para hacer comedia. El accidente luego. Y, ahora, el Tour de Francia. ¡Y se imaginaba a su abuelo tranquilo en su sillón! ¿Soportaría todo eso su corazón? ¿No habría tenido que decirle, simplemente, que volviera a casa y telefonear a su madre? Françoise había dicho que no quería que la molestaran durante dos meses, salvo en caso de extrema urgencia. Su abuelo hacía el bribón por las carreteras del Hexágono, ¿constituía eso una extrema urgencia? No, probablemente no. Adèle le había visto siempre pegado a su aparato de televisión durante el Tour de Francia. Ella era pequeña, pero recordaba que los hombres hablaban siempre muy fuerte, en casa, en aquellos momentos. A fin de cuentas, tal vez fuera viejo y estuviese enfermo, pero era responsable de sus actos. No era un niño. Y, sin embargo, acababa de tratarle como a un niño, que debe llamar regularmente a sus padres para asegurarles que todo va bien. Era complicado. Y Adèle acababa lamentando haberse mezclado en todo aquello. Ella, que tan poco se había preocupado por sus abuelos durante tanto tiempo...

Los ruidos familiares del rodaje la devolvieron a la realidad; si

a eso podía llamarse realidad. Esa casa torcida, decorado, plató y personaje de la película al mismo tiempo, representaba su cotidianidad desde hacía nueve días. Los actores con ropas de la postguerra, sentados en los peldaños de madera lacada en negro, tragaban su cena en platos de plástico y discutían con los técnicos en vaqueros. Era hora de que Adèle fuera a su vez a la cantina instalada en la planta baja.

Estaba menos estresada que los primeros días, pero también mucho menos entusiasta. Comenzaba a conocer al equipo, desde el punto de vista profesional (quién hacía esto o aquello, quién tenía autoridad sobre quién) pero también personal. Y raros eran aquellos con los que tenía algún punto en común. A los demás, prefería evitarlos. Adèle no era una salvaje, por lo demás tenía muchos amigos. Doscientos diecinueve en Facebook. Pero, para utilizar la expresión de su abuelo, no le gustaba que le tocaran las narices; sobre todo en un curro donde no le pagaban. Mantenía pues las distancias, incluso con aquellos cuya compañía le parecía relativamente agradable. Allí, donde la familiaridad excesiva era de rigor por lo general, se limitaba a unos intercambios corteses pero estrictamente profesionales. Había pasado en los platós de rodaje tiempo bastante para saber que las amistades que allí se trababan eran tan falsas como los bigotes de los actores. Después de tres tomas, erais amigos para toda la vida; apenas bebido el champán de la fiesta de fin de rodaje, todo se olvidaba enseguida. Más valía no hacer amigos en absoluto, evitaba decepciones.

Tras haber llenado su plato de plástico de poco apetitosas viandas, subió los cuatro pisos para instalarse tranquilamente en el despacho de producción. Por desgracia, dos chicas cenaban ya allí, y no pudo rechazar su invitación de que se uniera a ellas. Michele y Sophie, segunda ayudante de realización y ayudante de maquilladora, respectivamente, se parecían: casi tenían treinta años, eran más bien bonitas aunque sin gracia, procedían a ojos vista de un medio privilegiado, hablaban muy rápido y mucho, haciendo muchos esfuerzos para ocultar su acento pijo. Estaban muy lejos de las conversaciones que ella imaginaba, en sueños, antes de debutar: en los rodajes donde a todos se les pagaría según su valor y donde uno podría dejar que su talento se expresara, se hablaría, entre dos soberbias tomas, de la herencia de la Nouvelle Vague, de la elegancia de las películas de Wong Kar-Wai o de la reedición de los clásicos de John Cassavetes. En la realidad, Michele y Sophie hablaban de Steve, el ingeniero de sonido, que engañaba a su mujer tirándose a Sally, la *script*, en los aseos del Swan Pub, y de la monumental curda del martes por la noche, que había sido peor aún que la del lunes.

En aquellos momentos, Adèle pensaba en dejarlo correr todo. Su curro era ridículo. Llevar cafés y darles la mano a los actores, hacer que esperaran los figurantes cuando se llevan cinco horas de retraso, recargar los *walkies-talkies* y bajar a la calle para encontrar al propietario de un coche cuya alarma impedía rodar... Trabajaba quince horas al día, seis días de siete, sin que le pagasen. ¡Si al menos pudiera aprender cualquier cosa! Pero no aprendía nada de nada, dejando aparte las hazañas sexuales de Sally, la *script*. La mayor parte del tiempo la pasaba lejos del plató, o en todo caso, no había lugar para todo el mundo en la habitación donde se desarrollaba la acción, y ciertamente no para una becaria. De todo lo que quería ver —los movimientos de cámara, la dirección de actores, el proceso creativo, en resumen—, de todo lo que creía que iba a ser más tarde su papel en el Hollywood de sus sueños, no veía nada de nada.

Y tenía que soportar, además, aquellas conversaciones vulgares.

¡Si al menos Irving Ferns se hubiera quedado en el rodaje! Irving Ferns había representado el papel del abuelo asesinado durante los dos primeros días. Había pasado más tiempo con aquel viejo actor de ochenta y un años que con cualquier otro del equipo, y había apreciado su conversación mucho más que la de aquellas cabezas de chorlito. Regresaría más tarde, para una o dos escenas de *flash-back*. ¿Pero se acordaría de ella? Las amistades no duraban mucho por aquí, y cuando se había marchado había puesto una jeta extraña.

El sonido de su móvil la sacó de sus sombríos pensamientos; había recibido un mensaje. No pudo evitar una sonrisa cuando lo leyó:

Yayo 27/09/2008 22.35

Hotl Du Centr, Brest. Tod vien.

(Hotel Du Centre, Brest. Todo bien.)

Luego, inmediatamente después:

Yayo 27/09/2008 22:36

Hotl Du Centr, Brest, FinistR. Tod vien.

(Hotel Du Centre, Brest, Finistère. Todo bien.)

Era una buena excusa para esfumarse del exiguo despacho. Bajó las escaleras, salió a la calle, lo aprovechó para tirar su plato apenas probado en el primer cubo de la basura que encontró, y se apresuró a escribir:

Adèle 27/09/2008 22.48

OK.

Esperó un rato en el frescor de la noche, pero no llegó respuesta alguna. Afectada por el accidente de su abuelo y por la desilusión que crecía como las malas hierbas en su cabeza, advirtió

que aquel intercambio había esclarecido su humor. ¿Dónde había aprendido su abuelo el lenguaje SMS, si no había mandado un mensaje en toda su vida? Parecía un chiste que su abuelo, que nunca había abandonado su huerto, comenzara a escribir así. Pensándolo bien, lo que hacía era, a fin de cuentas, valeroso. Loco, como una completa cabra incluso, pero valeroso. «Porque teníamos ganas.» Sonrió de nuevo. A su edad... ¡Para quitarse el sombrero!

Debía de haberse pasado meses preparando aquella expedición, debía de haber trazado mil veces el recorrido en su cabeza, tal vez hubiera tenido miedo, se hubiera dicho que era demasiado ambicioso. Ella esperaba que no quedase decepcionado. Conocía muy bien, ella, los sueños que decepcionan.

¡Ya se ha hecho algo bueno!, se dijo Georges. El mensaje había sido enviado, el mensaje había sido recibido, su nieta le dejaría pues tranquilo de momento. No obstante, la extravagante ortografía que se requería, visiblemente, para escribir un mensaje le dejaba perplejo. Adèle no había dicho nada sobre ello. Era un problema: sin duda no iba a encontrar, como esta noche, a alguien que mandara sus mensajes en cada etapa.

Así había enviado el SMS esta noche. Charles no le había sido de ayuda alguna, de modo que Georges había tenido que ir a pedir socorro en la recepción que, dada la hora, estaba casi desierta. Había tenido que molestar a la recepcionista, probablemente una becaria, de unos veinte años como máximo. Estaba en animada discusión con otra muchacha, sin duda una amiga que había ido a hacerle compañía. Les había expuesto el problema y dio la sensación de que a ambas muchachas la petición les parecía más bien chusca; preguntaron entusiasmadas qué mensaje tenían que escribir.

«Hotel Du Centre, coma, Brest, punto. Todo bien, punto.»

Las muchachas le hicieron marcar el número de Adèle en su móvil, luego le enseñaron cómo escribir un mensaje y mandarlo. En tres clics, el mensaje partió. ¡A Londres! Les pidió luego que volvieran a enviarlo, pues había olvidado lo de «Finistère», después de «Brest», y aquello le sirvió para repasar lo que apenas acababa de aprender. Pero estaba fastidiado. Lo que había visto en la pantalla solo se parecía vagamente a «Hotel Du Centre, coma, Brest, coma, Finistère, punto. Todo bien, punto». Faltaba parte de las vocales, había incluso una mayúscula en medio de una palabra. A Georges le avergonzaba un poco haber enviado aquello a Adèle: era intransigente en cuestión de ortografía y le había repetido mil veces a su nieta, cuando era pequeña, que una escritura sin faltas era la

clave del éxito. Por lo demás, ella había alimentado su orgullo siendo siempre la primera en dictado.

Encontró valor para hacérselo observar:

—Pero hum, señorita, qué quería decirle... Su ortografía, ahí...

—Ah sí, un mensaje, ¿sabe usted?, tiene su propia escritura. El lenguaje SMS es bastante especial, pero ya lo verá, es guay.

—¡Ah caramba! ¿Tiene una escritura especial? ¿Pero por qué no se puede escribir normalmente?

La muchacha reflexionó unos instantes, y fue su amiga la que respondió:

—Pasan mejor si se escriben en SMS. Es más rápido, vamos.

Georges puso cara de comprender. Le habría gustado saber algo más, pero en aquel momento llegaron tres ingleses con sus maletas y tuvo que volver a su habitación.

Antes de llegar a su cama, recibió un mensaje de Adèle. «OK.» Ciertamente, esa historia de escritura SMS era enojosa, pero el nuevo problema había barrido sus turbios pensamientos. El pequeño mensaje de Adèle le había caldeado el corazón. Lo había mirado varias veces y, luego, lo había perdido; imposible encontrarlo. Pero sabía que estaba allí, en alguna parte. Era como si hubiera recibido una pequeña postal. Ah, cómo se reirían los jóvenes si oyeran a un viejo gilipollas decir que los mensajes son como postales. De todos modos, aquello le había caldeado el corazón.

Domingo 28 de septiembre

Brest (Finistère)

Georges y Charles pasaron el día visitando la ciudad. Georges recordaba fotografías de antes de la guerra. El orgulloso arsenal de Brest, con su castillo y sus hermosos navíos. Pero, como se lo repetía a Charles, los alemanes lo habían mandado todo al carajo. Avenidas rectilíneas, inmuebles de cemento y una arquitectura del todo fallida habían salido de los escombros. Por consejo de la recepcionista, ambos amigos se dirigieron hacia el puerto mercante, más auténtico y animado que el centro de la ciudad.

Llegados al puerto, tenían ya algo de sed. No se atrevieron a demorarse en las terrazas de los cafés invadidas de adolescentes con sospechosos cortes de pelo. En busca de un café «como los suyos», siguieron por los muelles jalonados de grúas metálicas y de boyas verdes y rojas, siguieron los raíles y los oxidados vagones de cereales, y olvidaron su búsqueda. El tiempo era agradable. El aire del mar sentaba bien, aunque estuviera mezclado con un olorcillo a gasóleo. Su paseo les llevó hasta el puerto de recreo, acurrucado al fondo de la rada; acabaron instalándose en Chez Odile, en una callecita detrás de los muelles, para zamparse un bistec con patatas fritas, queso y café. Regresaron muy lentamente a pie hasta el coche; necesitaban tiempo para digerir. Georges dio una cabezadita durante los diez minutos de trayecto hasta el hotel, donde se concedieron una bien merecida siesta.

Eran las seis y media, Charles insistía desde la mañana: estaba en Bretaña para comer tortas bretonas. La recepción del hotel les recomendó la crepería Le Saint-Malo, que estaba a dos pasos. A las siete menos cuarto, eran los primeros clientes del restaurante. Charles estaba de un humor juguetón, pero su compañero se retorcía en la silla. Finalmente, sin poder aguantarse más, Georges entró de lleno en el tema.

—Estamos listos, ¿entiendes tú algo de mensajes?

—¡Ah, de eso, nada! —respondió Charles.

—Pues bueno... esta noche debo mandar uno a Adèle y la cosa es que no sé escribirlo.

—¿Cómo que no sabes escribirlo? Ayer enviaste uno.

—Quiero decir que, técnicamente, lo domino. Verás, no es muy complicado, eh. Bueno. Pero, ya sabes, hay un lenguaje especial. Sabes muy bien que un mensaje no se escribe como si escribieras... qué sé yo, una tarjeta postal. Mira, no se envía tan bien si está escrito normalmente —asestó Georges como si se tratara de una

evidencia.

—Ah sí sí, no no —asintió Charles, que no quería parecer superado.

—Muy bien, pero en el nivel escritura de SMS no soy un experto.

—¿Y Adèle, cómo escribe sus mensajes?

—Bueno... lo cierto es... No escribió un montón, tampoco, de modo que con una sola palabra no puedes darte cuenta.

—Claro.

En el espíritu de Charles, planeaba el tema como la sombra de una amplísima duda. Todo el mundo escribía mensajes. Incluso los viejos en el club de la tercera edad se ponían a ello. Y estos no eran forzosamente más agudos que él —muy al contrario— y le sorprendía un poco que fuera necesario pasar por el aprendizaje de una lengua extranjera (bueno, no del todo extranjera, pero a fin de cuentas era medio medio) para enviar un mensajito de nada. Por otro lado, de ser cierto, él no parecería muy listo y, sobre todo en los tiempos que corrían, mejor era no pasar por idiota.

—Hubieras debido decírmelo antes —dijo Charles—. Se lo habría preguntado a Jonathan, mi nieto de Niort, porque él seguro que lo sabe, se pasa el día mandando mensajes.

—Caramba, sí, ¿no puedes llamarle, Jonathan?

—Un momento, eso no se explica así por teléfono... Ya encontraremos a alguien por ahí que nos enseñe el abc.

Ambos hombres pidieron sidra. Georges prosiguió, en tono algo cansado.

—Oh, a lo mejor ni siquiera hay reglas. Seguro que son solo palabras inventadas ahora y peor aún, espera, palabras inventadas en *inglish*, vas a ver... —soltó haciendo un gesto desesperado.

—¿No será una especie de vesre...? Aunque, fíjate bien, en el vesre al menos hay reglas, y es incluso más complicado.

—Oh, sí. Hay reglas, pero te lo aseguro, no hay poesía —suspiró Georges.

Charles le imitó por pura forma. Lo cierto es que no tenía opinión sobre el tema.

—En cambio —dijo Georges—, ya ves, esto me hace pensar en ello. El larnecem, por ejemplo. Tenía reglas. Y poesía, ya me perdonarás, pero también la tenía. No diré que fuese un gran arte, pero... caramba, en todo caso tenía estilo, brillantez. Y, además, nos reíamos. Mientras que el vesre, ya me perdonarás, no da muchas ganas de reír.

—Ah sí, el larnecem... Mi tío lo sabía, pero yo nunca lo dominé realmente.

—Es normal, no eras carnicero.

—Mi tío tampoco, se dedicaba a las frutas tempranas.

—Fíjate en que el larnecem era democrático, todo el mundo podía hablarlo, bastaba con conocer las reglas, y era coser y cantar.

—Bueno, por lo que recuerdo, ni tanto coser ni tanto cantar.

—¡Basta, Charles! —se indignó Georges—. ¡Era coser y cantar! En fin. Toma *larnecem*. Que significa «carne» según los carniceros, bueno, eso ya lo sabes. Pues bien, sustituyes la *c* del comienzo por una *l*. Lo que nos da «larne». Muy bien. Tomas la *c* que has quitado al principio, la pones al final. Muy bien. Y luego añades una sílaba en «em», ya está.

—Ah sí —asintió Charles—, explicado así, queda claro. Bueno, entonces, por ejemplo, crepería nos daría... ¡lreperiacem!

—De hecho, no. Porque aquí la *l* no funciona, nos da «lre»; «lre», carajo, ni siquiera puedo decirlo. De modo que insertas una vocal, y luego «cem» al final, tampoco funciona, ya ves, te digo que ahí entra en juego la poesía. Evalúas la sílaba.

—Evalúas la sílaba.

—Eso es, tiene que cantar. Yo, por ejemplo, diría... ¡leperiacha!

—Leperiacha —repitió Charles reflexionando—. Ah, no cabe duda, por lo de la poesía nada que decir. Bueno, perdóname, pero no es tan sencillo como coser y cantar.

—¡Claro que sí! Hay que acostumbrarse, es cierto, pero todo el mundo puede hablarlo.

Georges vio que el patrón se acercaba a su mesa y sus ojos comenzaron a brillar.

—Bueno, Charles, ahora ya dominas el larnecem. Sí, sí, no te hagas el modesto, lo dominas. Entonces pídele al *latronuche* si podemos pedir una *lortatem de lamonjuche*.

Dio una palmada en la mesa y empezó a reírse solo.

—Deja de hacer el idiota, Georges. Ya ves que el *patrón* no tiene *tortas de jamón*.

Y paf, eso le quitaba el hipo a Georges, que estaba pasmado. A Charles le gustaba la idea del larnecem, le hacía funcionar a fondo las meninges, e iba bien en los tiempos que corrían.

También el patrón se echó a reír.

—Jolín, ¿qué significa esa lengua que está hablando ahora? ¡Si quieren nos pasamos al bretón!

—¡No, está bien! Bueno, tomaremos una de la casa y una Chavignol.

—Señor, puesto que estamos hablando de lenguas extranjeras —intervino Georges.

—Ya solo faltaría que el bretón fuera una lengua extranjera —se indignó el patrón—. ¡Y en Brest, además!

—Eh, eh, perdóneme, ¡perdóneme! En fin, ¿no habrá algún

jovencito de su restaurante que hable en mensaje? Ya sabe, en *esemese*...

—Ya lo creo, tenemos un experto aquí, Alexandre. Esperen, voy a llamarle. ¡Alexandre!

—¡Alexandre! Que sean una de la casa y una Chavignol, y tendrás la bondad de explicarles, sucintamente, claro, tenemos otras cosas que hacer, el lenguaje esemese a estos señores.

El joven Alexandre, un rubiales de unos veinte años con cuatro pelos en la barba, el cabello untado de gomina y la oreja perforada, respondió tímidamente:

—Oh, bueno, no tienes que saber un lenguaje...

—Ah sí, lo sé, lo sé —interrumpió Georges—, pero funciona mejor si escribes como es debido. —Hizo con el brazo un gesto que se parecía vagamente a una onda—. Queremos aplicarnos, enséñanos pues.

El joven camarero se sentó en una punta de la banqueta y tomó el bolígrafo que colgaba de su cuello.

—De hecho, hum, el truco es que debe ser corto. De modo que «buenos días», pues bueno, escriben «bd», ya ven.

Escribió en el mantel «bd».

—Ya ven, en el contexto se sabe que significa «buenos días».

—¿Quiere decir que se omiten las vocales? —preguntó Georges.

Alexandre reflexionó.

—Bueno, de hecho no es siempre así. Solo hay que acortar la palabra todo lo posible. Entonces, hum, bueno, puedes quitar letras o puedes también escribir con cifras. Por ejemplo, la sílaba «uno» la puedes escribir con «1», el sonido «dos» con un «2», etc.

—Ah sí, voy a probarlo —dijo Georges—. Veamos: «Bruno come unos cardos en una crepería de Brest» —y escribió en una punta del mantel—: «br1 come 1s car2 en 1 crepería Brest».

—Yo hubiera puesto «en Brest» —intervino Charles—. Y, además, eso no alarga.

Georges miró a su amigo con impaciencia. Alexandre, cada vez más entusiasmado, tomó su bolígrafo de las manos de Georges y corrigió:

—Pero aún lo pueden hacer más corto.

Se puso a tachar el esemese de Georges y escribió:

—*Br1 cm car2 1 crepria Brest.*

Se acercó otro camarero.

—¿Pero qué están haciendo?

—Escribimos esemeses —le respondió Georges.

—Ah, escriben esemeses en los manteles... ¡Eh, muchachos, no

estoy seguro de que lleguen! ¡Ja ja ja!

Ignorando la broma, Georges, pensativo, hizo una mueca:

—Ah, sí. Bueno, «crepria» es menos bonito que «crep-e-ria», pero si pasa mejor...

—Bien —precisó Alexandre—, sobre todo le queda lugar para escribir otras cosas. El truco es economizar en cada palabra para poder poner el máximo.

—¡Ah no, joven, yo economizo por economizar! —exclamó Georges.

—Alexandre —intervino Charles—, vamos, pónganos otro ejemplo, aquí, para estar seguros de haberlo comprendido. No tenemos que hacer faltas.

Alexandre, estudioso, reanudó su clase.

—Bueno, por ejemplo: «como una crepe de chocolate y fresas».

—No —corrigió Charles—, ponga en su lugar: «como una *tostada* de chocolate y fresas», porque «crepe» ya sabemos como se escribe.

—Entonces. «Como...»

Alexandre se aplicaba, inclinado sobre el mantel de papel que estaba ahora lleno de tachaduras. Cuando se incorporó, Georges y Charles pudieron leer: «cmo 1 tostada d choc y fres».

—No tengo la impresión de que eso haya acortado un montón —observó Charles, con cierta suspicacia.

—¿No hay palabra esemese para «tostada»? —preguntó Georges.

—Bueno, así, a bote pronto, no se me ocurre nada.

Alexandre tachó varias veces la palabra en el mantel, quitó letras, las añadió, pero al final tuvo que rendirse a la evidencia: «Tostada» seguiría siendo «tostada».

—Bueno, es verdad que «tostada» no funciona muy bien. Por otro lado, no la emplearán muy a menudo; quiero decir que es raro que se escriban esemeses sobre las tostadas. Pero hay un montón de palabras que pueden acortarse a fondo y que se utilizan a troche y moche.

—Bueno —dijo Charles—. ¿Por ejemplo?

Alexandre reflexionó.

—Ah sí. «Hasta mañana.» Eso se pone mucho.

—¡Claro! —exclamó Georges—. ¡Yo voy a utilizarlo cada día!

Alexandre escribió «ht mñn» y miró a los dos octogenarios con aire satisfecho.

—Y paf —exclamó—, he economizado... ¡seis caracteres! Bueno, ya es bastante... ¿no?

—Claro, es más de la mitad, más del 50 % de economía. Bravo, joven. Vamos, otra.

—Hum... hace calor... pues bien, «hace calor»...

Escribió: «hce clr».

—Bueno —objetó Charles—, ocurre como con tostada, no creo que lo utilicemos mucho, sobre todo porque pronto va a ser Todos los Santos.

—¡Hay algo mejor! «Hacer». Eso se utiliza mucho, ¿no?, «hacer» se utiliza mucho.

—Ah sí —asintió Georges—, un verbo de la segunda conjugación, muy usado.

—Pues bien, miren: «hR».

—¿«Hre»?

—¡No! He puesto una mayúscula, de modo que es una «r». Así pues «hache» y «erre» es decir «¡hacher!»... y se entiende «hacer».

Esta vez, Georges y Charles estaban realmente impresionados. Alexandre estaba muy contento.

—Y ahora he economizado tres letras de cinco. Es decir... más del 50 %, casi el 70 % de economía.

—¡Jolines! Bueno, muy bien, amigo Charles, vamos a poner manos a la obra... En fin, todo eso está muy bien pero, mi joven Alexandre, ¿ha oído usted hablar del larnecem?

Alexandre nunca había oído hablar del larnecem, pero al final de la velada, con la ayuda de la sidra local, lo hablaba ya corrientemente, así como todo el equipo de cocina y buena parte de los clientes, y lerganjó por aquí y mochales por allá. Hacia la una de la madrugada, terminaron la provisión de canciones bretonas y, entonces, Georges se lanzó a las antiguallas: Maurice Chevalier, Ouvrard, Milton, pero cuando se quedó solo cantando, decidió que era mejor regresar.

Adèle se aburría. Se pasaba el tiempo esperando. Sola, con el equipo, por la noche, de día, esperaba, siempre y más aún. Imposible salir de aquella casa que olía a cerrado e ir a estirar las piernas en los adoquines de Brick Lane: si gritaban su nombre, tenía que acudir al momento. Imposible leer o hacer crucigramas o cualquier otra cosa, había que esperar y fingir que te interesaba.

Una vez más estaba sentada en un pasillo, con algunos miembros del equipo. Esta vez era otro pasillo, que daba al gran salón, pero seguía igualmente oscuro, con las mismas cortinas de terciopelo llenas de polvo y las mismas viejas ventanas que dejaban pasar corrientes de aire. El gran salón donde se rodaba era bastante espacioso como para que ella hubiera podido encontrar cierto lugar, caldeado y en el meollo de la acción, pero la habían enviado a buscar un accesorio y no había podido entrar de nuevo, porque

estaban filmando. Estaba claro que ya no necesitaban lo que había ido a buscar. Adèle suspiró y se sentó en el suelo, junto a la cortina. En el pasillo, los ayudantes electricistas discutían con los conductores de los camiones que habían ido a buscar un café para llevárselo a la cabina. Dos actores, maquillados y vestidos desde hacía mucho tiempo, andaban de un lado a otro mientras ensayaban su texto. El ayudante del peluquero dormía la mona de las cervezas de la víspera, derrumbado en un peldaño. Adèle miró su reloj por enésima vez: 23.12. Al menos dos horas más esperando, antes de poder regresar a casa. Bostezó, luego encendió su móvil. ¡Oh alegría! Tenía un mensaje y tres esemeses. Eso la entretendría algunos minutos. Los esemeses eran todos de su abuelo.

Yayo 28/09/2008 19.02

Stmos crepria Brest, FinistR. Todo b.

(Estamos en una crepería de Brest, Finistère.

Todo va bien.)

Yayo 28/09/2008 20.58

Stmos a1 crepria Saint-Malo.

Bueniss tort chavignol y crep fres. Bueniss ambient. Hblms larnecem cmo viejs tiemps. Ht mñn.

(Estamos aún en la crepería Saint-Malo.

Buenísima torta de Chavignol y crepes fresa. Buenísimo ambiente. Hablamos larnecem como en los viejos tiempos. Hasta mañana.)

Yayo 28/09/2008 21.09

Crepi sta n Brest. Xo se yam Crepria

St-Malo. Ht mñn.

(Crepería está en Brest, pero se llama Crepería

Saint-Malo. Hasta mañana.)

Adèle no pudo evitar una sonrisa.

El mensaje de voz era también de su abuelo, lo había recibido a las 22.53. Eso significaba las 23.53 en Francia. ¿Qué estaba haciendo fuera a estas horas y por qué la llamaba? Escuchó su buzón de voz con cierta aprensión. Oyó primero un barullo y esperó el mensaje, que no llegó. Su abuelo había llamado a su número por descuido y ahora estaba escuchando como fondo los ruidos de la crepería. El ambiente, en efecto, parecía bastante bueno. Estaba a punto de borrar el mensaje cuando reconoció claramente a unos hombres cantando. «Jean-Françoué de Nantes... Jean-Françoué...» Luego: «¡Ah, son rechonchos los bretones!» No cabía duda, era la

voz de su abuelo.

Adèle se echó a reír a solas. Si esa era la etapa 1 del Tour de Francia, en la etapa 21 tendrían que buscarlos en una cura de desintoxicación. Decididamente, aquel hombre cada vez se adaptaba menos a la imagen que se hacía de su abuelo. Cuando era muy pequeña, le habían regalado el yayo Kiki, la versión «abuelo» del Kiki, aquel monito de peluche que tan de moda había estado en los años ochenta. El Yayo Kiki era del todo gris, con gafas, llevaba un traje de tres piezas y pantuflas. Desde entonces, veía a su abuelo como un Yayo Kiki, inerte en su caja, a quien se le envían tarjetas de felicitación por costumbre y por cortesía. Y he aquí que, a sus ochenta y tres años, salía de la caja. ¿El Yayo Kiki bailando la *Fiebre del sábado noche*? La imagen le hizo sonreír.

Adèle estaba contenta de recibir aquellos esemeses. Eso la distraía del aburrimiento del rodaje. Levantó la cabeza y advirtió que Alex, el becario australiano de peluquería, estaba mirándola. Era alto y delgado, probablemente gay. Como muchos australianos a los que conocía, era tranquilo y sonriente, le gustaban las salidas nocturnas. Debía de preguntarse por qué sonreía ella en medio de aquella gente que se aburría mortalmente.

Adèle susurró:

—He recibido un esemese de mi abuelo, ochenta y tres años. En líneas generales está empinando el codo con sidra en una crepería bretona. Tal vez, a estas horas, esté ya bailando sobre alguna mesa.

—¡Coño, qué cosas, tu abuelo está en plena forma!

—Pues no, de ningún modo, esto es lo peor. Está abollado por todas partes, al parecer. En fin, lo más divertido no es eso. Hacía veinte años que echaba raíces en sus pantuflas y, ahora, ha decidido hacer el Tour de Francia.

—¿El Tour de Francia? ¿En bici?

—En Renault Scénic, pero de todos modos...

Adèle le contó brevemente la historia, con cierto orgullo. Siguieron cuchicheando y riéndose en voz baja hasta que la mayor parte del equipo de rodaje salió del gran salón, más de dos horas después. Hablaron de sus esperanzas perdidas, de la interminable espera, de la imposibilidad de hacer amigos, del cinismo del medio; pero también de proyectos futuros, de abuelos excéntricos, de vacaciones en Bretaña y de países lejanos. Incluso hubo algo de chismorreo, pero a Adèle le divirtió. Era la primera vez, desde sus conversaciones de los primeros días con Irving Ferns, que se confiaba a alguien sobre el rodaje. Y aunque no volviera a ver nunca más a Alex, no resultaba tan desagradable.

Cuando Georges regresó a su habitación del hotel Du Centre, ya no era amarillo pipí y gris cemento como la víspera, era amarillo sol y gris ratón, pero de un bonito ratón. No era ya anónima sino benevolente. Más allá de la ventana de plástico, la noche le hablaba de porvenir, de cosas que habían dormitado durante mucho tiempo pero que despertaban y se revelaban infinitamente alegres. La fuente de aquel inesperado júbilo era, entre otras cosas, el recuerdo de un bebé en la maternidad, veintitrés años antes, y el de la alegría de ser abuelo por primera vez. Pero un montón de otras cosas le hacían feliz en aquel preciso instante, sentado en su cama.

Georges era ateo y, de vez en cuando, anticlerical, desde sus clases de catecismo con el padre François, de eso haría unos setenta años. ¿Cómo explicar entonces su repentino deseo de agradecérselo a alguien, que no fuera alguien? A alguien que le comprendiera y que supiera de dónde venía, a alguien que tuviera la sartén por el mango y dominara sus dolores y los acontecimientos que le afectaran. Había evitado durante toda su vida las iglesias; no era de los que recurrían, a troche y moche, a Dios padre. Él era el dueño a bordo o, como mucho, Arlette, pero en la familia no se pedía nada a nadie, ni al padre, ni al hijo, ni al Espíritu Santo (aunque a veces Arlette, lo sabía muy bien, lo hiciera a hurtadillas, sobre todo al final). Y a fin de cuentas no había vivido una vida más fea que los demás, muy al contrario. Y sin embargo, en momentos como aquellos, era tentador mostrarse agradecido con alguien más que su viejo esqueleto que, pensaba erróneamente, no tenía mucho que ver. Se sentía contento y agradecido. Tenía que reconocerlo, era más fácil y más alegre agradecérselo a los ángeles. Y eso es exactamente lo que hizo, a esos ángeles en los que nunca había creído pero que aquella noche existirían solo para compartir una felicidad del todo nueva.

A la mañana siguiente, tenía resaca de felicidad.

Lunes 29 de septiembre

Brest (Finistère) – Guéméné-sur-Scorff (Morbihan)

Georges y Charles se encontraron en la sala del desayuno del hotel. En líneas generales, tenían resaca. Charles gemía y se quejaba, mientras que Georges procuraba a trancas y barrancas ocultar su aflicción. Alrededor del bufete, el apetitoso olor de los panecillos se mezclaba con los efluvios de los geles para ducha arborícolas de los caballeros y los perfumes, demasiado intensos, de las damas. Iban al desayuno como si subieran al escenario, murmurando «Damas y caballeros» tímidamente, manteniéndose erguidos y teniendo mucho cuidado con sus maneras: cortar el queso sin andar ensuciando, no tener el aspecto goloso llenándose en exceso el plato, a pesar de las ganas de probarlo todo y lo atractivo del bufete «libre»... Georges y Charles, por su parte, no se planteaban ese tipo de cuestiones, sobre todo en ausencia de sus mujeres, y se sirvieron generosamente pan y queso; que parecían de plástico, es cierto, pero que les supondrían un buen colchón.

Una vez tragado el desayuno, Charles soltó:

—Ah, maldición, no pensaba que lo hiciéramos, Georges. Y ahora ya estamos en ello. Etapa 1 del Tour de Francia. ¡Y pensar que tengo una resaca de cojones! Eso tampoco lo pensaba.

—Tal vez sería mejor que esperáramos a después del almuerzo para ponernos en camino —sugirió suavemente Georges.

—¡Ni hablar! Hace cuarenta años que espero a *después del almuerzo* para hacer ese maldito Tour. ¡Vamos, en marcha!...

La primera mañana de aquel Tour de Francia era fresca pero soberbia. El sol iluminaba una Bretaña que, a juzgar por las fotografías de las guías de Charles, se anunciaba silvestre y misteriosa.

Georges y Charles se tomaron la libertad de hacer algunos rodeos, por lo de ver la región y tener cosas que contar en las tarjetas postales.

Habían tomado el ritmo de la epopeya: pasearían. Descubrieron pues, durante aquel primer día, la dulzura de la península de Plougastel, con sus capillas de piedra gris y su monumental calvario, L'Auberlac'h, minúsculo puerto marisquero con sus pequeñas embarcaciones azules, que desprendía tanto encanto que Georges sintió que se convertía en poeta. Ciertamente, era demasiado pronto para mandar el esemese vespertino, dado que ni siquiera había hecho la comida de mediodía, pero no había mal alguno en tranquilizar a Adèle también por la mañana. Por si

hubiera aparecido en su espíritu alguna duda durante la noche. Georges sacó pues su teléfono móvil, y escribió:

Stmos n l'Auberlac'h,

FinistR bnto puerto con barc azules.

(Estamos en L'Auberlac'h,

Finistère, bonito puerto con barcos azules.)

Dudó en poner la *es* a «azul», pero Adèle podía creer que solo había un barco... La respuesta llegó casi de inmediato:

OK, bn Tour.

(OK, buen Tour.)

Georges le encontraba realmente mucho encanto a ese puertecillo.

Durante esa etapa, no hablaron mucho del Tour. Georges intentó, en efecto, poner en marcha un concurso cuyo objetivo era enumerar los años en los que Bretaña había destacado. Transcurrió más de media hora antes de que Georges se diera cuenta de que ganaba sin el menor esfuerzo y Charles solo intervenía con algunos «ah», «ah, es verdad». Georges, sin embargo, se había superado: había hablado de Jean-Marie Goasmat, «el Duende», de Alfred Le Bars y su Morlaix-París, el «Bulldog de Morbihan», de Le Guilly, Malléjac, el obrero de Brest maillot amarillo 53, y claro está de Georges Gilles (ah, el tal Georges Gilles, el «Van Steenbergen bretón»), «La Pipa» y su bici Mercier, los hermanos Groussard, «Jo Talbot», la melena de Ronan Pensec (un tipo de por aquí, con ese nombre), etc. Georges reprochó a Charles su falta de ardor, pero este replicó que se concentraba en la conducción y que no podía hacer dos cosas a la vez. No siguieron hablando pues.

La campiña que atravesaban era espléndida. Los caminos ondulados de un verde resplandeciente, las capillas grises, los pequeños puertos acurrucados al fondo de desiertas bahías y, en una curva de estrechas carreteras flanqueadas de helechos, las grandiosas vistas sobre la rada de Brest. Algunos carteles a lo largo de la carretera le recordaron que estaban atravesando el parque natural de la región de Armorique e indicaban las alineaciones megalíticas. Armorique, los menhires... eso despertaba recuerdos a Georges, que le leía a Adèle las aventuras de Asterix cuando era pequeña.

Si la carretera atravesaba profundos bosques, tenían la extraña impresión de estar entre el día y la noche. Y si osaban mirar a lo lejos, más allá de los árboles, sin duda verían algo, algo

directamente salido de un cuento. Todo era silvestre, accidentado y misterioso. Pasaban de un paisaje rocoso a las landas violetas, luego a encajonados caminos y, más allá aún, a desiertas turberas.

No era hora de almorzar aún, pero Charles quiso detenerse en el Faou. Georges pensó ingenuamente que le interesaban las casas antiguas, el bonito puerto y sus mejilloneras. En absoluto, Charles siguió adelante hasta detenerse en una granja cubierta de glicinas, justo al salir del pueblo. Aparentemente, se vendía allí la mejor sidra de la región. Georges, que tenía todavía algo de náuseas, preguntó si era necesario —retórica pregunta— y se quedó en el coche. Charles y el propietario regresaron con dos cajas y las dejaron en el portaequipajes bastante espacioso del Scénic. Se acercaban al primer almuerzo oficial del recorrido. Georges tomó de la guantera la guía turística y comenzó a leer: «Bueno. Las Montañas Negras. Veamos, bla bla bla, Ménez Hom bla bla bla densos bosques bla bla bla esquisto bla bla bla trescientos millones de años bla bla bla secreto encanto bla bla bla pizarras bla bla bla. Bueno. A fin de cuentas eso no nos dice dónde llenarse la panza.»

—Mira en Châteauneuf-du-Faou, estamos llegando... —le aconsejó Charles.

Châteauneuf-du-Faou era un hermoso pueblo acurrucado en una colina de las Montañas Negras. Los viajeros encontraron un área para *picnic* en el dominio de Trévarez, uno de los más hermosos parques de Bretaña. Sacaron del coche lo necesario para el *picnic*, la caja de tomates y las provisiones que habían comprado en un súper de Brest. Cada cual sacó su vieja navaja Opinel. Las ruinas del castillo, los verdeantes meandros del agua viva y la dulzura del entorno inspiraron a Georges otro esemese, aunque vaciló un poco antes de mandarlo. No había que exagerar... pero bueno, los esemeses no molestan nunca y no requieren forzosamente respuesta. Aunque a Georges le gustara mucho leer los de Adèle.

Stmos n Châteauneuf-du-Faou bnto pblo,

picnic cn sidr breton.

(Estamos en Châteauneuf-du-Faou, bonito pueblo, picnic con sidra bretona.)

Se pusieron de nuevo en marcha cuando unas nubes negras se precipitaban en el horizonte. Charles, tan concienzudo de costumbre, maníaco incluso, sorprendió a Georges dejando en el inmaculado césped los restos de su comida. Mientras él se instalaba tranquilamente en el coche, Georges recogió la basura mascullando; era curioso a fin de cuentas, ni siquiera después de treinta años uno conoce realmente a sus vecinos.

En Guéméné, cenaron en un pequeño restaurante que servía especialidades regionales. Pero los sacrificios del Tour —y las burradas de la víspera por la noche— les habían agotado. Se dormían ante el *kir* que habían pedido, más por deber que por placer, para celebrar la ocasión.

Las bromas sobre Guéméné, patria de la morcilla, perdieron rápidamente el aliento y a las 21.30 ambos compadres llevaban un pijama a rayas en sus respectivas habitaciones, en un albergue que Charles había reservado por Internet. Georges mandó un último esemese a Adèle; advirtió que morcilla, como tostada, era difícilmente traducible a esemese. Y puesto que su médico le había prohibido formalmente la charcutería, decidió omitir el detalle en su correspondencia.

Stmos n Guéméné-sur-Scorff, alberg encant.

Bnta faxada. Rest espec regional, fin larg jorn.

1ª etap tour xtant kir ksis xa cel. Mñn,

Plumelec, comd Guern.

Bnas noxes AdL.

(Estamos en Guéméné-sur-Scorff, albergue encantador. Bonita fachada. Restaurante especialidades regionales para terminar larga jornada. Primera etapa Tour por lo tanto kir casis para celebrarlo. Mañana, Plumelec, comida en Guern. Buenas noches Adèle.)

Lo mandó antes de apagar la lamparilla de noche, hacia las diez, y se durmió de inmediato. Salvo por el obligatorio pipí a las cuatro de la madrugada, la noche fue larga y serena. Y eso iba al pelo, pues ciertos acontecimientos como mínimo inesperados acabarían turbando las próximas.

Martes 30 de septiembre

Guéméné-sur-Scorff - Plumelec (Morbihan)

La segunda parte de aquella primera etapa del Tour fue igualmente agradable, interesante y agotadora. Se detuvieron para un *picnic* de morcilla y sidra junto al cementerio de Guern, al lado de la fuente del pueblo, cuya música y encanto inspiraron un nuevo mensaje de Georges a Adèle, que permaneció también sin respuesta, pero Georges había comprendido muy bien que su nieta estaba muy ocupada.

Llegaron luego a Plumelec, donde les aguardaba un albergue lleno de encanto. Esta vez, Charles y Georges tuvieron que compartir su habitación, amueblada con camas gemelas cada una de las cuales tenía un cobertor de ganchillo y una almohada de punto amarillo con flores bordadas.

Para la cena, optaron por una pizza de las de llevar, como los jóvenes, comprándola al pizzero que estacionaba su camión, todos los martes, en la plaza de la iglesia. Charles, que se había encargado de la compra, eligió una pizza para dos, pues no tenían mucha hambre; falta de apetito debida sin duda al excesivo consumo de morcilla, antes, por la tarde. Cuando se trató del acompañamiento, el pizzero comenzó a añorar la juventud. Charles no *acompañó* realmente su pizza, *amontonó*. La mayor parte de las guarniciones disponibles en la camioneta acabaron en la pobre pizza, que se doblaba bajo aquel peso. Fue necesario ponerla en una caja suplementaria pues todo se desbordaba. El pizzero recordaría a aquellos dos yayos. Georges y Charles, por su parte, se pusieron las botas.

Antes de acostarse, Georges mandó un último esemese a Adèle.

Stmos n Plumelec, captl de la chuanería. Pizza xa cnar. Charl t bsa, yo tmb. Bnas noxes AdL.

(Estamos en Plumelec, capital de la chuanería. Pizza para cenar. Charles te besa, yo también. Buenas noches, Adèle.)

Charles, apoyado en la almohada de color tornasol y provisto de su lápiz de madera afilado con la navaja Opinel, estaba concentrado en su *Sudoku Especial Vacaciones*, lo que impresionaba mucho a Georges, tan fatigado que no tenía ni el valor de tomar su libro. Comenzaron a hablar de eso o de aquello y prosiguieron su conversación en la oscuridad, como los chiquillos que antaño habían sido en los dormitorios de los internados, antes de sumirse en un profundo sueño.

Y ni él ni Charles despertaron cuando el teléfono dejó oír la musiquita de recepción de esemese, poco antes de las once de la noche. Un esemese que no era de Adèle.

Adèle, entretanto, estaba concluyendo, a las 9 de la noche, una dura jornada que había empezado a las 6 de la mañana. No había tenido tiempo de responder al último esemese de su abuelo, pues acababa de llegar una muy mala noticia, que destrozó la moral del equipo y puso patas arriba la organización del rodaje. Su agente había llamado al productor a última hora de la tarde: Irving Ferns había muerto. El actor que interpretaba a Arístides Leónides, el abuelo asesinado, había fallecido por la noche, a la edad de ochenta y un años. Los responsables de la producción se mesaban los cabellos, pues aunque hubieran ya rodado con él la escena del principio, tenía que reaparecer en un *flash-back* que se rodaría la siguiente semana. De modo que no solo era necesario encontrar un sustituto para las futuras escenas, sino también rodar de nuevo las escenas ya filmadas. Para la directora de producción, era una catástrofe: no había presupuesto y bla bla bla, revisar toda la organización en la cosa de los decorados y bla bla bla, vestidos a medida y bla bla bla, el *raccord* del bigote y bla bla bla... Para Adèle, como para gran parte del equipo, la cosa significaba unos días más de rodaje. Ella había previsto andar de fiesta el día de su cumpleaños... ¡Se había jodido! Pero sobre todo, la muerte del actor la entristecía infinitamente.

Fue la última en recoger sus cosas de la casa torcida. La casa asustaba un poco cuando estaba vacía, hecha de madera oscura, con un parqué que chirriaba. Tenía que cerrar con llave la gran puerta y entregarla al guardián de noche, algo más allá, en la misma calle. No podía evitar pensar en Irving Ferns. ¿Le mandaría unas flores? Solo le había conocido dos días, pero su muerte la impresionaba. Había sentido que estaba solo y que habría querido hablar más, compartir. Pero Adèle no había querido compartir. A fin de cuentas, él había sido la razón por la que había llamado a su abuelo, por primera vez desde hacía tantos años. Contrariamente a lo que su yayo parecía creer, su madre nunca le había pedido nada. Irving Ferns, en cambio, sí.

Miró su teléfono móvil. ¡Había recibido tantos esemeses de su abuelo! Por lo menos cinco al día. Le contaba su periplo, los pueblos por los que pasaba, los paisajes que veía. Enviaba mucho más que el informe solicitado: era un verdadero relato de viaje. Ella leía sus esemeses como los cuadernos de un explorador extranjero. Gracias a él, se evadía un poco.

Pero la muerte de Irving Ferns le hacía ver esos pequeños mensajes diarios como verdaderamente eran. No se trataba de un diario de viaje, de autor a lectora, escrito solo por puro placer. Eran

una invitación al diálogo, de abuelo lejano a nieta ausente. Adèle, sin saberlo, había rechazado hasta entonces la invitación. Y verosímilmente era la última.

Volvió a leer todos los esemeses que adoptaron otra apariencia, más pálida, más melancólica. Puesto que en su mayoría habían quedado sin respuesta, los esemeses de su abuelo revelaban una tristeza que hasta entonces ella no había advertido. Como después de su conversación con el anciano actor, se veía confrontada a su egoísmo de adolescente.

Entonces, una vez más, decidió alcanzar el tiempo que fluía.

A algunos centenares de kilómetros de allí, en Bretaña, también Georges estaba del todo despierto. La noche había comenzado bien, pero su vejiga le había despertado, como de costumbre, hacia las 4. En aquel momento advirtió que había olvidado un elemento esencial en su maleta: una linterna. No se veía ni una pizca en aquella habitación, y no quería encender la lamparilla de noche, por Charles. Con su gran ingenio, recordó que el teléfono móvil emitía cierta luz cuando se apretaban las teclas. A tientas, tomó pues el móvil, lo manoseó y pudo así ir al aseo sin despertar a Charles. En realidad no se fijó en los ruiditos que brotaban del teléfono, como unos lejanos timbrazos. Debían de proceder de las cañerías. Solo cuando dejó el teléfono encendido aún en la mesilla de noche, antes de meterse bajo las sábanas, escuchó: «Dígame. Dígame, ¿Georges?» Georges tomó su teléfono, leyó «Ginette Bruneau» en la pantalla y le dominó el espanto. Estaba claro que acababa de despertarla. Desamparado, pulsó frenéticamente las teclas y, por fin, la voz calló. Al principio se sintió aliviado, fue luego presa del pánico: si sabía que era Ginette la que llamaba, entonces Ginette debía de saber que era él el que le había colgado en las narices, en plena noche. No cabía la menor duda, iba a preocuparse. ¿Cómo esa mierda de móvil había podido encontrar el número de Ginette en la agenda? ¡Qué cabronada esa máquina!

Se largó al cuarto de baño para llamar a Ginette y tranquilizarla, pero antes de marcar el número descubrió que había recibido un esemese. De Ginette.

Ginette Bruneau 30/09/2008 22.49

Querido Georges, pienso en vosotros siguiendo el recorrido del Tour. He ganado una gran begonia en el concurso de baile, con el charlestón, hay que divertirse. Tal vez algún día vengas al baile de la Détente. Espero que todo vaya bien, con toda mi amistad, Ginette.

Georges no la llamó. Era una situación extremadamente

delicada. Tenía que reflexionar, no precipitarse. Y, sobre todo, no soltarle ni una palabra a Charles. Era preciso decir que aunque hubiera sido enviado a una hora del todo decente, el esemese de Ginette alentaba los arrumacos.

Miércoles 1 de octubre

Plumelec – Auray (Morbihan)

A la mañana siguiente, una golondrina no hace verano, recorrieron la carretera sin detenerse. Llegaron a destino antes del almuerzo. El hotel, que estaba justo al salir de Auray, en un calvero, era soberbio. Un lugar refinado sin ser pretencioso, de servicio discreto, decorado con antigüedades y los suelos cubiertos por una gruesa moqueta. Desde el jardín de invierno podía verse como la lluvia maltrataba los grandes árboles del parque. Su almuerzo fue exquisito. Era el más hermoso lugar en el que se albergaban desde la partida.

Georges tenía unas ganas locas de respirar un poco, de dejarse caer en aquellos grandes sillones de mimbre que invitaban al descanso y a la meditación, pero Charles se mostró intratable. Habían reservado la tarde para visitar el paraje mundialmente conocido de Carnac. Charles había anunciado la cosa desde que comenzó el Tour: en Bretaña quería ver prioritariamente Carnac, y luego el museo Louison-Bobet no muy lejos. Con lluvia o sin ella, Charles estaba decidido. También Georges, claro, quería ver las alineaciones megalíticas. Pero, con toda aquella lluvia, solo con pensar en ello le dolían los reumatismos. Por fin, la determinación de Charles acabó con los reumatismos de Georges, que se puso el polar rojo que Françoise le había regalado. Tomaron el Scénic y llegaron al municipio de Carnac.

Desde el coche podían ver algunas alineaciones, pero, claro está, tenían que andar hasta mucho más lejos para captar toda la magnitud de los tres mil menhires, los dólmenes y los túmulos de los que Charles tanto había oído hablar. Pero la fuerte lluvia se había transformado en un diluvio interminable y no se trataba de sacar la nariz. Aguardaron entonces en el aparcamiento del ayuntamiento, y siguieron esperando, una hora por lo menos, pero el agua seguía inundando su parabrisas. Georges tuvo que morderse la lengua para no hablar de Ginette. Y, a fuerza de morderse la lengua, se durmió. Al cabo de largo rato, Charles sacudió a Georges y propuso que, a cambio, fueran a visitar el museo de la Prehistoria. Veían, desde allí, el gran edificio clásico de piedras blancas, con un elegante portal y una palmera en el patio, que se doblaba bajo la tormenta.

Los museos siempre habían aburrido a Georges. No era que no le interesase la cultura o la historia. Provisto de una memoria excepcional, tenía una notable cultura general. Pero había algo profunda, fundamentalmente soporífero en aquellos museos. Arrastrar los pies por pasillos mal iluminados, pegar la frente en las

vitrinas para leer etiquetas liliputienses le aburría en el más alto grado. Lo primero que hizo, como cada vez, fue sentarse en un banco. Siempre había bancos en los museos, y siempre había viejos en ellos, como gorriones en los cables eléctricos. Había también racimos de jóvenes que arrastraban sus zapatillas deportivas y hablaban alto. Georges comenzó a observarlos. Sabía muy bien que lo encontrarían patético, esos mocosos en visita de estudios, que no captarían una pizca de la prehistoria, esos viejos en los bancos que no hacían más que esperar. Pero los jóvenes que se reían ignoraban que aquel viejo del polar rojo estaba pensando en lo que iba a escribir en su esemese para su nueva gachí. ¡Ah, se hubieran quedado de una pieza! Georges se rio a solas en su banco. Charles regresó satisfecho de su visita y compró cinco libros, por lo menos, sobre las alineaciones. Georges preguntó a la señora de la caja si podía encontrarse una linterna en su tienda, pero ella le respondió con amabilidad que no, sorprendentemente el museo de la Prehistoria no ofrecía este artículo. Regresaron a su hotel donde, por fin, Georges pudo arrellanarse en los sillones de mimbre.

Jueves 2 de octubre

Auray (Morbihan) – Mûr-de-Bretagne (Côtes d'Armor)

Cuando Charles recibió la cuenta del hotel resultó, por decirlo así, un momento difícil. Pocas veces la dolorosa había merecido tanto su nombre. Lo que pensó que era el total de la estancia cuando hizo la reserva era, de hecho, el precio por persona, sin desayuno. Con los impuestos y demás extras y los dos almuerzos, el total resultaba vertiginoso, y se sintió horrendamente molesto al pagar. O, más bien, al pedir a Georges que pagara, pues Georges era el único patrocinador del Tour, y aunque hubiera sido de una generosidad sin igual en las líneas generales del presupuesto, por lo que se consideraban «extras» se mostraba más bien puntilloso con la cartera. Milagrosamente, aquella mañana estaba de excelente disposición y pagó a tocateja la cuenta. Con, además, una gran sonrisa al recepcionista.

Debe decirse que había tenido la encantadora sorpresa de descubrir un esemese de Adèle en la pantalla de su móvil.

Adèle 01/10/2008 22:36

Smpre qise ir a Carnac mdaras nom dotel,

qza ir 1d, ¡nca se sab! Ht mñn.

(Siempre quise ir a Carnac. Me darás el nombre

del hotel, quizá vaya un día, ¡nunca se sabe!

Hasta mañana.)

Si la familia iba a este hotel, mejor sería sonreír al recepcionista.

Charles estaba impaciente por visitar Auray, adonde había ido con Thérèse muchos años antes. Los turistas veraniegos se habían marchado y aquel pequeño rincón de Bretaña era tan hermoso como en su recuerdo. El pueblo estaba encaramado en la colina; abajo, en el río, se encontraba el antiguo puerto, el Saint-Goustan. Charles y Georges bajaron por la calle del Belvédère, con sus jardines en terraza y sus casas medievales, y llegaron a la orilla del Loch. Se detuvieron a la sombra de los grandes árboles desde donde pudieron saborear una impagable vista del puerto. Se distinguía incluso la torre de vigilancia que acogía a los navíos. Caminaron mucho rato, jadearon por las callejas pendientes y los anchos peldaños irregulares que llevaban a la iglesia, y se olvidaron por completo de comprar una linterna para Georges. Sin embargo, había insistido mucho. Finalmente, la terraza de un restaurante de sillones rayados y paredes violetas acogió a los agotados visitantes.

A aquellas horas hubieran debido estar, por lo menos, en Baud, si no en Pontivy, a sesenta kilómetros de allí, pero no importaba.

Georges se lanzó a la escritura de un esemese para Adèle. Como un «trovador esemesista» (la expresión era de Charles), cantó los atractivos de Auray y le recomendó esa y aquella visita para sus próximas vacaciones en la región. Algunos viandantes sonrieron al ver a aquel vejestorio esemesando frenéticamente en la terraza de un restaurante de moda. Adèle respondió poco tiempo después; su rodaje iba bien, pero estaba cansada. Georges le leyó el mensaje a Charles, no sin orgullo, y afirmó que ella trabajaba demasiado. Comieron por cuatro, tomándose todo su tiempo. Irían directamente al siguiente hotel, situado en Mûr-de-Bretagne, a ochenta kilómetros. Después de los entremeses, platos, postre, café y copa, regresaron despacio al coche y abandonaron Auray. Poco después de salir del pueblo, mientras Charles conducía tranquilamente, acunado por el suave ronroneo del GPS, Georges aulló de pronto:

—¡Aquí! ¡GIRA!

Charles dio un torpe volantazo, pasó a dos dedos de la carreta florida que presidía el centro de la rotonda, estuvo a punto de chocar con el coche de la izquierda, rayar el de la derecha, derribar una señal de tráfico y empotrarse en un caddie que estaba en el arcén de la carretera. Milagrosamente, fue más el susto que el daño, pero tres coches al menos tocaron furiosamente la bocina. Charles le aulló, a su vez, a Georges:

—Pero Dios mío, ¿qué ocurre?

—¡Auchan! ¡La linterna!

—¿Cómo? ¿Has estado a punto de provocar un accidente por una linterna de mierda? ¡Ah, ya me estás tocando las narices con tu linterna! ¡Comienzan a hinchárseme los huevos!

—¡He de tenerla antes de esta noche! A lo mejor, es el único hipermercado de los alrededores.

Georges, a su vez, estaba muy trastornado: era la primera vez en treinta años que su vecino le echaba un rapapolvo.

—Pero bueno, ¿por qué la necesitas ahora, no podías esperar?

—¡No, no podía esperar! Deja que te diga que estoy hasta las narices de llamar a tu hermana cada vez que voy a mear...

—¿Pero...?

Georges había cerrado el Scénic dando un portazo y corría ya hacia el centro comercial. Charles, pasmado, permaneció con las dos manos agarradas al volante.

Cuando Georges regresó, fueron con pies de plomo, como una joven pareja después de su primera disputa. Charles no tuvo el

privilegio de recibir una explicación referente a la relación entre su hermana, la vejiga de su compañero y la linterna, pero prudentemente prefirió no preguntar nada.

A las 5 de la tarde solo estaban en Baud, a mitad de camino. El Scénic estaba detenido a trescientos metros de lo único que podía visitarse en el pueblo, la fuente de la Claridad, con su viejo lavadero. Pero la fuente y el lavadero no estaban destinados a formar parte de los gloriosos recuerdos del Tour: Charles y Georges dormían como angelitos en el vehículo. La comida de Auray y su pelea en el aparcamiento de Auchan habían acabado con ellos.

Se pusieron en camino entrada ya la tarde y corrieron hasta Mûr-de-Bretagne sin tener tiempo para visitar Pontivy, cuyas dos caras pudieron divisar cruzando la ciudad: la parte imperial con sus líneas geométricas y elegantes, y el meollo medieval con sus callejas tortuosas flanqueadas por casas con lienzos de madera. Atravesaron el canal rectilíneo y de nuevo fue la campiña, y el sol poniente.

Justo antes de llegar a Mûr-de-Bretagne se detuvieron en una estación de servicio. Georges compró una pila para su linterna en la tienda —era una vergüenza que no las proporcionaran, además tenía algunas nuevas en casa. Cuando salió de la tienda, Georges vio que algo no funcionaba. Charles estaba exactamente donde le había dejado cinco minutos antes, mirando el surtidor de gasolina sin moverse.

—Bueno, ¿ya lo has llenado?

Charles respondió que no. Miró a Georges con un aspecto del todo atontado y regresó al coche. Georges, molesto, tomó la manguera y llenó el depósito. No se dijeron ni una palabra hasta llegar al albergue.

Era una gran casa típica de la región, de piedra, que Georges describiría más tarde, por la noche, en su esemese a Adèle: un tragaluz que emergía del techo de pizarra, de vertiginosa pendiente, tres paredes sin ventanas, solo con unas pequeñas aberturas, una chimenea en cada aguilón, una escalera de piedra en el exterior, con sus gastados peldaños, y en el patio, entre rosales, un horno para pan cubierto de tierra.

Cenaron en la gran sala principal y se retiraron luego a la habitación que compartían. Ambos sabían que la proximidad de las camas alentaría las confidencias, y que algún día tendrían que hablar de aquella historia de linterna y de Ginette.

Cuando iban a apagar su lamparilla de noche, Charles fue el primero que rompió un silencio que se hacía ya pesado.

—Bueno, Georges, ¿sabes?, por lo que se refiere a mi hermana...

—Ah sí, ya no pensaba en lo de tu hermana.

—Quiero decir... ¿Por qué carajo has comprado tu linterna?

Georges le contó sumariamente el episodio de Guéméné y, luego, le leyó el esemese de Ginette.

—¿Eso es todo? —preguntó Charles.

—Bueno, sí, es todo.

—Ah bien, entonces ya está. Porque reconozco que por el modo como lo has dicho en Auchan, hum, no sabía cómo tomarme la cosa.

—Me ha salido así, estaba afectado, acabábamos de tener un accidente, o casi.

—¿Y por culpa de quién, carajo? En fin, dejémoslo. ¿Qué vas a responderle a Ginette?

—No sé. Hace dos días que le doy vueltas en mi cabeza, pero no sé qué responderle.

—¿Quieres saber qué pienso?

—Sí —mintió Georges.

—Responde solo cuando tengas algo que decir —hizo una pausa para enfatizar y prosiguió—: Créeme, tengo experiencia. Hablar con las tías cuando la verdad, de veras, es que no tienes nada que decirles, nunca lleva a nada bueno. Y no te lo digo porque sea mi hermana.

—¿Sabes? Tu razonamiento no es falso, ni mucho menos —dijo Georges, verdaderamente impresionado.

—Bah, aguanta.

—Bueno, ¿pero no va a ofuscarse?

—¡Alto ahí! —gritó Charles—. Me pides demasiado. A fin de cuentas, la psicología no es mi fuerte.

Resuelta la cuestión, el clima mejoró claramente. Charles sacó su sudoku y Georges empezó a esemesar la descripción de la casa para Adèle. Recibió una respuesta pocos minutos más tarde.

Adèle 02/10/2008 22:46

Q srte, mgustaría star en brtña + q n Londr.

Rdmos casa torcida de Agatha Christie en 1 csa muy torcida, viej y osc. Ad+ muy mal tmpo aki.

¡Viva brtña!

(Qué suerte, me gustaría estar en Bretaña más que en Londres. Rodamos La casa torcida de Agatha Christie, en una casa muy torcida, vieja y oscura. Además, muy mal tiempo por aquí. ¡Viva Bretaña!)

Georges sonrió y anotó que tenía que comprar el libro a la mañana siguiente. Estaba impaciente porque llegara, como cuando era joven.

Viernes 3 de octubre
Mûr-de-Bretagne – Saint-Brieuc

(Côtes d'Armor)

Cuando Georges despertó, Charles estaba levantado ya y acababa de vestirse. Apenas eran las ocho; Georges le preguntó qué estaba haciendo.

—Pensaba ir al mercado. Ayer hablé con la señora del albergue. Hay un pequeño mercado en el pueblo, con productores al por menor. Sidra casera, fuagrás, cabra y todo lo necesario. Al parecer, no hay que perdérselo. Bueno, ¿prefieres quedarte en la cama o vienes al...?

—Oh no, dejaré que vayas solo. Tengo la espalda hecha polvo, la cama es demasiado blanda.

En realidad la cama era buena y sus dolores, a fe mía, le dejaban tranquilo. Pero Georges quería respirar una pizca. Este Tour resultaba realmente agotador. Hoy se le pegarían las sábanas.

Eso suponía olvidar la energía aparentemente inagotable de Charles. Apenas regresó del mercado, quiso cabalgar de nuevo para visitar la presa hidroeléctrica de Guerlédan, a dos pasos de allí. Georges, que apenas había terminado su desayuno, arrastró hasta allí los pies, pero el hermoso paisaje bañado por el sol otoñal reavivó su ardor. Habríase dicho Suiza con aquellos valles y aquellas escarpadas crestas cubiertas de bosques y surcadas de pistas de paseo. La presa había creado un lago magnífico en pleno bosque. Charles y Georges se dieron un festín de sibaritas en un *picnic* a la sombra de las ruinas de la abadía Bon-Repos, y Georges, inspirado una vez más por la belleza de los alrededores, mandó un largo esemese a Adèle.

Por la tarde, siguieron el itinerario del Tour —Corlay, con sus hermosas casas antiguas; Chatelaudren, a orillas del río Leff; Plérin, con sus playas y sus pequeñas calas de arena fina al pie de los acantilados— y llegaron al hotel Regina de Saint-Brieuc antes de que anocheciera.

Desde la bahía, Georges escribió a Adèle:

Bha St Brieuc: plya sublm, reserv natur, paisjs sobrbs, acant pasmosos, peq prtos en rocs. St Brieuc mchs peqs clls yens d encant, csas antig, bntas tiends, sta noxe cna d mejnes. Recda pasr qndo vengs a Brtña. Mñn compr libr agatha kristi xa saber fin pel. Bs.

(Bahía de Saint-Brieuc: playa sublime, reserva natural, paisajes soberbios, acantilados pasmosos, pequeños puertos en las rocas. Saint-Brieuc, muchas pequeñas calles llenas de encanto, casas antiguas, bonitas tiendas, esta noche cena de mejillones. Recuerda

pasar cuando vengas a Bretaña. Mañana compraré el libro de Agatha Christie para saber el final de la película.)

Adèle respondió:

Fin pel fácil advnar. Di q piens de libr.

Creo: no mejr d AC. Pref 10 negtos.

(Fin de la película fácil de adivinar. Dime qué piensas del libro. Creo: no es el mejor de AC. Prefiero Diez negritos.)

Cuando llegó la noche, Georges no pudo evitar responder:

Pref clasic: asnto orient Xpres. Impac leer csa torci.

St Brieuc hotl trist. Sol amerik, ruid. Bnas noxes.

(Prefiero clásico: Asesinato en el Orient Express. Estoy impaciente por leer La casa torcida.

Saint-Brieuc, hotel triste, solo americanos, ruidoso. Buenas noches.)

Sábado 4 de octubre

Saint-Brieuc (Côtes d'Armor) - Saint-Malo (Ille-et-Vilaine)

A la mañana siguiente, Georges estaba de un humor de perros. Comenzó quejándose de su habitación, luego de la sala del desayuno, demasiado fría, demasiado vasta y demasiado silenciosa. Georges recordaba los desayunos tomados en familia, en la época en que se reunían a menudo aún, con Arlette, Françoise, su marido y la pequeña Adèle. Olía a pan tostado y café, y hablaban muy alto, ya. Incluso en su casa, solo, el desayuno era sonoro: el ruido de la cafetera, la estufa que se enciende, las noticias de la radio, la tostadora que salta, aquí se susurraba y se ruborizaban mucho si hacían ruido inadvertidamente.

A Georges, la estancia le parecía también deprimente porque habían encendido las luces a las ocho de la mañana. Grandes nubes negras corrían por el cielo gris. Las calles de Saint-Brieuc eran casi inquietantes. Se habían acostumbrado al sol y a la suavidad de aquellos inicios de octubre y he aquí que llegaba el invierno, y eso despertaba sus dolores.

—El tiempo se estropea.

—Pse —respondió Charles, que trasegaba el té verde que él mismo llevaba a la mesa del desayuno todas las mañanas.

—¿No lo sientes? Yo vuelvo a tener mis dolores, y eso no es bueno.

—Sí, claro que sí, las cosas van a arreglarse. El tiempo cambia muy pronto en Bretaña, ¿sabes? Por la mañana hace un tiempo de perros, por la tarde te asas en la playa.

—Hum —dijo Georges, sin convicción.

Sí, de buena gana habría hecho una pequeña pausa, pero Charles no negociaba. Tenían que hacer toda la Costa de Esmeralda hasta llegar a Saint-Malo.

—Ya verás, es magnífica, y te dará buenos esemeses para Adèle.

Una hora más tarde, estaban en camino.

Saint-Brieuc-Saint-Malo no formaba parte del Tour, era una etapa «entre». Sin embargo, fue su preferida. Una vez más, Georges y Charles lamentaron no poder quedarse algún tiempo, a pesar del viento y las nubes amenazadoras. Pero allí, como en ninguna otra parte, el mal tiempo seducía a los visitantes. Revelaba el misterio de la región, sus caprichos y su carácter. Revelaba su temple.

Apenas los dos aventureros habían llegado a Erquy, a cuarenta kilómetros de Saint-Brieuc, cuando Georges había ya mandado dos

esemeses a Adèle.

Con la pleamar, caminaron por las playas del cabo de Erquy, pasando las dunas que danzaban al viento y la landa gris. Habían sacado los polares y las chaquetas, y se agarraban las gorras a cada ráfaga. El ruido de las olas, el yodo, la arena, las nubes que corrían, los gritos de niños que jugaban alrededor de sus padres; todo era solo torbellino y oxígeno, todo vivía. Tenían la impresión de ser purificados por aquel aire enloquecido que llegaba de tan lejos. De todos modos hacía un frío de mil diablos y, a fin de cuentas, ambos compadres se apresuraron hacia un restaurante que daba a la playa de la Braie.

Una vez sentados a la mesa, Charles, que seguía frotándose las manos para caldearlas, le dijo a Georges señalando la playa:

—Mira aquel chiflado. Está como una cabra, palabra.

Georges miró hacia donde señalaba Charles. Un hombre, llevando solo un traje de baño, se dirigía hacia el mar con pasos decididos.

—¡No! ¡No va a hacerlo! —soltó Georges.

—Y además, no parece un jovencito, el mozo. Apuesto a que tiene más de sesenta. No, no va a... no... ¡Pues sí! ¡Y de golpe, además!

El hombre se había zambullido en las olas.

—¡Por todos los diablos, es masoquista! —exclamó Georges—. Eso es para que te agarre la muerte. ¿Dónde están los salvavidas? ¡Hay que hacer algo!

El camarero, que se había acercado, le interrumpió.

—Oh, no se preocupe, lo hace cada día. Llueva, sople el viento o nieve. Nosotros estamos acostumbrados.

—¿Incluso en pleno invierno? —pregunto Charles.

—Incluso en pleno invierno. Una vez mi colega, el de allí, bueno, yo no estaba porque hago las vacaciones en febrero. Pero mi colega lo vio con cinco bajo cero. ¡Estaban a cinco bajo cero!

Georges y Charles quedaron boquiabiertos.

—Oh, a nosotros no nos molesta. Diré incluso que es un espectáculo. ¡A los clientes les gusta! Bueno, ¿qué les gustaría comer? ¿Unas vieiras?

—Oh, eso es —dijo Charles—, si no comemos vieiras en Erquy, ¿dónde vamos a comerlas, eh?

—Oh, además no serán los únicos. Ya verán. Hoy es sábado. El tío de allí, el que se baña, va a venir. Todos los sábados se zampa unos mariscos con sancerre. Ya verán.

En efecto, tras haber pasado casi cinco minutos nadando (la hazaña fue debidamente cronometrada por Charles), el hombre volvió hacia la gran toalla de baño que había dejado cerca de las

olas, subió por la playa, erguido como una escoba, y desapareció de la vista de ambos espectadores. Apenas diez minutos más tarde, el hombre entró en el restaurante. Georges y Charles le reconocieron por su pelo mojado bajo la gorra que se quitó al entrar; esta vez iba elegantemente vestido con un jersey de cuello vuelto, verde botella, y un traje beige. Se dirigió hacia la mesa que, visiblemente, le esperaba, cerca de la de Georges y Charles. Este no pudo evitar dirigir la palabra al energúmeno.

—Caramba, hay que ser muy fuerte para hacer lo que usted hace.

—No, muchacho —respondió el hombre desplegando su servilleta blanca—. No hay que ser fuerte, hay que ser bretón.

Georges se preguntó cuántas veces habrían oído los camareros esta respuesta. Charles no insistió, el otro tenía el aspecto de alguien que deseaba que le dejaran tranquilo.

Durante el almuerzo, Charles y Georges enumeraron los detalles prácticos de la continuación del Tour: hoteles, horarios, parajes para visitar, logística... Luego recordaron lo que habían visto la antevíspera, todo salpicado con algunas anécdotas del Tour y recuerdos diversos que nada tenían que ver. Al llegar a los postres, le tocó al hombre-pez inclinarse hacia ellos.

—Díganme, siento mucho inmiscuirme en su conversación pero... ¿Están dando la vuelta a Bretaña?

—Ah, amigo mío —respondió orgullosamente Charles—, hacemos algo mejor. ¡Estamos haciendo el Tour de Francia!

—¡Jolines!

—Pero bueno, lo hacemos en coche, no en bici.

—¡Ah, jolines, de todos modos! Entonces, si puede permitírmelo, ¿por dónde pasan ustedes?

Charles y Georges le explicaron el itinerario, con una sucinta descripción de lo que habían visto ya. Su nuevo interlocutor estaba impresionado.

—¡Ah, cómo me hubiera gustado hacerlo!

—¿Y por qué no lo hace? Está claro que no se lo impide la salud.

—Pues sí, eso es. Porque si no hago mi zambullida diaria, quién sabe lo que me caerá encima. A los setenta y seis años, todo puede pasar.

—¿Tiene usted setenta y seis años? —exclamó Charles—. Pardiez, no los representa, puedo asegurárselo. Quisiera decirle «como yo», pero ahora me da vergüenza...

—¿Realmente nada usted todos los días? —preguntó Georges.

—Todos los días. Desde hace más de veinte años.

—¿Y los días que debe marcharse? Porque debe sucederle

alguna vez, a fin de cuentas.

—Ah sí, se refiere usted a los grandes acontecimientos de la vida, cuando me encontré lejos de mi patria, me refiero a Bretaña. Pues bien, en esos casos, si no está la Mancha, el Atlántico o el Mediterráneo, bueno, aunque el Mediterráneo...

—Oh, el Mediterráneo no es realmente el mar —interrumpió Georges—, es casi como una gran bañera.

—Ah, en eso estoy muy de acuerdo con usted. En fin, en todo caso, si no puedo nadar, entonces camino una hora al despertar. Pero no como los caracoles, ¡camino como los hombres! Erguido, con la frente alta.

—¡Ah caramba! El Tour de Francia le sentaría muy bien, porque de caminar, se lo aseguro, caminamos —insistió Charles.

—¡Ah, eso sí! —respondió Georges, algo cansado y al que solo con pensar en ello le dolía la rodilla.

Los tres jubilados acercaron sus sillas y pidieron un café, y un té verde para Charles. El nadador se llamaba Marcel, era militar retirado y vivía en Erquy con su mujer, Jacqueline, de setenta y un años. Cada sábado ella iba a un curso de gimnasia acuática en el centro, y él lo aprovechaba para degustar sus mariscos.

—Siento que ustedes y yo nos entenderíamos —declaró Marcel —. Les felicito, ¡han elegido la vida! Basta ya de la dictadura del cuerpo que se ablanda, de los médicos que nos pinchan y de la cotidianidad que nos entierra. Hay que *re-be-lar-se*. Y el último día, pues bien, el último día hay que saber hacer, con dignidad, la reverencia.

—¡Ah! —gritó Georges, pero no terminó la frase y siguió jugando con las migajas de pan en la mesa.

—Yo tengo un plan —prosiguió Marcel—. Cuando no pueda ya bañarme, pues bueno, de todos modos me bañaré. Me arrastraré hasta el mar y nadaré hasta que nadie me vea ya. Fin. Y se lo dije a mi mujer, le dije: «Jacqueline, que ese día no se te ocurra pescarme, de lo contrario...»

Tras muchos suspiros, Georges soltó:

—Oh, por mi parte estoy haciendo este Tour precisamente por eso... La última oportunidad...

Su frase había despertado el interés de Charles, pero Marcel le interrumpió.

—¡Señores, les felicito de nuevo! Ah, cómo me gustaría hacerlo con ustedes...

Cuando llegaron las cuentas, Marcel ofreció invitarles a algún licor y ambos aceptaron complacidos. Como en casa de Ginette, el aguardiente produjo en Georges el efecto de una cura de rejuvenecimiento. Se levantó y, en un tono decidido, anunció a la

concurrencia:

—Bueno, pues bien, amigos míos, voy a ver si tengo sangre bretona.

Charles y Marcel le siguieron con la mirada sin comprender.

—Vuelvo dentro de diez minutos.

Marcel comenzó a reírse. Charles comprendió por fin.

—¿Cómo? No me dirás que vas a bañarte.

—Ah, solo los pies —corrigió Georges—. Soy un debutante, y peor aún, no tengo toalla.

—¡Puedo prestarte la mía! —exclamó Marcel—. Ya podemos tutearnos, ¿no?...

Georges indicó con una señal que no necesitaba toalla y se dirigió hacia la playa. Regresó un minuto después para tomar el teléfono móvil que había dejado en la mesa, y volvió a dirigirse hacia el mar.

Charles y Marcel le vieron alejarse. Se había quitado los zapatos y los calcetines y se había subido los pantalones hasta encima de las rodillas. Se veían sus pantorrillas muy flacas que dudaban en dirigirse hacia las olas.

Charles, levemente inquieto, se volvió hacia Marcel.

—¿Estás seguro de que no pillará una neumonía, o una hidrocución, o qué sé yo?

—Ah... yo siempre lo he dicho: sé lo que es bueno para mí, el agua de mar, pero no digo que funcione para todo el mundo.

La respuesta no tranquilizó a Charles.

Georges sintió la arena húmeda y fría bajo sus pies blancos. La cosa empezaba mal. Imaginaba algo más sedoso y, sobre todo, más tibio. Sabía muy bien que los otros dos le miraban, que no era la hora de flaquear. Lamentaba un poco haber chuleado. Era culpa del aguardiente. Avanzó con el reflujo y se hundió levemente en la arena empapada de agua helada; pero el mar recubría ya sus pies y le llegaba hasta los tobillos. Qué fría estaba la muy zorra. Tan fría que un dolor agudo subió hasta sus rodillas. Era inaguantable pero no quería abandonar. Caminó a lo largo de la playa, justo al lado de las olas, para acostumbrarse al frío. Luego dejó que el mar le lamiera los dedos y, poco a poco, fue adentrándose. Finalmente, tras cincuenta metros, tenía de nuevo el agua en los tobillos, pero el dolor se apaciguaba.

Había olvidado por completo a sus compañeros y el aguardiente de frambuesa, allí a orillas del mar. Apreciaba sencillamente la excentricidad, la audacia incluso, de caminar así, con los pies desnudos en el mar, un frío día de octubre. Audacia.

Hacía años que no había sido tan audaz. Lo glacial del comienzo se había convertido en frío, luego en fresco. Sentía un extraño bienestar físico, como si se hubiera purificado, rejuvenecido. Georges comenzó a pensar en su hija única, Françoise. Le habría gustado compartir con ella ese instante. Tal vez se hubiera sentido orgullosa de él, como él lo estaba un poco de sí mismo. La habría hecho sonreír. No, sin duda se habría inquietado. La Françoise de hoy le habría dicho que regresara. La Françoise de hace veinte años se habría reído con él, le habría dicho que estaba loco, pero habría querido hacer lo mismo. Añoraba a su hija. Qué ironía: él, que había querido ocultárselo todo, en este momento querría compartirlo todo.

Georges había estado cincuenta años casado con una mujer a la que amaba y respetaba. No iban a enseñarle ahora que la vida es más hermosa cuando se comparte. Pero, desde la muerte de Arlette, no encontraba gran cosa que valiera la pena de compartir. Una tisana con Charles, un cheque en los cumpleaños, y eso era todo. El tiempo había pasado, se había hecho viejo, se había dejado distanciar de todo. Del mundo, de la juventud, de la hierba de su prado, de sus tomateras. Se había encontrado solo, muy lejos por detrás del pelotón, y finalmente había acabado diciéndose que no se estaba tan mal, que prefería que no le tocaran las narices. Y de pronto despertaba un buen día, con los dedos de los pies en la Mancha (o en el Atlántico, no estaba muy seguro y no se atrevía a preguntarlo), y advertía que dejarse tocar las narices no era forzosamente mala cosa. Incluso resultaba más bien agradable.

Georges siguió caminando a lo largo de la playa. Se volvió y vio a Charles y Marcel, muy pequeños en el restaurante; no se separaban ya. Le sentaba bien caminar por el agua, escuchar el ruido de las olas enloquecidas, el grito de las aves. De ese modo, las voces se volvían endiabladamente charlatanas. Le susurraron que llamara a Ginette. Para eso eran los móviles, ¿no? Para llamar desde lugares completamente locos, como una playa en Erquy. O en todo caso, si una llamada era demasiado extravagante, un pequeño esemese.

Georges protestó interiormente, era un escándalo teclear como si estuviera mochales en una maquinita cuando podía aprovechar esa belleza silvestre, la naturaleza, el viento en las dunas. Una pizca de poesía, a fin de cuentas. ¿Acaso Lord Byron, extasiado ante los colores de la primavera en Nottinghamshire, habría mandado esemeses a espuertas? Sin duda, no. Pero el poeta romántico había loado la naturaleza en todo su esplendor por medio de su rica correspondencia. De modo que si hubiera tenido la oportunidad en su época, no cabía duda de que habría abusado de los SMS. Y

además, esta vez, tenía algo que decirle a Ginette.

Erquy bjo cielo grs agu sta bna 2 en bna slud.

2 esprmos cn impacien vrt mierc en Nantes, cordmnt, Georges.

(Erquy bajo el cielo gris, el agua está buena, los dos estamos en buena salud. Los dos esperamos con impaciencia verte el miércoles en Nantes. Cordialmente, Georges.)

Vio también que había recibido dos esemeses de Adèle como respuesta a los suyos. Daba noticias, envidiaba su gran viaje. La pequeña Adèle. Miró unos instantes al horizonte, tomó una gran bocanada de aire fresco en sus pulmones y permaneció con los pies en el agua, sin moverse, largo rato.

En el restaurante, Charles y Marcel le miraban y no hablaban ya.

Hay que decir que antes de detenerse, hablaron un buen rato. La conversación había sido incluso especialmente animada, pues Marcel y Charles no dejaban de descubrirse puntos en común. Marcel había comenzado declarando que su zambullida cotidiana le había mantenido en tan buena forma que hubiera debido de pagarla la seguridad social. No habría podido elegir mejor tema para ganarse la amistad de Charles.

—¡Ah, eso es! —exclamó Charles—. ¡Eso es! Y voy a decirte una cosa, Marcel, el seguro no solo tendría que pagar eso, también están... ¡los *torneos de remigio*! Y te diré otra cosa, yo lo hago una vez al mes. No todo el mundo está loco por las cartas por allí, es Chanteloup, no Las Vegas. Pero de todos modos, y de entrada, hay mucha gente. Luego la gente llega y, en fin, la cosa comienza a las dos de la tarde, ¿eh? Si lo vieras, hay tullidos, otros que no tienen piernas, a unos les duele aquí, a otros allí, y están mis úlceras, y mi dolor de riñones, incluso los hay que han pasado por la quimio, y más aún. ¡Qué cosas! A la primera mano nadie se queja ya. Cuando dan las cinco, toda la pandilla de asmáticos... tocaría la trompeta si la dejaran.

Charles palmeó la mesa. Marcel asentía con la cabeza.

—Yo no juego al remigio —dijo Marcel—. Pero lo que dices no me sorprende. Mi hermana está en Reugny, en Touraine, cerca de Vouvray. Pues bueno, cada año, a finales de octubre, ¿sabes? Precisamente va a ser muy pronto... Pues bueno, celebran la fiesta de la *Bernache*. ¿Sabes qué es la *Bernache*?

—No, pero me interesa, porque pasaremos por Touraine hacia esos días.

—Pues bien, la *Bernache* está a medio camino entre el zumo de

uva y el vino. En fin, cuanto más bebes más tienes la clara impresión de que está más cerca del vino. Lo cierto es que... lo cierto es que la *Bernache*, Charles, caramba amigo mío, también tendría que pagarla el seguro.

—No me sorprende, si está a medio camino entre el zumo de uva y el vino, y más cerca del vino incluso, solo puede ser bueno.

—Mi hermana —prosiguió Marcel— organiza la fiestecita, más aún, es una verdadera feria, con mercadillo y todo. Lo organiza con la asociación y todos los viejos del lugar van, ¡es lo mismo de lo mismo! Es levántate y anda, como Jesús a fin de cuentas; le soltó *Bernache* al tipo del milagro.

Marcel y Charles se echaron a reír, y a golpear la mesa, y a agarrarse la panza, y daba gusto verles.

—Ah —prosiguió Charles en tono juguetón—, ah, y hay otra cosa, además, que las mutuas deberían pagar al cien por cien. El *huerto*.

—Ah —objetó Marcel—, ahí no, yo diría incluso que el huerto te destroza la espalda.

—Te destroza la espalda, te destroza la espalda... —se indignó Charles—, ¡será porque tu huerto es feo! Si se trata de un buen huerto y, además, de un jardín con hermosas flores para la señora, para que las ponga en jarrones cuando hay gente, entonces no hay nada mejor para la moral. ¿Y la pesca?

—Ah, la pesca —aceptó Marcel—, no lo niego. Pagada también, sobre todo si hace buen tiempo, hacia mediados de abril o mayo; entonces vas con el transistor.

—¿Tú vas con el transistor? ¡Ah, eso no está en el reglamento! Yo necesito calma. Hay tanto ruido en mi casa, además, con toda la tribu... pero si quieres mi opinión, picarían más si no llevaras transistor.

—¡Claro que no! Eso son tonterías, los peces de Bretaña adoran France Inter.

—¿Y el Tour de Francia? —gritó Charles—. ¿Pagado o no?

Se miraron sin decir nada, sus ojos brillaban con aquella nueva complicidad.

—Pagado no, Charles. ¡Pa-tro-ci-na-do! ¡Por el Insalud!

Ambos hombres se echaron a reír de nuevo. Luego las risas se disiparon, luego fueron tranquilizándose y sus miradas, naturalmente, se volvieron hacia el mar. A lo lejos se veía a Georges, con los pies en el agua, inclinado sobre algo que tenía en la mano. Charles estaba acostumbrado ahora, sabía muy bien que era su teléfono móvil.

Tras un largo silencio, Charles dijo suavemente, manteniendo los ojos clavados en la playa.

—Voy a decirte una cosa, Marcel, que también debería pagarle el seguro a Georges, allí. Los esemeses de su nieta.

Cuando Georges hubo regresado, con las mejillas enrojecidas, los pies ardiendo y el aspecto alegre, pagaron la cuenta y reunieron sus cosas. Cuando se ponía la chaqueta, Marcel preguntó a sus dos amigos:

—Escuchadme, si vais a Saint-Malo esta noche, ¿pasaréis por Dinard?

—Claro que sí —respondió Charles.

—¿Y si os llevara a cenar allí? Conozco un restaurante de narices. Bueno, tengo que llamar a mi mujer para avisarla, pero luego, en marcha. Además, por el camino os haré visitar un poco la costa de granito rosado, y todo aquello. Tenéis que ver el puerto de Erquy, también.

Georges y Charles estaban de acuerdo, sobre todo Charles al que no le gustaban las despedidas.

En la carretera, como estaba previsto, Marcel pasó delante del Scénic con su Citroën C4. Se detuvieron pues en el centro de Erquy, Charles y Georges comprendieron por qué la llamaban «la estación roja». Fueron del puerto de Hôpitaux a la playa de Saint-Pabu, y la sucesión de paisajes ricos y variados inspiró un esemese de Georges a Adèle:

Otr destin xa q vngs a Bretaña: aki ply xa farniente, camins d paseo. Visitams cn 1 nuevo amigo,

Marcel, q se bña cn tod tmpo. Cnrmos n Dinard

cn el sta noxe.

(Otro destino para cuando vengas a Bretaña: aquí playas para el farniente, caminos de paseo. Visitamos con un nuevo amigo, Marcel, que se baña con todo tiempo. Cenaremos en Dinard con él esta noche.)

Marcel les dio también una charla de ornitología. Les explicó que las aves anunciaban el tiempo y guiaban a los pescadores. Pudo mostrarles distintas especies, golondrinas de mar, gaviotas grises y patiamarillas, cormoranes, pájaros bobos y plangas de Bassan. Georges permaneció muy atento. Resultaba mucho más interesante que los museos.

Pasaron por el cabo Fréhel, la bahía de la Frénaye, Saint-Cast-le-Guildo, la península de las siete playas sublimes. Vieron la punta de la Garde y el dique que flanqueaba la gran playa, pudieron admirar la vista del archipiélago de Ebihens y la península de Saint-

Jacut. Marcel les aconsejó que probaran, uno de aquellos días, la araña de Saint-Cast. Quedaría para otra vez. Finalmente, llegaron a Dinard hacia las seis de la tarde.

Marcel les hizo dar un gran rodeo. Charles y Georges descubrieron el encanto antañón de la elegante estación balnearia, con sus casas frente al mar. Dinard tal vez exhibiera los restos de un pasado fasto, pero también atraía a la juventud esnob, a juzgar por los coches deportivos con los que se cruzaron. Cenaron en un sublime restaurante Belle Époque, cuyas plantas de la entrada reproducían los colores de los suntuosos mosaicos murales. Aunque Georges y Charles no se sintieron del todo cómodos al principio, al finalizar la velada se sentían como en su casa, gracias a la buena carne, la buena compañía y el afable patrón que se acercó a saludarles.

Se separaron como amigos para siempre y se prometieron volverse a ver muy pronto. Charles y Georges llegaron tarde a su hotel de Saint-Malo y se acostaron enseguida. Cuando estaba leyendo el último esemese que había enviado Adèle, donde le hablaba del rodaje, advirtió que había olvidado comprar el libro de Agatha Christie y al día siguiente era domingo. No importaba, lo compraría en Nantes. Nantes, donde vería de nuevo a Ginette. Pensó otra vez en su esemese; se sentía turbado como un adolescente. Hizo una mueca y se puso la almohada sobre la cabeza. Decididamente, era demasiado viejo para todo aquello.

Domingo 5 de octubre
Saint-Malo – bosque de Paimpont

(Ille-et-Vilaine)

Georges, aquel día, en Saint-Malo, solo lamentó una cosa, que no fuera el 16 de octubre: para aquella fecha estaba prevista una marea de 104, una grandísima marea. Prometía ser espectacular: unos fuegos artificiales de agua y espuma que se arrojarían contra la piedra y el viento. Con la bajamar, podía explorarse la costa arenosa, con sus bancos y sus rocas. Era el reino de los cangrejos, generalmente cubierto por el mar. Primero le explicó todo eso a Adèle, por esemese, y luego a Charles, mientras paseaban por el frente marítimo.

Con un coeficiente de ochenta y tres, el espectáculo valía ya la pena. La hilera de casas puntiagudas, el mar agitado, el cielo tormentoso, los árboles inclinados, esculpidos por el viento, todo Saint-Malo exponía una incomparable paleta de grises. Aquí el Atlántico se unía a la Mancha; Charles habría apostado a que el encuentro no fue precisamente amistoso.

En vez de visitar la ciudad vieja, en el interior de las murallas, prefirieron un paseo del lado del dique. En el gran puerto, almorzaron admirando el incesante ballet de los barcos pesqueros, mercantes y de guerra.

Se pusieron de nuevo en marcha y llegaron al bosque de Paimpont poco antes de las cuatro de la tarde. Charles quería visitar el museo Louison-Bobet antes del cierre. Pero Georges no lo veía del mismo modo: quería ver el mítico bosque de Brocéliande. Charles se engalló: la leyenda artúrica era muy bonita, los sotobosques románticos, el espíritu de los druidas y todo el paripé, pero remoloneaban, remoloneaban e iban a perderse el museo Bobet.

Finalmente, Georges decidió que, siendo así las cosas, iban a separarse. Él tomaría el volante —solo esta vez—, dejaría a Charles delante de su museo e iría a admirar los *auténticos* tesoros de la región. Charles aceptó y no volvieron a hablarse hasta que se separaron, en Saint-Méen-le-Grand, ante el famoso museo Louison-Bobet. Dos horas más tarde, se encontraron en el mismo lugar. Georges dejó el asiento del conductor a Charles y siguieron poniendo mala cara, con notable empecinamiento. Se acostaron sin cenar pues no deseaban compartir su comida, aunque no se atrevieran a privar al otro del coche, e ignorando lo que cada cual había hecho, solo, durante dos horas. No supieron que habían hecho exactamente lo mismo.

Lunes 6 de octubre

Bosque de Paimpont (Ille-et-Vilaine) – Nantes (Loire-Atlantique)

Charles bajó a la sala del desayuno; sus huesos crujían, le dolía la espalda y había dormido mal. El colchón era realmente malo, tendría que decírselo a la recepcionista. —En fin, se marchaban por la mañana, era inútil montar un follón. Cuando llegaba a la planta baja, llamó su atención el melodioso canto de una buena bronca. Y no tenía que aguzar el oído para reconocer la animada voz de Georges.

—Pero bueno —vociferaba Georges dirigiéndose a la recepcionista—, si no pagamos por una buena cama, ¿por qué pagamos entonces? Dígame usted, ¿los cuarenta y siete euros son por las pinturas de las paredes? Porque ignoro si usted lo sabe, pero su casa no es el Louvre sino, más bien, como la plaza del Tertre un día de niebla. ¿O entonces por qué, por el canto de los pajaritos? Porque también en eso la cosa chirría, perdone que se lo diga, pero el jaleo de la cadena del váter no es precisamente muy bucólico. Yo no miro la tele, y comemos como gorriones, de modo que su desayuno... Tendrá usted la bondad de cambiarme el colchón ipso flauto. En fin, ¿cuánto tiempo hace que no han cambiado ese colchón, desde la guerra? ¿La segunda o la primera?

—Oh, señor, ya sabe usted que la crisis...

—¡Esa sí que es buena! Caramba, no sabía que la crisis impidiera dormir a la gente; en fin, está llevando la broma demasiado lejos. Señora, la crisis, la crisis... —dijo agitando los brazos— ¿Y crisis de qué, me pregunto, eh? Jolín, yo se lo diré: crisis del sentido común. ¡Eso es! Y la cosa viene de lejos, déjeme que se lo diga. De modo que, con crisis o sin ella, y antes de que me enfade de verdad, mejor haría meneando el trasero para encontrarme un colchón de primera clase. ¡Con muelles y muletón y todo lo demás! Y preferentemente antes de fiestas. Gracias, señora, hasta luego, señora.

Georges se volvió y estuvo a punto de colisionar con Charles, que le tomó del brazo y le dijo en voz muy baja:

—Pero Georges, nos marchamos esta mañana, te importa un bledo si cambian o no tu colchón ahora...

—Ah no, recuperaré mi sueño retrasado. ¡Haré mi siesta y punto redondo! Nos marcharemos cuando nos marchemos, yo vuelvo a dormir en cuanto esta individua me haya encontrado un colchón como Dios manda.

Fue directamente al bufete y se sirvió un montón enorme de Corn Flakes que pronto desbordó del bol. Era la primera vez que

Charles veía a Georges comiendo cereales, pero se dijo que en la vida hay momentos en los que solo deseas servirte un gran bol de cualquier cosa. Estaban en uno de esos momentos.

Nadie dijo nada durante el desayuno. Georges gruñó un poco y, casi por reflejo, sacó su móvil del bolsillo interior de su chaqueta. Esemesó un mensaje que fue enviado, casi con un ruido seco. Finalmente, sin decir nada, la cosa estaba decidida a fin de cuentas: seguirían hacia Nantes en cuanto Georges hubiera dormido lo pagado. Viajarían de noche, peor para ellos.

Por fin, la recepcionista se dirigió a Georges y le ofreció la mejor habitación, gratis, para lo que quedaba del día, e incluso para la noche si lo deseaba. El ofrecimiento fue debida y dignamente aceptado. Georges probó la cama y la sonrisa le llegó hasta las orejas. Era divina. Charles lo aprovechó para recordarle que tampoco él había pegado ojo. Durmieron pues la siesta ambos en la gran cama doble. Georges indicó a Charles hasta qué punto se tomaba en serio esa siesta poniéndose el pijama a rayas y dejando las pantuflas junto al lecho. Se durmió tras haber enviado otro esemese a Adèle. Le despertó el timbre de su teléfono. Descolgó sin recordar dónde estaba, ni qué hora era.

—Oiga, ¿Georges? Soy Ginette —dijo en un tono risueño.

—Ah, Ginette.

—¿Todo va bien?

—Sí.

—¿No estaré molestando?

—Hum, no.

—Bueno, quería decirte, para mañana...

—Ah, sí.

—Te propongo las doce y media en tu hotel. ¿Te va bien?

—Sí, sí.

—Bueno. ¿Os alojáis aún en el hotel de France?

—Sí.

—Muy bien, a las doce y media pues.

—Sí.

—Entonces hasta mañana, Georges —dijo Ginette con una voz mucho menos animada.

—Hasta mañana, hum, Ginette.

Georges estaba ahora completamente despierto y totalmente perdido. La habitación estaba oscura. ¿Tanto tiempo había dormido? Charles seguía tendido en la penumbra, a su lado. Vio la hora en el móvil: 18.47. Encendió la lamparilla de noche y despertó a Charles. Ambos hombres, alarmados, estaban hambrientos también; desde la víspera solo habían comido el frugal desayuno del hotel. Habían perdido dos comidas en dos días, era absolutamente

necesario rectificar el tiro. Tragaron su cena en silencio antes de volver a la carretera. De todos modos, pensó Georges, no habían enterrado el hacha de guerra desde el follón del museo Bobet y el bosque de Brocéliande. Quedaba feo.

Llegaron al hotel justo antes de la medianoche y se dirigieron a sus habitaciones sin decirse una palabra. Apenas llegado a la suya, Georges deshizo el equipaje, se puso el pijama y se metió de inmediato bajo las mantas. Claro está, le fue imposible pegar ojo. Pero la cosa le venía al pelo pues Adèle tenía un rodaje nocturno y él quería decirle un montón de cosas. Ahí estaban todo Dinard, Brocéliande, el follón con la recepcionista y el follón con Charles para contarle. Salvo que tal vez no dijera nada sobre el follón con Charles, pues no se sentía muy orgulloso de ello. En todo caso, el abuelo y la nieta pasaron la mitad de la noche esemesándose. Un esemese de Adèle caldeó especialmente el corazón del anciano:

Adèle 07/10/2008 03:14

Rodaj nctno difíc y sltrio, gracias yy x psr noxe cnmigo.

(Rodaje nocturno difícil y solitario, gracias yayo por pasar la noche conmigo.)

Lo miraba mucho tiempo después de que se hubieran deseado buenas noches.

Martes 7 de octubre

Nantes (Loire-Atlantique)

Georges se levantó muy tarde; Charles no había ido a buscarle —visiblemente le ponía aún morros, lo que convenía a Georges, que había podido recuperarse después de su noche (casi) en blanco, y pudo así prepararse para su cita con Ginette. Por lo demás, había olvidado avisar a Charles de que su hermana llegaría a las doce treinta. Jolín. Eran casi las once, llamó a la recepción.

—Buenos días, señora, quisiera dejar un mensaje para el señor Charles Lepensier, por favor.

—Sí, no cuelgue, le paso con su habitación —dijo una joven cortés.

—No no no —se apresuró a añadir—, no quiero molestarle, solo quiero dejarle un mensaje.

—Muy bien, señor.

—Bueno, ¿podrá decirle que el señor Georges Nicoleau le ha comunicado que Ginette estará en el hotel, hoy, a las 12.30?

—Muy bien, le dejaré el mensaje.

—Gracias, señora; adiós, señora.

A las doce y cinco estaba duchado, lavado, afeitado, vestido, perfumado, con la gorra desempolvada, las gafas limpias y los zapatos lustrados. En fin, estaba dispuesto a salir, pero tenía que esperar casi media hora aún. Se sentó en la cama, quiso encender la televisión, pero el aparato era complicado, con todas aquellas cadenas que él no tenía en casa, no era lo mismo.

En casa... Le parecía tan lejos su casita de Chanteloup. Comenzó a pensar en las razones por las que había emprendido aquel Tour de Francia, que le parecían bastante sombrías ahora. Pero barrió muy pronto aquellos pensamientos de su cabeza; ya tendría tiempo de pensar en ello más tarde. De momento, tenía que concentrarse en esperar la cita con Ginette.

A las doce treinta, estaba sentado en una mesa del restaurante y manoseaba las puntas de su servilleta. Se había sentido molesto cuando el maître le había preguntado: «¿Una mesa para cuántos?» Se dijo que a fin de cuentas sería más correcto tomar una mesa para tres, aunque ahora esperaba que Charles no acudiría. No porque no soportase su compañía, a fin de cuentas no estaban enfadados hasta este punto. Pero habría descubierto enseguida que Georges estaba nervioso, y eso le molestaba. Porque sí, estaba nervioso como un adolescente. De modo que, en este terreno, la lección nunca se aprende. O tal vez estuviera algo oxidado en los asuntos del corazón, pensándolo bien habían pasado casi sesenta años desde su última cita galante.

Ginette llegó a las doce y treinta y dos. A Georges le pareció más femenina aún que la última vez. No habría podido decir qué había cambiado, el maquillaje tal vez, o el peinado, en todo caso el resultado era estupendo. Llevaba una blusa rosa pálido, un hermoso collar de perlas y una chaqueta de corte bastante moderno, de lana roja, que ponía de relieve su tez bronceada. Se dieron un beso. Georges le apartó la silla, como un verdadero *gentleman*. Quiso explicar la ausencia de Charles con la historia del mal colchón, el museo Louison-Bobet, el mensaje dejado en la recepción, etc., pero cuanto más avanzaba, más parecía aquello una conspiración para estar a solas con ella; finalmente, se lio tanto que Ginette concluyó diciendo: «Ah, comprendo. No importa, sin duda lo veremos esta tarde.»

Por una vez, Georges no encontró nada que decir sobre el almuerzo. De hecho, no le prestó la menor atención. Ni a lo que comía ni a lo que bebía, ni a los clientes, que le habrían parecido pretenciosos, ni a los cuadros colgados de las paredes, demasiado contemporáneos, ni al carro de los postres, demasiado cargado. Solo veía a Ginette. Y a él mismo —sí, era mucho más consciente de sí mismo que de costumbre y eso no le gustaba demasiado. Al llegar los postres, calló y ya no escuchó a Ginette que, por su parte, hablaba mucho. No era que no le interesase lo que tenía que decir, pero él tenía que concentrarse en lo que estaba a punto de llevar a cabo. Decididamente, aquel asunto no era como la bicicleta. Encontró por fin el valor necesario y tomó la mano de Ginette en la suya. Ginette dejó de hablar, luego prosiguió con mayor rapidez aún. Pero abandonó su mano en la de Georges.

Después de los postres, pues, la conversación tomó otro aspecto. Quedaba admitido, por lo tanto, que el gesto de Georges, seguido por la aceptación de Ginette, cambiaba radicalmente los datos. Podían, si lo deseaban, hacer proyectos juntos, siempre que siguieran siendo modestos. Esta fase era extremadamente peligrosa: un proyecto demasiado ambicioso y les habrían acusado de tomarse las cosas excesivamente en serio; en cambio, si no había proyecto alguno, parecerían tomarse las cosas demasiado a la ligera. Georges se sentía tan cómodo como un equilibrista debutante con sus reumatismos. Afortunadamente, Ginette encontró la medida adecuada. Insistió primero en el hecho de que su agenda estaba excesivamente cargada, entre los amigos que recibía en su casa y las invitaciones con las que la correspondían, no paraba. En el torbellino de sus compromisos, había de todos modos un agujero tranquilo, durante el que permanecería una semana sola en casa. Y no haría demasiado frío aún, dado que era la siguiente semana. Se distraía, le dijo a Georges, con largos paseos por la playa y los

pinares. Desgraciadamente, Georges era lento en reaccionar. Necesitó algunas alusiones más, cada vez menos sutiles, para comprender —o, más bien, para estar absolutamente seguro de que comprendía— que ella le invitaba a Notre-Dame-de-Monts la semana siguiente.

Aquella invitación caía del cielo. Georges estaba satisfecho de su vuelta a Bretaña. Todo aquello que deseaba ahora era posarse en un lugar confortable, aprovechar los años que le quedaban y mandar esemeses a su nieta. Si Ginette formaba parte del cuadro, la oferta se volvía absolutamente irresistible.

Georges y Ginette pasaron la tarde merodeando por las calles de Nantes. Para Ginette era un placer ser el guía de Georges. Le mostró el barrio de la catedral, con sus tortuosas callejas. Pasaron ante el museo de Bellas Artes, pero Georges advirtió que no era un gran aficionado a los museos. En cambio, insistió en que fueran a echar una ojeada al palacio de justicia, del que había visto una fotografía en una de las revistas de la habitación del hotel. Tomaron un taxi y llegaron ante un gran edificio contemporáneo de metal negro, cemento y cristal que, contra todo lo esperado, impresionó mucho a Georges, a quien Ginette había imaginado más bien clásico en sus gustos arquitectónicos. Fiel a su reputación, Georges lamentó de todos modos que los detalles hubieran sido despachados a toda prisa. Exploraron largo rato el edificio y Georges lo aprovechó para compartir sus conocimientos de construcción e ingeniería. Ginette, dócil, escuchaba. Desde lo alto del palacio, pudieron gozar de una vista sin par sobre Nantes y el Loira que se apretujaba a sus pies, en remolinos de color lodoso. Al anochecer, llamaron al hotel con el móvil de Georges para saber si Charles había regresado, sin éxito. A dos pasos del cours Saint-André, un paseo flanqueado por elegantes edificios, clásicos y sobrios, encontraron un pequeño restaurante gastronómico que servía una cocina refinada en un marco acogedor. Y la primera jornada de su naciente romance concluyó con la decadencia embriagadora de un chocolate en melosa ganache.

Georges se sentó en el borde de la cama, en aquella gran habitación de diseño contemporáneo y tarifas prohibitivas. Era de noche. Había enviado su pequeño esemese vespertino a Adèle, pero no se había extendido sobre sus actividades de la jornada. Estaba baldado tras su escapada. Ginette había regresado a Notre-Dame-de-Monts, a una hora de allí aproximadamente. Suspiró. Al menos el hotel era confortable. Le había hecho mucha falta el confort desde su partida. La habitación de Auray había sido agradable. La del bosque de Paimpont, la segunda, también, casi. Y luego, ah, la

habitación en casa de Ginette. Aquella había sido la más confortable. Y al menos allí el desayuno era sociable, sonoro. Esa enloquecida epopeya era a fin de cuentas muy fatigosa. No se había recuperado del todo aún de la noche en el bosque de Paimpont y se sentía muy cansado. Con el corazón más bien ligero, es cierto, pero con el cuerpo fatigado. Muy fatigado. La oferta de Ginette le venía al pelo.

Georges pasó la velada sentado en su cama, meditando sobre aquella aventura. ¿Cómo habría podido olvidar las razones que había tenido para partir? Había esbozado su plan durante tanto tiempo, a solas; y el paquete envuelto en papel de embalaje, allí, debajo de los calcetines de recambio, se las recordaba cada vez que hacía y deshacía la maleta. Estaba dando aquella vuelta para escapar de la cruel lentitud del tiempo. Para dar prisa al destino. Para terminar de una vez.

Pero eso era antes. Antes de Ginette, antes de Adèle, antes de Bretaña y sus inesperados paisajes, antes de sus *picnics* con Charles, antes de descubrir restos de alegría en su corazón a pilas. Antes. Antes, pensaba que la botella estaba vacía. Pero sabía muy bien, ahora, que quedaban algunas gotas. Más aún, a lo mejor. De modo que mejor compartirlas, tranquilamente, sin apresurarse. Sin apresurarse.

Georges decidió pues dejar ahí el Tour de Francia. Ese abandono hubiera tenido que sonar como un triunfo.

Miércoles 8 de octubre

Nantes (Loire-Atlantique) – Cholet (Maine-et-Loire)

Georges se tranquilizó al ver a Charles en la sala del desayuno; había acabado preocupándose. Charles le dijo con una sonrisita que había recibido el mensaje, pero que había preferido dejarles solos. Georges le sonrió a su vez. No valía la pena cargar las tintas.

En cambio, lo que Georges tenía que decirle a su compañero, y se había repetido buena parte de la noche, no acababa de salir. Además, no quería que Charles pensara que era consecuencia de aquella estúpida pelea en casa de Louison Bobet. Había que ir con pies de plomo.

—Hum, bueno. Charles, tengo algo que decirte. ¿Sabes? Creo que voy a dejarlo aquí.

—Ah caramba —dijo Charles que se había puesto rígido en su silla.

—Sí, la aventura está bien, pero no es fácil para mis viejos huesos. Debo parecer un vejestorio, así, y me molesta abandonarte de ese modo pero, a veces, tienes que escucharte, palabra, y ahora me digo que no vale la pena seguir cuando te faltan las ganas. En fin, es un modo de hablar. Se trata sobre todo de que me falta el resuello. Ya sabes, hace varias etapas que me digo que debo parar. Ya no sigo el ritmo.

Charles no se inmutó.

—Y voy a decirte una cosa, Charles. De aquel bosque de Brocéliande, ¿sabes?, no vi nada. Di una cabezada durante dos horas en el aparcamiento del Atac de Saint-Méen. Y además no dormí bien, porque nos habíamos enfadado.

—Es curioso que me lo digas —respondió Charles tristemente —. Tampoco yo vi nada del museo, estaba cerrado. Cierran los lunes. De modo que también yo me dormí en el café de Sports de Saint-Méen. Y tienes toda la razón, no duermes bien cuando estás... En fin, ya ves. En fin.

Charles parecía más afectado de lo que Georges había imaginado, y eso le incomodó realmente. Charles le dijo, casi en un susurro:

—Es por Ginette, ¿no?

—No solo pero, en fin, sí, también contribuye —respondió Georges tras un instante de vacilación—. Me ha invitado a Notre-Dame-de-Monts. A pasar la semana. Para recuperarme tras los días pasados en la carretera. Han sido unos días muy hermosos, sea dicho de paso. Además, por eso no es vergonzoso respirar un poco.

Charles, como si no hubiera oído estos argumentos, le preguntó dulcemente, casi con lágrimas en los ojos:

—¿Y no habría modo de pasar esta semana después de la última etapa? ¿O antes incluso, pero haciendo aún un trecho más?

Era la primera vez que Georges advertía la vulnerabilidad de Charles, aquel buen Charles con sus grandes manos de campesino, y eso le turbaba profundamente. Algo se le escapaba. Por primera vez desde hacía años, no comprendía a su vecino, y no supo qué decirle.

—Ya sabes, Charles, bueno, no buscamos el maillot amarillo —aventuró.

Extrañamente, las frases que había repetido en su cabeza la víspera sonaban a falso. Charles permaneció silencioso largo rato, inclinado sobre sus tostadas. Finalmente, soltó en un tono solemne, casi despectivo:

—Ginette no lo sabe. De haberlo sabido no te habría invitado a pasar esa semana.

La observación cogió a Georges por completo desprevenido.

—¿Qué quieres decir, Charles? —balbuceó—. No le he ocultado nada a Ginette; además, no tengo nada que ocultar a nadie...

—Quiero decir que... ella ignora por qué estoy aquí.

—Pero bueno, Charles, veamos; estás aquí porque tenías un proyecto de chiquillo y todos tenemos derecho a tener proyectos de chiquillos y a realizarlos a los ochenta tacos, ¡no es vergonzoso, muy al contrario! Pero bueno, hace dos semanas, precisamente, que estamos haciendo el chiquillo y me duele comprobar que mis patas no aguantan ya y que no rechazaría una pequeña pausa... para proseguir después...

—No, Georges —le interrumpió Charles—, no estoy aquí por eso. Claro que sí, tenía ese proyecto desde hacía una eternidad, pero bueno, eso no importa, cualquiera serviría, los proyectos no faltan. Pero estoy aquí porque necesito...

Se detuvo un momento y prosiguió de un tirón.

—... porque te necesito y necesito este Tour y ver mundo y ver cosas porque, Georges, mi cabeza está enferma. Es la enfermedad de los viejos, Georges, la *degeneración*, y por más que todo el mundo te machaque los oídos con eso y te diga que así es la vida y que no pasará nada, créeme, cuando llega es una verdadera mierda. Y no hay medicamentos, no hay nada salvo el manicomio y grandes agujeros negros antes. Lo único que queda entonces, todos los médicos lo dicen, es hacer funcionar la cocorota. ¿Cómo? Con los crucigramas, dicen, y se lo dicen a todos los vejestorios porque los vejestorios solo sirven para hacer crucigramas. Pero voy a decirte una cosa, se necesitan crucigramas, y sopas de letras, y frases cifradas, fragmentadas, mezcladas, y sudokus y todo el arsenal, se necesitan para seguir viendo claro ahí dentro, y se necesitan más de los que el *TéléStar* imprimirá nunca. Y a mí me asquean ya los

crucigramas, no puedo ni olerlos, conozco todas las palabras, todos los «tas», los «oda», los ayuntamientos de dos letras, ¡ah!, podría hacer concursos de crucigramas. De acuerdo entonces, está el remigio y el huerto, y las Cifras y Letras y el Scrabble, si les escucharas te pondrías a hacer macramé. Pero todo eso, Georges, no es bastante ya... No es bastante... Está eso que me roe la cocorota y que lo borra todo, que se come los recuerdos, los rostros, incluso mi comedor y los nombres de los pequeños... Ya no sé todo lo que sabía. Me falta la mitad de todo lo que he visto, y me acojona que todo se largue de pronto, blam, telón, ¿y qué quedará de mí entonces? Estaré vacío como una vieja cáscara de nuez, con nada dentro, nada, porque ¿de qué sirve ser viejo si no tienes ya recuerdos? ¿Qué vale la vida cuando ya no hay nadie dentro porque todos los compañeros y toda la familia y todos los hijos se han borrado? La vida no vale nada, Georges. Nada. Así están las cosas. Todo lo que encontramos con Thérèse es esto, es el Tour de Francia. Cambiar cada día de paisajes, ventilarme las meninges, conocer a gente, aprender cosas... Y además realizar un viejo sueño de chiquillo, de modo que, como comprenderás, entre eso y los crucigramas... Al principio apenas lo creíamos, porque tú no parecías muy embalado, de modo que preferimos no empeñarnos demasiado. Pero ahora..., ahora estamos en ello... Quizá no sirva de nada, me dirás tú, quizás ahí dentro todo seguirá apagándose poco a poco y no hay nada que hacer. Pero quizá no, quizá funcione. Thérèse lo cree. Y luego, yo no sé si lo creo o no, pero, qué quieres, si la cosa no beneficia, tampoco perjudica. ¡Oh, mierda! Además sí que lo creo, porque creerlo sienta bien. Ya está. ¿Sabes, Georges? Ginette no sabe todo eso. Que su hermano menor está perdiendo la chaveta como los viejos. De lo contrario... no te habría ofrecido lo de Notre-Dame-de-Monts.

Charles calló. Georges permaneció silencioso, tenía la garganta seca. ¿Por qué no lo había adivinado antes? El surtidor de gasolina, claro está, hubiera debido sospecharlo. Y lo de las basuras en Châteauneuf-du-Faou... Y también otras cosas antes, ahora que lo pensaba, el día en que no sabía ya cómo se hacía la tisana, y otros momentos así. Y ahora comprendía por qué Charles no hablaba ya del Tour, cuando nadie le ganaba contando anécdotas. ¿Qué podía decir? Que lo del Tour era muy bonito, ¿y luego qué? ¿Ir a dar la vuelta al mundo? La tierra no era tan grande en los días que corren, acabaría muy pronto... ¿Iba a lanzarse al camino como un gitano hasta el fin de sus días? ¿Separado de sus parientes más cercanos, para no olvidarlos? Charles tenía razón, se habla mucho de esa degeneración mental, pero nada se sabe de ella. Solo le ocurre a los demás. Y ahora veía a Charles condenado, acunado por las

ilusiones. Ese Tour de Francia se volvía absurdo. Cómo le hubiera gustado ser de carácter optimista en aquel momento, cómo le hubiera gustado creer en lo que su amigo decía, creer en su curación y, ya puestos a ello, ¡joder!, creer también en Dios, para que hiciera un milagro, solo para su colega.

Charles rompió el silencio.

—Voy a decirte algo más, Georges: sienta bien habértelo dicho, fíjate. Porque, además, cuando hay que ocultarlo... ah, entonces... En fin, ya sabes, te he contado todo eso para decirte que, bueno, Ginette te hizo la invitación sin saberlo. Pero por lo de tus dolores, ¿qué quieres? No se puede hacer nada. No se puede hacer nada.

Pasó largo rato antes de que Georges encontrara el valor de responderle.

—Sí, se puede.

Aquella misma tarde comenzaron la etapa 3. Y esta vez llegarían hasta el final.

—¡Y el Tour se pone en marcha, dice el tipo de la radio! —exclamó alegremente Georges abrochándose el cinturón de seguridad.

Los dos compadres se pusieron en camino con un ardor que no habían sentido desde el primer día, y aún, el primer día se reían mucho menos. La revelación de Charles había marcado otra etapa en su larga amistad. Por lo demás, ahora podían decir sin avergonzarse que eran *amigos* y no ya *vecinos*. Charles se sentía visiblemente aliviado al haber compartido aquella angustia con Georges. Había hablado también largo rato por teléfono con su hermana. Había sido un golpe duro para ella, pero estaba de acuerdo en que debía hacer que la sesera trabajara. De modo que Georges no iría a Notre-Dame-de-Monts, pero ella le esperaba sin falta para noviembre. Y con buen humor, por la carretera Nantes-Cholet, Georges comenzó a silbotear *Y'a d'la joie*, la canción de Trenet que había acunado su juventud. Charles le acompañó, desafinando un poco es verdad, pero el resultado era muy alegre. Y de pronto, las palabras salieron solas de la boca de Charles: «Milagro sin nombre en la estación Javel / Se ve al metro saliendo de su túnel / Borracho de sol de canciones y de flores / Corre hacia el bosque, corre a toda mecha / Hay alegría buenos días buenos días golondrina.»

Y así hasta el final de la canción. Procedían de muy lejos, estas palabras, y llegaban como un nuevo impulso que arrastraba por completo al hombre. Justo antes del último estribillo, Charles, encantado y con falsa modestia, dijo:

—Oh, ya no me acuerdo de lo demás...

—Ah, ¡no está del todo mal! —exclamó Georges— ¡Lo ha hecho todo a pecho y es un buen trecho!

Charles hizo una pausa de algunos segundos, y exclamó:

—¡Brambilla! ¡Pierre Brambilla! ¡El Tour del 47!

—¡Bingo!

—Vamos, ¡No está todo perdido! ¡Hay todavía un buen montón bajo mi gorra!

El itinerario del Tour les devolvía, lenta pero directamente, hacia su región. Pasaron la velada y la noche en Cholet, en casa de una pareja amiga de Charles. Tras aquella espantosa jornada, Charles pudo relajarse charlando largo rato y alegremente con sus amigos, mientras que Georges se retiró pronto, alegando dolores diversos y variados. En verdad, había acumulado un considerable retraso en sus esemeses a Adèle y lo recuperó ampliamente mandándole seis, que contaban los acontecimientos de los dos últimos días, desde la visita de Nantes hasta las revelaciones de Charles. Naturalmente, hablaba de Ginette, sin desvelar demasiadas cosas, pero Adèle leería entre los píxeles. Y puestos ya a ello, mandó también un esemese a Ginette. Ninguna de sus mujeres le respondió de inmediato. De modo que, una golondrina no hace verano, apagó su teléfono, se puso los tapones y durmió el sueño de los justos.

Jueves 9 de octubre
Cholet (Maine-et-Loire) –

La Celle-Guénand (Indre-et-Loire)

Qué dulces eran esas carreteras que iban a Bressuire, Mauléon, Les Herbiers, Thouars. Eran las que habían recorrido durante toda su vida. Los nombres resultaban familiares, se sentían bien. Era como si todo fuera a su medida, sabían qué pan iban a encontrar en las panaderías. Podían decir los nombres de los cultivos, los árboles, las malas hierbas incluso. Había los mismos periódicos en el quiosco, y los mismos viejos discutiendo en el semáforo. Los monumentos a los muertos en las aldeas llevaban apellidos que sin duda reconocerían, las familias seguían viviendo por allí. Georges y Charles miraban con ojos nuevos, y enternecidos, lo que habían visto toda su vida. Pero solo ahora le prestaban atención. Pasaban tan cerca de su domicilio que Charles y Thérèse se habían arreglado para verse. Sabe Dios cómo se lo habían montado para organizarse —se dijo Georges, pues Charles no tenía teléfono móvil. Georges, para pagar a Charles con la misma moneda, propuso dejar solos a ambos, como enamorados, y se instaló en un pequeño bar del centro de Thouars que ofrecía un menú a siete euros. Había otros viejos instalados allí; el patrón, con un trapo al hombro, discutía con un tipo del lugar encaramado a un taburete. Teóricamente estaba prohibido fumar, de modo que iba y volvía hasta la puerta de entrada, ahumando de paso a todo el mundo.

Naturalmente, Georges tomó su móvil para entretener las manos y pasar el tiempo. Había recibido varios esemeses de Adèle y uno de Ginette. Dos ancianos, inclinados sobre su vaso Duralex, le interpelaron.

—Bueno, muchacho, ¿jugamos al esemese como los jovenzuelos?

—Claro, cómo no —respondió cortésmente Georges—. Ya saben lo que es una nieta.

Y se sumió de nuevo en la lectura del esemese, pero los dos ancianos tenían el humor puñetero.

—Oh no, yo no che qué es, y no tengo ganas de chaberlo. Chi hay que ponerse a todo lo que hacen los jóvenes, chólo para poder dirigirles la palabra, cuando... los jóvenes, ahora, no pueden andar cien metros sin clic clic clic clic clic clic clic clic clic.

E imitó la frenética escritura de un esemese. Antes de que Georges pudiera decir que el discurso le parecía familiar, la patrona le sacó del embrollo susurrándole, cómplice:

—Le pondré en la sala del restaurante, en el primer piso, estará

más tranquilo.

Era bonita aquella sala, con su gran tapiz en la pared. La propietaria despejó la mesa, se llevó la plancha que había dejado junto a la ventana y le puso un vaso y cubiertos.

Pudo finalmente consagrarse a sus esemeses. Ginette hablaba del tiempo que hacía, Adèle se quejaba de sus horarios de trabajo. Ginette había ido a visitar a una amiga en Sables-d'Olonne. Adèle temía haberse resfriado. Ginette había decidido empapelar de nuevo la cocina, antes de noviembre. Adèle no estaba ya resfriada, gracias. Noticias sin gran interés, en suma. Nada esencial. Y pensar que había necesitado ochenta y tres años para que le gustara leer noticias sin interés.

Algo más tarde, Charles se reunió con Georges, le transmitió el beso de Thérèse y se pusieron en marcha. Prosiguieron hacia Le Grand-Pressigny, que había visto pasar el Tour, y La Celle-Guénand, que no lo había visto pasar, pero que ofrecía una noche en un magnífico castillo del siglo XVII por cuarenta y cinco euros. Charles y Georges quedaron admirados ante los paisajes de aquella Touraine inspirada por el otoño, los colores pastel de los campos, grises y anaranjados, los tejados de pizarra, las nubes que se deslizaban como humo, la verde abundancia de los bosques, los girasoles secos que inclinaban su cabeza marrón como niños castigados. Georges no lamentaba haber proseguido el Tour.

Hacía ya mucho tiempo que se sabía que Georges tenía medios, y Charles no tantos. Y aunque fuera un hecho conocido por lo que se refería a Georges, Charles nunca se había acostumbrado a ello. Se sintió pues especialmente orgulloso de invitar a Georges al restaurante, aquella noche, en el Petit-Pressigny. Y no a un restaurante cualquiera: a uno que estaba en todas las guías. La Michelin, por lo demás, le había concedido su prestigiosa estrella y alababa su «panceta campesina, picadillo de col, morcilla negra y crujiente lechón». No es que Charles quisiera dejar pasmado a su compañero, pero los dos turistas no habían tenido, realmente, la oportunidad de celebrar su epopeya salvo por el *kir* tibio de Guéméné. De modo que, con salero y un no disimulado placer, Georges aceptó la generosa invitación. Pasaron una velada memorable, pues los sabores de la cocina y de los vinos contribuyeron a la euforia producida por los últimos acontecimientos. Ambos amigos fueron los últimos en salir del establecimiento. Y felices.

El sol, al día siguiente, nunca hubiera debido salir.

Viernes 10 de octubre
La Celle-Guénand – Loches

(Indre-et-Loire)

Cuando Georges corrió las viejas cortinas de su habitación en el castillo de La Celle-Guénand vio que el tiempo volvía a ser bueno. Hacía frío, pero el cielo estaba inmaculado y la luz jugaba como el oro reciente de los árboles. No había dormido muy bien, la ropa de cama era vieja, pero esta vez no diría nada. La propietaria era una dama deliciosa, elegante y delgada, y mayor que él aún. Se ocupaba personalmente de su castillo y de la docena de habitaciones que alquilaba. Debía de ser un trabajo de tomo y lomo. Todo estaba remendado, descolorido y ajado, pero a Georges no le costaba ver que todo había tenido empaque, algún día, antes. Incluso la moqueta de la habitación había tenido un pasado glorioso. La propietaria la había conseguido, gracias a unos conocidos bien situados, en una de las remodelaciones del Ritz, en París.

Georges llegaba con retraso al desayuno, servido en la sala de armas, dos pisos más abajo. El castillo tenía una magnífica escalinata, original, de piedras desgastadas por el tiempo. El sol que entraba por uno de sus grandes ventanales deslumbró a Georges, que, sin ver ya dónde ponía los pies, resbaló allí donde el peldaño era más estrecho. El resto del cuerpo siguió, pero Georges no recordaría cómo ni en qué orden.

Cincuenta y ocho minutos más tarde, llegó al centro hospitalario de Loches, donde el médico que se encargó de él, aunque divertido por la historia del Tour de Francia, fue muy claro: el Tour se acababa aquí.

La llegada de la bandeja con la comida despertó a Georges. Tras un segundo de respiro, le asaltó el dolor. ¿Era el anochecer o el amanecer? No, el anochecer. La enfermera le subió la cama. Estaba débil y se sentía tan pesado como el plomo. Le costaba respirar. Tenía una perfusión puesta en su brazo y algunas máquinas parpadeaban junto a él. Estaba solo, realmente solo. Su móvil no estaba en la mesilla de noche. En la puerta estaba clavado un pequeño impreso, «Teléfonos móviles estrictamente prohibidos». Ni siquiera tocó la bandeja de la comida. Tomó las píldoras del pastillero, y reconoció en una de ellas un somnífero, volvió a bajar la cama con el mando a distancia que colgaba de ella, apagó la luz y dejó que los medicamentos adormecieran todo lo que le dolía.

Domingo 12 de octubre

Loches (Indre-et-Loire)

Adèle colgó. Thérèse, la esposa de Charles, el compañero del Tour, acababa de comunicarle que su abuelo estaba en el hospital, en estado crítico. Sería desastroso para su carrera faltar algunos días al rodaje, tal vez no la recomendaran. Pasó unos minutos reflexionando, luego prevaleció el sentido común. Alguien serviría el café y se encargaría de todas aquellas tareas idiotas. Ella iría a ver a su abuelo, punto y aparte. La directora de producción comenzó negándose, pero cuando comprendió que Adèle no pedía una autorización sino que daba un preaviso, le pidió que estuviera de regreso lo antes posible. Sería difícil encontrar otra becaria tan rápidamente. Por primera vez, Adèle pensó que tal vez fuera más útil de lo que había creído.

Viajando de noche tanto a la ida como a la vuelta, podía perderse una sola jornada. Tomaría el tren hacia París el lunes por la noche, dormiría unas horas en el futón de una amiga parisina, acudiría pronto a la estación Montparnasse y llegaría a Tours por la mañana, allí tomaría por fin el TER hacia Loches. Estaría en el hospital a la hora del almuerzo. Tendría solo unas pocas horas. Debería tomar el tren hacia París al anochecer. En esa única visita, tendría que encontrar el valor de decirle a su abuelo lo que había repetido y rumiado desde la víspera. Le bastaría con encontrar el valor.

De todas las miserias que Georges tenía que soportar, una era la peor y por completo nueva: no poder recibir sus esemeses. No se sentía aislado del mundo, sino privado de un gran placer. Y con mono de poesía también, y lejos de su nieta y de Ginette. Por lo demás, el médico había pasado por la mañana y le había avisado de que le esperaba una larga jornada salpicada de tests, radiografías y exámenes. Iban a pasearlo de servicio en servicio hasta el anochecer. Tenía que encontrar un modo de recuperar su móvil.

En aquel momento, un auxiliar, negro, entró para llevarse la bandeja de la comida.

—Óigame usted, señor —le pidió Georges—, tendría la amabilidad de pasarme mi paletó, allí, creo que tengo mi teléfono en el bolsillo.

—Ah, ya sabe usted que los móviles no están permitidos en el hospital. Qué coño, le diré una cosa, son unos puñeteros. Ni siquiera el personal tiene derecho a ello. Pero han debido de transferir sus llamadas a su teléfono. Su familia puede llamar allí.

—Oh, no es lo mismo, ¿sabe usted...?

—Lo sé, lo sé muy bien... Bueno, le echaré una mirada a su chaqueta de todos modos, ¿dónde está?

—Ah, gracias. Está ahí, en el bolsillo de la izquierda. ¿Está encendido?

—No, está apagado.

—Ah.

—Yo también tengo uno, ¿sabe usted? Mi mujer dice a menudo que no sabe cómo vivíamos sin eso, antes. Y yo le digo: ¡Pues vivíamos muy bien!

—Ah, ya lo creo —mintió Georges.

—Yo tuve que comprar uno para buscar trabajo, era más práctico, en el INEM me lo dijeron. Oh, y además resulta muy práctico para llamar a la amante.

Georges se preguntó si lo había oído bien. El rostro del hombre se iluminó:

—¡Ah, le he tomado el pelo! —Y se rio con una risita aguda que no cesaba—. Me ha creído usted, ¿eh? ¡Ji ji ji ji ji! Para llamar a la amante, ¡ji ji ji ji!

Efectivamente, el enfermo había olvidado sus máquinas y sus tubos durante unos segundos.

—Bueno, señor, no quiero retrasarle con mis historias —acabó diciendo Georges con aire contrito.

—Oh no, aquí he terminado mi servicio. Pero me gusta hablar con mis pacientes.

A Georges le pareció algo extraño que un auxiliar hablara de los pacientes como si fueran suyos. Se sintió muy molesto cuando el hombre dijo:

—Yo era médico en África, hace tiempo; en fin, eso era antes...

Georges se dijo que debía de resultar duro estar haciendo limpieza tras haber sido médico.

Pero el hombre prosiguió:

—¿Quiere que le diga una cosa?, estoy mejor aquí, sobre todo con las RTT, ¿eh? ¡Ji ji ji ji!

—¿Y es usted de Loches? —Una familia africana no debía pasar desapercibida en aquellos parajes.

—No, de Chaumussay. Tenemos una casita en Chaumussay, es un pueblo muy bonito. Como supondrá, somos los únicos negros de la aldea, pero todo el mundo está acostumbrado ahora, salvo los ingleses, cuando pasan en bici, siempre tienen miedo. ¡Ji ji ji! Por lo demás, soy originario del Camerún.

Hablaron más de un cuarto de hora, y aunque Georges sentía una creciente fatiga física, le estaba agradecido al hombre por hacerle compañía. Y además, no podía hablar con un negro todos

los días.

Al cabo de un rato, terminó pidiéndole algo que le quemaba la lengua.

—Óigame, tal vez le parezca, como decirlo, en fin, es un poco delicado. Me estaba preguntando si... cómo decirlo... cuando se marche para volver a su casa, podría tal vez tomar mi móvil y leer los esemeses en el aparcamiento, donde esté permitido, solo para ver si hay algo urgente, ¿sabe? Y luego me lo dice, en fin, cuando tenga tiempo. Pero solo si no le molesta, claro.

—Ah, no, no me molesta en absoluto, ¡muy al contrario! Mire, si quiere, voy enseguida y vengo de nuevo a verle. Tomaré notas por si hay muchos. Y además, mi memoria, ya sabe usted lo que pasa...

Sus grandes manos secas y arrugadas pescaron sus gafas en el bolsillo de la bata, de donde sacó también un pequeño cuaderno anaranjado con los cantos estropeados y un lápiz de madera que había sido tan afilado que ya solo quedaban unos pocos centímetros. A Georges le pareció chusco: tenía exactamente el mismo en su mono de trabajo, en casa.

Georges le explicó el funcionamiento del móvil y del buzón de entrada, con mucha precisión. El hombre procuró anotarlo todo en su cuaderno.

—Bueno, muy bien, vuelvo dentro de cinco minutos.

Apenas había salido de la habitación cuando entró una enfermera. Hizo su trabajo de enfermera y Georges sintió más el dolor que había olvidado un poco, luego ella se marchó. Cinco minutos más tarde, el auxiliar estaba de regreso blandiendo su cuaderno.

—¡Tiene usted esemeses! ¡Ji ji ji ji!

Sacó de nuevo sus gafas, su cuaderno y comenzó a leer con el aire solemne de la oveja que recita los salmos en la misa.

—Bueno, había cuatro. El primero es de Ginette Bruneau y dice: «El sol ha regresado, he comido en la terraza con una amiga. Pienso en vosotros cuando vinisteis a finales de septiembre. Espero que haga buen tiempo aún cuando vuelvas. Os beso a los 2, cuidaos mucho.» El segundo y el tercero son de Adèle, y eso prefiero que lea usted lo que he copiado, porque todo estaba escrito en abreviación, y yo... Bueno, lo he copiado todo al pie de la letra.

Tendió su cuaderno a Georges.

1. Adèle

Rodaj term trabjmos a1, finde tmb. Piens + y + n vacac nov si no otr pel (¡pagada!) Ht ent no teng tiemp. ¿Cm es cast CelleG?

(Rodaje termina trabajamos aún, fin de semana también. Pienso más y más en hacer vacaciones en noviembre, si no hay otra

película (¡pagada!) Hasta entonces, no tengo tiempo. ¿Cómo es el castillo de La Celle-Guénand?)

2. Adèle

No notiz d ti. ¿Tod b?

(No hay noticias de ti. ¿Todo va bien?)

—En el cuarto, que también era de Ginette, no había texto, solo una foto. Lo que llaman un ememese.

—¿Ah, una foto? Eso es nuevo. ¿Una foto de qué?

—Del mar.

Los dos hombres permanecieron silenciosos largo rato. Georges suspiraba. No sabía dónde estaba Charles, no sabía si debía avisar a Adèle. Tenía otra cosa que hacer que venir a este rincón perdido para ver a su abuelo. ¿Qué debía escribirle? ¿Podía pedir a ese hombre que respondiera por él?

—Puedo responder a sus mujeres, si lo desea —respondió el hombre antes de que Georges hubiera tenido tiempo de decidirse—. Cuando vuelva a mi casa.

—Oh, sí, si usted pudiera... pero no sé qué decirles.

Georges explicó a su interlocutor quiénes eran aquellas señoras y le contó que Charles y él estaban haciendo el Tour de Francia.

—¿El Tour de Francia?

—Ufff... sí, pero no en bici, eh.

—Ya lo sé, no en bici, con las patas que usted tiene, ji ji ji, ¿en coche? ¿Tres mil quinientos kilómetros en coche? ¡Es toda una epopeya! ¿Pasarán por el sur, verdad? Mi mujer y yo siempre hemos querido ir a Saint-Tropez, ¿eh? No, bueno, Saint-Tropez no debe de estar tan bien como todo eso, y además no es para nosotros, ¿eh? ¡Ji ji ji ji! Pero el Tour pasaba por Nîmes, ¿no?

—Etapa 13, Narbonne-Nîmes.

—Y luego por Dignes-les-Bains, lo recuerdo, lo vi en la tele...

De una cosa a otra, los dos hombres hablaron durante casi una hora.

—Bueno, vamos, ¿ha decidido ya lo que quiere responder a sus mujeres?

Georges se enfurruñó. Tras unos instantes de reflexión, escribió cuidadosamente en el cuaderno y se lo dio al auxiliar, que leyó en silencio y volvió a meterse el lápiz, el cuaderno y el móvil en el bolsillo.

—Bueno, me llevo el móvil, ¿eh? Si no vuelve a verme es que lo he vendido por e-Bay y me he marchado a Saint-Tropez, ¿eh? ¡Ji ji ji! No, pregunte usted por Georges.

—¡Ah caramba! También yo me llamo Georges —dijo Georges.

—¡Qué cosas! Las grandes almas se encuentran, no los grandes Georges se encuentran, ¡ji ji ji ji!

Y se marchó riendo. Unos minutos más tarde, el médico entraba en la habitación con malas noticias. Era necesario operar dentro de tres días. Anestesia general.

Lunes 13 de octubre

Loches (Indre-et-Loire)

La puerta se abrió muy despacio ante Charles. Una oleada de tristeza se apoderó de Georges. No podía desprenderse de la sensación de que abandonar la partida era condenar a su amigo. De todos modos, consiguió sonreír.

—Charles.

—Ya vinimos, pero ayer estabas como un tronco.

—¿Quiénes «vinisteis»?

—Thérèse y yo.

—Ah, Thérèse... Ha venido hasta aquí. Qué amable. Bueno, ¿y tú, Charles, cómo va eso?

—Va bien.

—¿Sabes, Charles? Estoy abandonándote.

—No, claro que no.

—Sí, sí, estoy abandonándote y no sé cómo remediarlo. Ya sabes que querría continuar, por ti al menos...

Georges tenía lágrimas en los ojos. Charles no se atrevía a mirarle. Se limitó a palmearle un brazo.

—De modo que van a operarme... —dijo Georges casi susurrando— ¿Sabes, Charles?, hace muchos años que tú y yo somos vecinos. Pues bueno. Ha estado muy bien, ¿sabes?

Georges no pudo continuar, pero Charles sabía perfectamente lo que quería decir.

—Oh, ha habido altibajos, claro —prosiguió Georges.

—Ah, sí. Pero en conjunto...

—Sí, en conjunto... —Georges inclinó la cabeza, mucho rato.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—De hecho, por eso ha venido Thérèse —respondió Charles—. En dos días han ocurrido bastantes cosas. De entrada, bueno, lo he aprovechado para hablar con los médicos de aquí. Ya sabes, desde esta historia del Tour... Funciona, Georges. Oh, cuidado, no es milagroso, pero sé muy bien que funciona. Y los doctores están de acuerdo conmigo. Y Thérèse, por su parte, lo ha visto muy bien. Ya sabes, Thérèse lo ve todo. Y ahí ha visto que funcionaba. En fin, lo cierto es que cuando llamé para decir que habías tenido un accidente vino sin pensárselo dos veces. Y luego hablamos mucho, y ayer por la noche decidimos que si tú no estabas dispuesto ya a hacer el Tour...

—Oh —suspiró Georges— no es que yo no esté dispuesto, amigo, es todo lo demás... Y luego... —Barrió el aire con la mano en la dirección del pasillo donde charlaban las enfermeras.

—En fin, bueno, ya veremos —prosiguió Charles—. Pero en

todo caso... ¿Qué quería decir...? Esta mañana hemos ido al concesionario Volkswagen... Nos hemos comprado una caravana. A todo confort. Viajaremos. Eso es.

—¿Una caravana? ¡Charles! —exclamó Georges sonriendo—. ¿Realmente vais a viajar con eso? ¿Y por cuánto tiempo vais a marcharos?

—El tiempo que haga falta. Sin duda vamos a poner en venta la casa. Bueno, y además, tal vez esté Marcel, ya sabes, Marcel d'Erquy, el tipo que estaba bañándose...

—Ah, ya veo, Marcel...

—Pues bueno, tal vez Marcel y su mujer vengan también con nosotros.

Georges no sabía qué decir. Era un proyecto acojonante. Acabó preguntando:

—¿Y Thérèse está de acuerdo? ¿Estar lejos de sus dalias y sus gallinas no va a molestarla?

—La idea se le ocurrió a ella, Georges.

En la pequeña habitación se hizo de nuevo el silencio. Ambos sonrieron sin mirarse. Georges sintió que las lágrimas subían de nuevo a sus ojos, pero esta vez eran más dulces.

—Tendré que marcharme. Thérèse ha ido a hacer las compras, pero mañana por la mañana pasaremos a verte. Traeré el folleto de la caravana. Bueno, ¿y en definitiva cuándo te operan?

—Pasado mañana.

—¿Has llamado a Françoise?

—He pedido a los médicos que intentaran ponerse en contacto con ella, porque todos esos números exóticos...

—Seguro, ¿eh? —se preocupó Charles.

—Sí, seguro, al final acabarán por encontrarla. E-mail, y todo eso. Bueno, vete Charles, ve a ocuparte de Thérèse y dale un beso de mi parte. Tienes suerte, ¿sabes, Charles?, de tener una mujer como esa.

—Lo sé. Lo sé.

Cuando Charles estaba a punto de salir, Georges le dijo:

—Escucha, si estiro la pata... encárgate de escribir mi epitafio... ¡en larnecem!

Charles sonrió, le indicó con un ademán que dejara de decir tonterías y salió.

Georges se encontró de nuevo solo en su habitación. Seguía doliéndole, pero el peso en su pecho se había volatilizado. Fuera, las nubes corrían tras las hojas muertas que el viento de octubre había sembrado. El teléfono sonó en la pequeña habitación verde. Georges esperó algunos timbrazos antes de descolgar.

—¿Papá? Soy yo.

Martes 14 de octubre

Loches (Indre-et-Loire)

En el corredor del hospital, Adèle se cruzó con un empleado negro que le sonrió, pero sumida en la atención con que miraba los números de las habitaciones, no lo advirtió. Acabó encontrando la 412, llamó con unos golpecitos apenas perceptibles y entró muy despacio. Estaba muy nerviosa. Tenía miedo, miedo de mostrarse cobarde ante el sufrimiento, de no estar a la altura ante aquel anciano que tal vez esta noche no viviera ya. Vio a su abuelo y le pareció enseguida tan viejo... y mucho más delgado que en las últimas fotos que su madre le había enseñado. Pero vio sobre todo que la reconocía y que las lágrimas le subían a los ojos.

Ella habría querido borrar aquellos años de ausencia, y hacer algo, cualquier cosa, que fuera útil y generoso. Pero las ganas de huir para no tener que decir lo que estaba mezclándose ya en su garganta lo dominaba todo. Desde hacía unos días estaba aprendiendo a conocer a su abuelo, y vagos recuerdos infantiles habían vuelto a su memoria. Nada muy tangible, ninguna historia que hubiese podido contar así, ninguna descripción precisa, solo algunas imágenes difusas y, sobre todo, la idea de que había sido niña, de que tal vez ya no lo fuese, y que había pasado momentos felices con ese abuelo, hacía mucho tiempo.

Él se sentía feliz al verla. Tenía el aire sereno. Le tomó las manos en las suyas, extrañamente suaves.

—¿Cómo estás? ¿Has hecho un buen viaje?

—Sí, sí, oh no ha sido muy largo, ¿sabes? —mintió Adèle.

—Bueno, está bien —dijo Georges sin apartar los ojos de su nieta, has sido tan amable viniendo, no hubieras debido... ¿Y tu trabajo, no te planteará algún problema faltar unos días?

—Oh no, además me marcho esta noche. Bueno, ¿y tú, yayo, cómo estás?

—Bien, bien. En fin, creo que no me queda ya mucho tiempo, vamos.

Adèle no supo cómo gestionar aquello.

—Esas cosas no se dicen, yayo, te recuperarás, vas a salir de esta, vamos.

Su abuelo no respondió, agachó los ojos y miró de nuevo a Adèle. Tras unos instantes, dijo:

—Realmente me complace que hayas venido, mi pequeña Adèle. Realmente me complace.

No sabían ya qué decirse. Adèle no soportaba aquel silencio y dijo:

—Ah, tienes tele en la habitación, eso está bien. ¿Es cómodo

esto?

—Ya sabes, Adèle. ¿Cómo decírtelo?... Hay algo en lo que he pensado mucho los últimos tiempos. —Hizo una pausa, volvió la cabeza y su mirada barrió la habitación hasta detenerse en sus arrugadas manos, puestas sobre la sábana—. ¿Recuerdas la vez en que la yaya, tú y yo fuimos a ver el pesebre de Navidad, en Bressuire?

Adèle recordaba en efecto aquel pesebre viviente, iluminado, que le parecía tan grande y majestuoso como una ciudad entera, con miles de lucecitas. Era mágico. El recuerdo llegaba de muy lejos.

—¿Sabes? He pensado muchas veces en eso...

—Es cierto, fue una hermosa velada.

—Regresamos, tu yaya y yo, pero tú no querías dormir. Te había excitado demasiado aquel pesebre de Navidad. Debías de tener ocho o nueve años, ya lo creo, no más. Bueno, pues bien, en aquel tiempo, prefiero decírtelo, la salud de tu yaya nos preocupaba. Más que la mía, que tampoco era estupenda. No es que tu yaya y yo fuéramos desgraciados, pero era un período, diría que... difícil. Y luego tus padres, luego, tenían cosas que hacer y eran las vacaciones, y luego, hija mía, siempre estábamos contentos de tenerte. Pero era un período en que tu yaya y yo estábamos muy cansados. Ya lo sabes, yo he sido siempre un colérico. Oh, se me ha pasado con los años, en fin, es la vida. Por aquel entonces, no había que buscarme las cosquillas. Bueno, en todo caso, ¿qué iba yo a decirte...? Aquel día, cuando regresamos de ver el pesebre de Navidad, tú estabas muy excitada. ¿Lo recuerdas?, no querías acostarte nunca, saltando sobre la cama, dale que dale. Y tu abuela quiso cogerte mientras saltabas sobre la cama y tú le tiraste del pelo. Y yo no lo pensé dos veces.

Hizo una pausa.

—Te agarré y te di una zurra que te puso el culo como un tomate.

Adèle sonrió, recordaba muy bien el pesebre, pero no la zurra. Le dijo a su abuelo, riendo:

—Oh, bueno, sin duda me la merecía, ¡ya sé que no era una niña fácil!

Comprendió que la historia terminaba ahí. Su abuelo tenía la cabeza en sus manos.

—Oh, niña mía, si supieras cómo me lo he reprochado. Ah, en aquella época era más joven y he cambiado mucho, pero me lo he reprochado. Y cuanto más viejo soy, más me lo reprocho.

—Pero abuelo, no recuerdo esa zurra, ¡te lo aseguro!

—Y además, luego, no viniste ya mucho, y cuando eras

adolescente, entonces, prácticamente ya no te veíamos nunca. Y siempre lamenté lo de aquella noche del pesebre. Bueno, en nuestra época a los niños se les zurraba...

Prosiguió; Adèle le dejó hablar. También él se sentía culpable de la larga ausencia. También él pensaba que era por su culpa. ¿Cómo decirle que nada tenía que ver con aquel torpe gesto, del que Adèle ni siquiera se acordaba? Habría sido fácil, sin embargo, explicar su silencio de diez años por una zurra —un pequeño acontecimiento que podía fecharse y analizarse, que tenía un culpable y una víctima. Los psiquiatras no habrían encontrado nada que decir, todo era sencillo, la historia estaría escrita, la zurra sería perdonada y podrían caer el uno en brazos del otro.

¿Pero era cierto? No, claro que no. La verdadera razón era mucho más difícil de decir. Adèle acabó interrumpiéndole y le tomó la mano.

—Yayo, no recuerdo aquella zurra. Te aseguro que es cierto, intento recordarla, pero no... Recuerdo las figuras del pesebre y las lucecitas por todas partes, recuerdo que me pareció maravilloso. Pero la zurra, no...

Se detuvo porque las palabras zozobraban, su voz vacilaba.

—No, ¿sabes?, siento mucho no haber venido antes, pero no era la zurra... es que... no he visto que el tiempo pasaba...

Su abuelo no decía nada ya.

Habría podido responderle, un poco como Irving Ferns: «Oh, el tiempo es pasado, hermosa. Los viejos ven muy bien ese tiempo que pasa, que se lleva a los amigos, aleja a los nietos y hace jugarretas con los recuerdos. Los jóvenes, en cambio, no saben nada del tiempo, invencibles, presurosos e inalcanzables.» Pero no era hora de reproches. Quería pedir perdón por aquel gesto. Lo había hecho.

Ahora le tocaba a Adèle. Y, para eso, tenía que contarle la historia de Irving Ferns.

Martes 16 de septiembre

Londres

Habían contratado a Irving Ferns primero por su físico. Agatha Christie había descrito a su personaje, Arístides Leónides, ochenta y tres años, pequeñajo, feo, pero con un gran encanto que seducía a las mujeres. En resumen, una pesadilla incluso para el más brillante director de *casting*. Resultaba que el señor Ferns tenía poco más o menos la misma edad, era más bien bajo y realmente muy feo. Por lo que se refiere al encanto irresistible, sus sesenta años de experiencia teatral y cinematográfica iban, al parecer, a permitírselo. Irving, como todo el mundo lo llamaba, había hecho una respetable carrera en las tablas y en las pantallas, pero a partir de los sesenta tuvo que limitarse a pequeños papeles en la televisión por unos cachés lastimosos. Tal vez eso explicara la fuerte impresión que produjo en Adèle cuando le recibió al salir de su taxi: todo en Irving Ferns, sus ojos, sus gestos y su cuerpo completo, pedía perdón por no ser ya joven. Silenciosa, desesperadamente, parecía combatir una impúdica vejez. Pero era en balde. Adèle sabía muy bien que su edad iba a aislarle, aquí, entre todos esos jóvenes. Puesto que le costaba andar, ella le había ofrecido el brazo, al comienzo, charlaron de cosas sin interés y, de banalidad en banalidad, Adèle llegó a la conclusión de que aquel hombre vivía solo. El cuello de su camisa era demasiado grande y su enflaquecido pescuezo parecía el de un pollo. En ausencia de sus abuelos, Adèle, como la mayoría de los jóvenes urbanos, no conocía a esas «personas de edad» de las que se hablaba en la prensa. Londres había sido abandonada por los viejos. ¿Se habían marchado o les habían expulsado? En las calles, los jóvenes eran reyes: los trepadores, los *golden boys*, las *it girls*, los *yuppies* y los padres ricos, los inmigrantes, las segundas generaciones, los recién llegados: todos eran jóvenes. Hablar con Irving Ferns era como hablar con un personaje de ficción, directamente salido de un suelto de periódico. Entonces sintió compasión, Irving Ferns recuperó tono bastante para dejar a un lado los tópicos y lanzarse a una conversación muy distinta. Entre ambos, hubo buenas vibraciones. Irving debía de saber que Adèle estaba allí para serle agradable, pero el anciano se tomó la cosa como una ocasión para hablar. Además, la naturaleza afable de Adèle acabó convenciéndole y la invitó muy pronto a un diálogo de corazón a corazón. La conversación, tímida al principio, se hizo más viva. Poco a poco, la diferencia de edad dejó de ser un obstáculo para convertirse en simple distancia que, paradójicamente, incitaba a las confidencias. Hablaron del camerino al plató, del plató al camerino, durante todo el día.

Irving hablaba mucho de su pasado, y Adèle debía reconocer que le parecía fascinante. Había trabajado con algunos grandes nombres del cine inglés y le habían gustado mucho, como a muchos actores de aquella época, los *practical jokes*, las farsas. Habló también de sus amores en el celuloide, de sus éxitos, de sus fracasos. A Adèle esas anécdotas le parecían chuscas y enternecedoras, y de una cosa a otra el viejo Irving le pareció un joven y prometedor actor, un dandy culto y un inspirado romántico. Rejuvenecía ante los divertidos ojos de Adèle.

Miércoles 17 de septiembre

Londres

El segundo día de rodaje en el almuerzo, Irving buscó a Adèle con la mirada en la cantina, y ella prefirió su compañía a la de las muchachas que charlaban algo más lejos. Esta vez, entrecortó su monólogo con preguntas a su joven interlocutora: de dónde procedía su familia, cuánto tiempo hacía que vivía en Londres, etcétera. Francia fue un tema de conversación entre otros. El hermano de Irving, que había muerto hacía ya tiempo, había hecho el desembarco y sobrevivido a «Dunkirk». Rememoraba sus cartas y los recuerdos que había compartido con él después de la guerra. En vez de convertir ese período en una página de historia lacerante y triste, Irving decidió relatar detalles cómicos, y Adèle se lo agradeció. Olvidó incluso el estrés de aquel comienzo de rodaje. Se sorprendió revelando ciertos recuerdos de infancia, proyectos, consideraciones sobre Francia, sobre su carrera...

Cuando Adèle rechazó el pastel demasiado dulce zambullido en la crema inglesa, Irving le preguntó si todavía tenía abuelos. Sí, tenía todavía un abuelo, que vivía en el campo. ¿Iba a visitarlo a menudo? No, hacía casi diez años que apenas mantenía contacto con él. Había ido mucho cuando era pequeña, pero ya sabe cómo son las cosas, te alejas y luego...

Irving la miró con atención. «Ya sabe cómo son las cosas, te alejas y luego...» Sí, Irving lo sabía, y conocía ese «luego» que Adèle no había querido nombrar. Era la indiferencia.

Irving Ferns abandonó el rodaje tras haber terminado su escena. A lo largo de las últimas horas, Adèle siguió acompañándole del plató al camerino, pero era como si la conversación de la víspera, tan cálida, nunca se hubiera producido. Irving demostraba siempre una cortesía ejemplar, aunque sin muestras de complicidad alguna. Cualquiera hubiera llegado a la conclusión de que se trataba de un cambio de humor; los actores eran de temperamento extremadamente volátil, incluso Adèle, con su poca experiencia, lo sabía. A fin de cuentas, cargaban con un montón de personajes en su cabeza y debían soportar presiones enormes. Pero Adèle no pudo evitar hacerse preguntas. Tal vez Irving Ferns había tenido razón al sentirse decepcionado, tal vez había pensado que Adèle no era del tipo que le permitía al tiempo borrar a su abuelo.

Irving Ferns había despertado una vieja culpabilidad que dormitaba en ella, y que se hacía algo más pesada en cada aniversario. Cada vez que pensaba en ello, se decía... ¿qué se decía?

No se decía nada, pues no había nada que decir. Simplemente intentaba no pensar en ello. Ahora tenía casi veintitrés años, no era ya una adolescente caprichosa y egoísta. ¿Por qué no se había puesto en contacto con su abuelo durante años y años? ¿Tenía malos recuerdos de las vacaciones pasadas en su compañía? No, Adèle había tenido una infancia que, erróneamente, creía banal: había sido feliz. Ningún remordimiento, ninguna amargura, ningún secreto que revelar. ¿Era su abuelo un devorador de niñas, un verdugo de muchachos? No. ¿Tenía virulentas opiniones políticas, amistades que escandalizaran, un pasado inconfesable? No, que ella supiera. Y, sin embargo, se había alejado tanto que las pocas veces en las que hablaba de él lo hacía en pasado. No estaba muerto. Todavía no. Había tenido problemas de salud, su mujer había fallecido y eso le había hecho sufrir. Estaba solo desde hacía muchos años y, sin embargo... sin embargo, Adèle no había hecho esfuerzo alguno.

Aquella noche, Adèle rumió su conversación con el actor y volvió a pensar, a su vez, en la frase inconclusa. En lo más profundo de la noche, sintió la soledad de su abuelo como había sentido la de Irving Ferns. Y si ella había tenido compasión del viejo actor, con quien se había codeado solo durante dos días, no la había tenido con su abuelo, que la había acogido durante todas las vacaciones de su infancia. De pronto, se avergonzó y se durmió prometiéndose llamar a su abuelo a la mañana siguiente.

Martes 14 de octubre

Loches (Indre-et-Loire)

Esa era toda su historia con Irving Ferns. Sin frases profundas, sin estruendosas revelaciones, sin sabiduría ni énfasis, el anciano había conseguido que Adèle diera ese paso decisivo que lo había cambiado todo durante las últimas semanas. Ahora, tenía que decírselo a su abuelo.

Adèle hizo acopio de valor y comenzó con voz insegura.

—¿Sabes, yayo? Te dije que trabajaba en una película, la historia del asesinato de un viejo millonario. El primer día, rodamos... la escena en que encuentran al muerto.

—Oh, pobre pequeña, ¿y viste a tu viejo yayo muerto en su lugar? ¡Ah! ¡Asesinado! Y luego todo lo demás... —dijo Georges bromeando.

—No, oh ya sabes, no es muy verosímil, hay focos por todas partes y todo el follón, las pelucas que cuelgan, el equipo alrededor, no hay el menor peligro de confundirse. Además, yo no veía gran cosa de la escena, de modo que... no, pero el señor que representaba el papel tenía tu edad. Y, de hecho... me entendí muy bien con él.

Hizo una pausa para recuperar la voz, que perdía el equilibrio.

—Y como me entendí muy bien con él, me dije que no había razón alguna para no entenderme contigo. Creo que cuando se es joven, lo de la adolescencia y todo eso, olvidas que puedes entenderte perfectamente con los abuelos, ya sabes.

Se detuvo, su abuelo la miraba con ternura.

—Tienes mucha razón, bonita. Y con los viejos pasa lo mismo. Cuando eres viejo, olvidas que puedes entenderte muy bien con los jóvenes. ¡Ah, qué mierda!

Sorbió y, luego, tomó la mano de su nieta.

—¿Sabes, Adèle?, a menudo decimos: «Oh, la vida es demasiado corta, la vida es demasiado corta.» Pues bien, yo, durante mucho, mucho tiempo, ¿eh?, pensé que había sido demasiado larga. Pero ahora... ahora me digo que así ha estado bien.

Georges el Negro pasó mucho tiempo en la habitación de Georges el Blanco. Fue a verle después de que Adèle se hubiera marchado y encontró muy trastornado a su paciente.

Aquella noche hablaron mucho tiempo —tanto como las idas y venidas de las enfermeras y los médicos se lo permitieron— y mucho después de la hora en que finalizaban las visitas. Al principio, el que habló fue sobre todo Georges el Blanco, mientras

Georges el Negro salpicaba la conversación con esos tópicos que acunan las buenas amistades, «de todos los males, los más dolorosos son los que se inflige uno mismo»; «es como en las reuniones familiares, mejor es marcharse mientras te diviertes, se tienen así mejores recuerdos».

A veces, sin embargo, Georges el Negro hablaba más y Georges escuchaba con atención. Cuando Georges el Negro había hablado, las cosas se volvían más sencillas. Evocaron lo que Françoise había revelado en su conversación por teléfono, algo que había conmovido mucho a Georges. El pequeño cuaderno anaranjado de cantos estropeados salió, fue garabateado, guardado, volvió a salir, fue consultado, ennegrecido, enseñado, guardado, volvió a salir y fue guardado de nuevo. Tres o cuatro veces, sobre todo cuando se hizo tarde, dejaron de hablar para dar paso a los ruidos del hospital. Y luego su conversación se reanudaba, pero sus voces eran cada vez más suaves, de modo que cuando se separaron casi susurraban. Georges volvió a pensar en aquella hermosa conversación y en lo que había dicho, y escrito, a Charles, a Adèle, a Françoise, a Ginette. ¿Era bastante? ¿Era bastante alguna vez?

Y luego llegó la mañana. La mañana de la operación.

Miércoles 15 de octubre

Loches (Indre-et-Loire)

Georges fue llevado al quirófano. ¿Qué sentía? ¿Aprensión, miedo? No, se sentía simple, intensamente él mismo. Era como una isla, una gran isla que reunía todo lo que había sido y todo lo que había soñado ser, su cabeza llena de recuerdos, sus sentimientos que tanto le había costado dominar, su cuerpo que le había dado placer, dolor, fuerza, desesperación. Todo lo que hacía Georges Nicoleau estaba en esa isla, en esa cama con ruedas.

En la mesa de operaciones, perdió momentáneamente esa impresión y la isla pareció desmenuzarse, dispersarse. Pero el otro Georges, Georges el Africano, Georges el Negro, en un rincón de la sala, le miraba con una sonrisa amistosa, y se recompuso de nuevo. Administraron la anestesia, le pareció ser acunado por inmóviles olas. Georges el Negro seguía sonriendo. Georges el Blanco también, pero nadie lo sabía.

Sábado 18 de octubre

Poitiers (Vienne)

La noticia no fue una sorpresa para nadie, salvo para el cuerpo médico. Los doctores habían hablado de porcentajes, medicamentos, inyecciones, intervenciones, habían hecho una lista de todo lo que habían podido hacer y de todo lo que no habían podido hacer. Georges no había despertado. Adèle solo había podido regresar aquella mañana, en avión. El entierro estaba previsto para el día siguiente. Su madre, recién llegada del Perú, tenía que esperarla en el aeropuerto de Poitiers. No había podido regresar a tiempo para ver a su padre. A Adèle se le partía el corazón por ella.

Adèle bajó del avión, caminó por el macadán, con los ojos gachos, sin atreverse a mirar el pequeño aeropuerto. Hacía dos meses que no había visto a su madre. Temía contárselo todo, temía el dolor, el suyo y el de los demás, y aquel sentimiento de impotencia ante algo mucho más fuerte que ella.

Adèle divisó por fin a su madre. Ella que, por lo general, mantenía su delgada silueta decididamente erguida, en sus elegantes trajes sastre, iba en vaqueros y con un jersey de cuello vuelto, oscuro, y estaba sentada en un banco de aquella terminal desierta. Se besaron y permanecieron mucho tiempo abrazadas, procurando no llorar —en balde. Finalmente, su madre miró a Adèle sonriendo y le dijo:

—Creo que has adelgazado.

—Es la comida del rodaje —respondió Adèle secándose los ojos con la manga—. Sirven cualquier cosa, está llena de grasa y azúcar de modo que no como. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer por la noche.

—¿Y cómo ha ido tu *trek*?

—No he hecho un *trek* —respondió Françoise con una extraña serenidad en la voz.

—¿Ah no, lo anularon?

—No. Nunca hubo un *trek*. Oh, estaba en el Perú, sí, pero en Lima. Tenía teléfono, e-mail, mi móvil tenía cobertura, lo tenía todo.

—Ah caramba. El yayo pensaba que...

—Sí, lo sé. Hablé con él por teléfono el lunes. Se lo dije todo. Lo comprendió.

Adèle sintió que nacía en ella un arrebato de cólera. Nunca le habían gustado las mentiras, y no sabía qué pensar de ésta. Estaban solas, ahora, en la terminal que parecía súbitamente muy grande, en medio de un aeropuerto desierto. No habría otro avión hasta la noche.

Mientras Adèle tiraba de los hilos de la manga de su jersey sin atreverse a mirar a su madre, Françoise tomó por fin la palabra.

—¿Sabes, Adèle?, hacía mucho tiempo que tu abuelo estaba enfermo. Hacía quince años, sí, por lo menos. Y hacía cinco años, desde la muerte de la yaya, que yo me encargaba de él. Era todo lo que tenía, no podía abandonarle y era la única que lo hacía. Sabes perfectamente que nunca quiso ayuda médica o de cualquier otra clase. Hacía cinco años que yo hablaba con los médicos, que organizaba sus asuntos «por si acaso», que estaba siempre tras él, en suma. ¿Cuántas veces le habré besado creyendo que sería la última vez, en cinco años? ¿Cuántas veces acudí corriendo al pensar que había llegado el final? En cinco años, pasaron cosas en mi vida, con tu padre, ya sabes, incluso después del divorcio, fue muy duro, y luego, cuando conocí a Patrick, precisamente entonces, aparecieron las úlceras del yayo, era grave, tal vez no lo recuerdes. De modo que pasé más tiempo ocupándome de él que preocupándome por mí, o por... En fin.

Dudó antes de proseguir.

—Y luego, cierto día, el año pasado, tuve que elegir, porque la cosa no funcionaba.

Su voz apenas se ahogó, pero Adèle descubrió entonces una fragilidad que nunca había sospechado. Hizo un gesto tímido para tomar la mano de su madre, pero Françoise la retiró con dulzura.

—Te ahorraré los detalles, querida, sobre todo porque las cosas van ahora mucho mejor, te lo aseguro. Pero tuve que cuidarme seriamente y hablando de ello, ¿sabes?, hablando con unos amigos que habían pasado por lo mismo, con un psiquiatra luego... descubrí muchas cosas.

Se detuvo, respiró profundamente. Adèle miraba el rostro de su madre, sus ojos más hundidos que de costumbre; parecía envejecida.

—Yo tenía que dejar que el yayo viviera su vida. Aunque eso significara dejar que se marchara —quiero decir marcharse *de verdad*—, porque eso era lo que quería. Y, al mismo tiempo, tenía que vivir también mi propia vida. Ambos éramos desgraciados. Yo me agarraba a él, quería meterle en formol, como él decía. Y es verdad, sin duda. Ambos necesitábamos aire. Yo hablaba mucho de todo eso con Thérèse, que, por su parte, me hablaba de los problemas de Charles. Un día, me explicó su proyecto de Tour de Francia y, luego, sus esperanzas por lo que se refería a Charles. Yo sabía que tu abuelo lo estaba esperando, porque era un medio de escapar, aun sabiendo que corría riesgos enormes, dada su salud. Pero si yo hubiera estado por allí, nunca se habría marchado. Entonces me dije que era el momento. Me marché a Lima, a casa de

un amigo. Para cuidarme. Resultó muy duro tomar esa decisión. Thérèse debía mantenerme al corriente. Me llamó cuando le ingresaron en el hospital. Pero... no me marché enseguida. Con el yayo he visto muchos hospitales, ¿sabes? Y además... en mi cabeza, tal vez le hubiera dicho ya adiós.

Françoise puso la cabeza en sus manos. Sus hombros se movían imperceptiblemente. Adèle la tomó en sus brazos. No sentía cólera ya. Un claro entre las nubes dibujó gigantescas sombras en el embaldosado de la terminal. Todo era calma.

Cuando, una hora más tarde, volvió a llover, la terminal resonaba con la risa aguda de ambas mujeres. Pues aquel Tour, que había transformado para siempre su pequeña familia, rebosaba sabrosas anécdotas que Adèle exageraba a su guisa para hacer reír a su madre. Contando todos sus episodios, uno tras otro, con su teléfono móvil como recordatorio, demostraba a su madre que había tomado la decisión adecuada.

Abandonaron por fin el aeropuerto para dirigirse en un coche alquilado al Grand Hôtel de Poitiers, donde Françoise, que demoraba el momento en que tendría que enfrentarse con la vacía casa de su padre, había reservado dos habitaciones.

Allí tendría que encontrar valor para abrir un paquete envuelto en papel de embalaje que un hombre llamado Georges N'Dour le había hecho llegar, acompañado por dos cartas.

Françoise respiró profundamente. Luego rompió el papel. Descubrió una vieja caja de madera, adornada con un antañón dibujo que representaba a los Pitufos. Recordaba muy vagamente que le había pertenecido cuando era niña. Sintió un nudo en la garganta, su corazón comenzó a latir con más fuerza. Le costó algunos segundos aún encontrar valor para abrirla, luego lo hizo de golpe. Estaba vacía. No pudo impedirse buscar un compartimento oculto, pero no había nada. Poco a poco, su recuerdo se aguzó. Aquella caja no le pertenecía a ella, era de su prima. ¿Cómo había podido recuperarla su padre? Tal vez las cartas se lo aclararan.

En uno de los sobres estaba escrito cuidadosamente, con pluma estilográfica, «Françoise» y «léase primero» garabateado a lápiz. Desplegó un hermoso papel blanco de correspondencia.

Chanteloup, 16 de septiembre

Querida Françoise:

Me marcho con Charles a hacer el Tour de Francia porque no quiero morirme sentado en mi sillón. Espero de todo corazón que me

perdones por dejarte. No he tenido valor para hablarte de ello. Una palabra tuya y me habría quedado, porque te añoro.

Cuando eras pequeña, decías a menudo que esta caja era la cosa más bonita que nunca habías visto, pero por aquel entonces tu madre y yo no pudimos comprártela. La he encontrado por Internet (eBay) y he pensado que te gustaría.

Has sido una hija admirable. Cúidate mucho.

Papá

Françoise permaneció largo rato sentada en la cama, con la carta en la mano y el corazón dolorido. Volvió a leerla, sonrió ante la palabra «eBay», pero unas lágrimas saladas bañaron pronto su sonrisa. La otra carta estaba garabateada a lápiz en varias hojitas cuadriculadas, visiblemente arrancadas de un cuaderno.

14/10/2008

Querida Françoise: desde que te escribí la carta adjunta, han pasado muchas cosas en mi vida, cosas que yo no esperaba. He descubierto una región muy bonita: Bretaña. Adèle me ha dicho que pronto iría de vacaciones por allí, espero que la acompañes. He vuelto a ver a Ginette (la hermana de Charles, se acuerda de ti) que es una mujer admirable y que tiene todo mi afecto. Tal vez debieras visitarla algún día, eso le complacería. Vive en el 14 del pasaje de Pêcheurs, 85690 Notre-Dame-de-Monts, y tiene una casa muy bonita. Georges N'Dour, que te entregará esta carta, es uno de los numerosos amigos que he hecho durante esta vueltecita. Cuida también mucho a Charles y Thérèse, que ahora van a vender su casa y a viajar. Me he dado cuenta durante ese Tour de que he sido lo bastante idiota como para subestimar a Charles, nuestro buen vecino, durante treinta años. Es un señor muy valeroso y generoso, y que sabe muchas más cosas de lo que parece. Thérèse también. Les dejo el Scénic (díselo al notario). Prométeme recabar a menudo noticias suyas y echarles una manita si lo necesitan financieramente. Por fin, he tenido la suerte de comunicarme ampliamente con Adèle. Adèle es una joven notable. Me ha convertido en un abuelo muy orgulloso. Te contará detalladamente nuestras aventuras pues nos hemos escrito mucho y está al corriente de todo. ¡Le hice prometer que contará nuestro periplo a sus nietos! Espero que te cuides. Me he dado cuenta de que estos últimos años te has entregado mucho. Nunca te lo agradeceré bastante. Todos mis asuntos están en regla (¡gracias a ti!), no te preocupes pues. Por lo que a mí respecta, me voy satisfecho. Pues, como en las fiestas familiares, más vale marcharte cuando te diviertes, se conservan así los más hermosos recuerdos.

Tu padre que te quiere

Se hizo el silencio en la habitación de Françoise. Se hizo también en el hotel, en la calle, en la noche.

No había ya nada que decir.

Domingo 19 de octubre

Chanteloup (Deux-Sèvres)

Los funerales se organizaron rápidamente. Hacía ya mucho tiempo que Françoise y su padre habían arreglado todos los detalles. Más tarde, Adèle conservaría algunas imágenes del entierro: el mármol del mismo gris que el cielo, las flores de plástico, las cajitas de mimbre de la iglesia, sus tacones en la gravilla del cementerio, los rostros extraños alrededor de la tumba. Casi como un entierro cualquiera. No se había sentido cómoda en él.

Por la mañana lo recordaría mejor. Se reunió con su madre en la casa de su abuelo y se vistió para el entierro. En la casa de al lado, Charles y Thérèse se preparaban también. Adèle apenas había tenido tiempo de darse una vuelta por aquellos lugares a los que no había ido desde hacía diez años. Había dedicado más atención a su madre, que contenía las lágrimas. Incluso en aquellos momentos Françoise se mostraba elegante, coqueta y refinada. Adèle bajó a preparar un café en la cocina. La casa parecía ocupada aún. La casa de sus abuelos. Que ella creía no recordar. ¡Cómo se equivocaba!

Todo regresaba en un revoltijo, de pronto, todo la sumergía. Se extrañó primero de recordar dónde se guardaban las tazas de café, y también las cucharillas, los trapos de cocina, el café molido. Y el pequeño bote de porcelana donde su abuela escondía el malvavisco. La sopera esculpida del aparador donde su abuelo guardaba las facturas. El cajón de los lápices. Se sorprendió reconociendo el jardín, visto desde la ventana que estaba sobre el fregadero. Era mucho más pequeño que en sus recuerdos, es cierto, pero reconocía los árboles, los guijarros, las grandes lilas, el estanque a lo lejos, los hilos de plástico azul que cerraban la pequeña barrera. A medida que su mirada barría la estancia, los recuerdos enterrados, felices, alegres, brotaban de todas partes. Todos los pequeños objetos de la casa se volvían preciosos, hubiera querido conservarlos, como extrañas flores en un herbario o mariposas atravesadas por un alfiler. ¿Podría atravesar con un alfiler el olor del armario donde se guardaban los juegos de sociedad? ¿El olor de los caramelos que recordaba viendo aquella caja de plástico azul celeste? ¿Y la aplicada escritura de su abuelo en los cheques que le daban en su cumpleaños? Sin duda, verle desenvolver todos esos recuerdos habría hecho sonreír a su abuelo. Le sorprendió incluso tener el reflejo de mandarle un esemese. Antes de que pudiera lamentar no poder hacerlo, su mirada dio con un detalle, y las imágenes de su infancia regresaron como una enorme ola. La foto de su mamá muy niña, en un hermoso marco esculpido, era el recuerdo de algo

distinto, de paseos en la carretilla atestada de heno. Una reproducción de *Los girasoles* de Van Gogh en la escalera era de pronto el sabor de la flor de azahar que su abuela le daba en un vasito de agua antes de acostarse. Los lomos multicolores de los viejos libros de bolsillo eran también las partidas de la mona en las que la dejaban ganar. Los vasos Duralex eran los ramilletes de primaveras que cogían para la yaya en el prado vecino. Y llegaban más y más, la oleada no cesaba: palabras, imágenes, olores, pesadillas y enloquecidas risas, todas las Navidades y todas las primaveras, todos los huevos de Pascua y los juegos infantiles, las rodillas arañadas y la sonrisa de sus abuelos, y de pronto rompió a llorar, a derramar lágrimas como la niña de la que esa casa se acordaba por fin.

Fue en la pequeña cocina donde Adèle rindió el más hermoso homenaje a su abuelo, y no en el cementerio o en la placa de mármol que iban a instalar dentro de un rato. Fue en su casa donde Adèle le rendía unos honores que él habría apreciado más que todas las medallas: un lugar al sol en el panteón de su infancia feliz.

Martes 21 de octubre

Londres

Por fin, tras la octava toma, la escena quedó lista, señalando así el final del rodaje. «¡Corten, esta es buena! *Ladies and gentleman, it's a wrap!*» Todo el equipo aplaudió; se besaron, se felicitaron, derramaron incluso unas lagrimitas, probablemente tanto de fatiga como de alegría. El productor ejecutivo, David Lerner, un rubiales alto y desgarbado que debía acercarse a los cincuenta pero seguía luciendo el mismo *look* de ex estudiante de Cambridge, apareció como por arte de magia y pidió a todo el equipo que se dirigiera al sótano cuando hubieran terminado de ordenarlo todo. Adèle, como de costumbre, fue la última en abandonar el plató, comprobó que todo estuviera en orden, que no hubiera nada por el suelo, que todo estuviera en su lugar en la vieja casa. Fue pasando de piso en piso, recorrió los corredores de tablas que chirriaban, empujó todas las puertas. Se sentía como en su casa tras un mes pasado entre esas paredes que olían a viejo. Tenía el corazón alegre, la joven Adèle, y en su cabeza resonaba el estribillo de una buena noticia: no solo había terminado el rodaje, se había vuelto una página y tenía nuevos y optimistas planes para el futuro, pero además había recibido un irreal esemese de su abuelo, y se sentía ligera e inspirada.

Cuando llegó a la sala de la planta baja, la fiesta había comenzado ya. Se escuchaba un alegre jaleo; los cantineros servían el champán y canapés baratos, brotaban risas por todas partes. Adèle se abrió paso y consiguió encontrar una copa. No advirtió que el productor, la directora de producción y sus ayudantes se andaban con tapujos y preparaban algo en un rincón de la estancia. De pronto, se escuchó la voz del productor que pedía silencio.

—*Excuse me everybody*... Perdonadme todos, eso es, gracias... Me gustaría decir solo dos palabras, por favor, gracias. Me gustaría decir muchas gracias a todo el equipo por el trabajo que todos habéis hecho. He visto el copión, el resultado es simplemente soberbio, incluso hemos hecho un *viewing* con la directora de la cadena que está absolutamente entusiasmada. Por mi parte, estoy orgulloso de haber participado en esta película que, estoy seguro, será un gran éxito. Gracias a todos, pues, por vuestro soberbio trabajo. *Cheers!* —Todo el mundo respondió a coro «*Cheers!*» y aplaudió. Él levantó de nuevo la voz por encima de los aplausos.

»Una última cosa, una última cosa y luego beberemos... Bueno, hoy tenemos que celebrar también un cumpleaños. —Los ayudantes sacaron un pastelito de aniversario adornado con una velita—. Adèle, ¿dónde está?, Adèle... ¡Ah, aquí está Adèle, todos la

conocéis... *Happy Birthday to you happy birthday to you*.

Adèle necesitó algunos segundos para advertir que estaban hablando de ella. Escarlata, se limitó a sonreír y sopló su velita. El productor, una vez más, interrumpió los aplausos.

—Bueno, antes de que Adèle nos suelte su *speech*, pues sí, Adèle, no vas a librarte, quisiera decir unas palabras no solo para nuestra *birthday girl*, aquí presente, sino también para todos nuestros becarios y nuestros ayudantes, que quizás hayan currado más que todo el mundo. En este rodaje, como creo que todos habéis advertido, hemos tenido ayudantes especialmente cualificados... (varios miembros eminentes del rodaje inclinaron la cabeza) y quisiera decirles que han hecho un trabajo notable, y digo *notable* a sabiendas, pues sé, y lo sé porque también he pasado por eso, sé que piensan que no se les nota. Pues bueno, no os quepa duda de que os hemos notado, y creedme, aunque las tareas os hayan parecido a veces ingratas, son esenciales, vitales incluso diría yo, para el buen funcionamiento del rodaje. Y ya está, deseo pues a Adèle y a todos nuestros becarios y ayudantes una gran carrera en la televisión y en el cine. *Cheers!* Y ahora, paso la palabra a nuestra *birthday girl*.

Adèle hizo gestos de que no quería hablar, pero el productor insistió, sin duda más por travesura que por interés. Adèle estaba todavía ruborizada. Detestaba hablar en público, pero se lanzó.

—Gracias, muchas gracias, gracias, David. Ejem, por si algunos de vosotros no me conocéis, el estruendo en plena toma cinco, he sido yo. He dejado caer mi teléfono, pero, ejem, no por torpeza. Me ha sucedido algo absolutamente increíble y estaba tan pasmada que he dejado caer el móvil. Mirad, he recibido un esemese de mi abuelo por mi aniversario, hoy pues. La cosa es que se trata del mismo abuelo a cuyo entierro fui el fin de semana pasado.

La concurrencia prestó de pronto más atención. Hubo unas risitas breves, como ahogadas. Adèle se sintió algo turbada por el silencio.

—Sí, dicho así parece morboso, pero de hecho no, es más bien alegre. En fin, a mí me ha gustado. Pero bueno, como os he dicho, la cosa me ha trastornado un poco.

Alex, que estaba a su lado, hizo la pregunta que todo el mundo esperaba: «¿Cómo lo ha hecho?» Alguien sugirió que tal vez era posible programar los esemeses para que se enviaran cierto día, en el futuro. Otro se preguntó si sería un retraso del operador. Tal vez alguien lo hubiera escrito en su lugar, o hubieran pirateado su línea. Por fin, Adèle respondió dulcemente:

—De hecho, prefiero no saberlo. Pienso que a mi abuelo le hubiera gustado que no intentase saberlo.

Luego, claro está, la fiesta prosiguió, se formaron de nuevo los grupitos y aquella historia de esemese fue el punto de partida de muchas y animadas conversaciones. Adèle contó el Tour de Francia de su yayo a un montón de gente del equipo, incluso a aquellos de los que había desconfiado durante un mes. Llegó a evocar, incluso, la ternura que iba renaciendo, los errores del pasado, la indiferencia que no había advertido e hizo reír mucho al contar los tesoros de inventiva que aquellos octogenarios habían desplegado. Las personas mayores no eran, decididamente, tal como las veían. El actor que había sustituido a Irving Ferns a toda prisa era de esa opinión. Pudieron escucharse recuerdos de casas familiares por aquí, relatos de salud por allá o anécdotas de antes de la guerra, acullá. Nunca durante una fiesta de fin de rodaje se habló tan poco de cine y tanto de abuelos. La semana siguiente, en algunas aldeas de Inglaterra e incluso de Polonia, Escocia e Italia, unos teléfonos que no sonaban desde hacía mucho tiempo dejaron oír voces lejanas, alegres y tímidas. Pero Adèle no lo supo. Un año más tarde, el 21 de octubre, Adèle recibió de nuevo un mensaje de aniversario de parte de su abuelo. Y en el siguiente aniversario, y también en el que siguió al siguiente. Ella nunca intentó saber de dónde procedían. Pero cada 25 de septiembre, mandó el mismo esemese:

En recrdo del Tour. Cn tod mi ternra, tu AdL q piens n ti.